

para las dos colectividades que aglutina: es un medio eficiente de subordinación para el beneficio material y simbólico del grupo dominante, pero también le ofrece al grupo subordinado una armadura protectora basada en el paralelismo organizativo y en la autonomía cultural. Formular el concepto de gueto nos permite deshacer los lazos que anudan la guetización, la pobreza y la segregación, y elucidar la oposición estructural y funcional que existe entre los guetos y los grupos étnicos. También nos permite echar luz sobre el papel que desempeña el gueto como motor cultural para la producción de una identidad manchada y ambivalente, y sugiere la conveniencia de estudiarlo en analogía con otras instituciones destinadas al confinamiento forzado de excluidos y con categorías no muy reputadas, como la reserva militar, el campo de refugiados y la cárcel.⁸

Esta analogía es justificada en los cuatro capítulos siguientes, que rastrean los elementos de la implementación del Estado penal en respuesta al surgimiento y la propagación de la nueva marginalidad urbana. Para hacer frente a esta forma emergente de marginalidad y a los desórdenes a que ella da origen, las sociedades avanzadas cuentan con una alternativa triple. Pueden recordar los programas existentes del Estado de bienestar, tal como lo indican la contracción y la expansión simultáneas de los diversos programas de protección social y asistencia pública (apoyo económico, salud, vivienda, capacitación laboral y empleo) y como lo ejemplifica la filosofía disciplinaria del “régimen de asistencia social a cambio de trabajo” [*workfare*]. Pueden criminalizar la marginalidad a través de la ampliación de la vigilancia policial y la contención punitiva de los pobres en sus territorios devastados o, cuando se comprueba que éstos son demasiado problemáticos, en un sistema carcelario en expansión. O bien pueden instituir nuevos derechos sociales —por ejemplo, a un subsidio básico— que se-

8 En mi libro *Deadly Symbiosis: Race and the Rise of Neoliberal Penalty*, Cambridge, Reino Unido, Polity Press, 2010, puede encontrarse una elaboración histórica y conceptual más completa del parentesco entre el gueto y la cárcel.

paren la subsistencia del desempeño en el mercado laboral y que conduzcan, así, a una nueva etapa en la trayectoria significativa de la ciudadanía. Afirmando que las dos primeras respuestas son contraproducentes y que, en el largo plazo, la tercera opción constituye nuestra mejor esperanza de superar las contradicciones sociales implicadas en la propagación del trabajo asalariado desocializado. Sin embargo, los Estados Unidos y posteriormente la mayoría de los países del primer mundo han optado por estos dos caminos, que combinan variantes del *workfare* y de la penalización de la pobreza, en un esfuerzo por normalizar la inseguridad social en el escalón más bajo del orden metropolitano.

El capítulo VI explica y amplía los análisis que realicé originalmente en mi libro *Cárceles de la miseria*, de acuerdo con los cuales el aumento generalizado de las poblaciones carcelarias en las sociedades avanzadas se debe al uso creciente del sistema penal como instrumento para controlar la inseguridad social y contener los trastornos que crean, en la base de la estructura de clases, las políticas de desregulación económica y retraimiento de la asistencia social.⁹ Retoma los pasos mediante los cuales esta *penalización neoliberal, emblemática por la doctrina de “tolerancia cero”*, se incubó en los Estados Unidos y luego se propagó por todo el mundo a través de las gestiones de los comités de expertos en políticas, los funcionarios de los gobiernos y los académicos. No obstante, señala que los países europeos no siguen ciegamente el criterio estadounidense de hipercarcelamiento: el camino de Europa hacia el Estado penal implica la intensificación conjunta del tratamiento tanto social como penal de la pobreza y la activación de las funciones de vigilancia por parte de los servicios de asistencia social, que conducen a una forma de “panoptismo social”. Sin embargo, nuevamente, sólo la construcción de un Estado social que abarca-

9 En *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity*, Durham y Londres, Duke University Press, 2009 [ed. cast.: *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Madrid, Gedisa, 2010], analizo la creación de un “estado Centauro” que practica la “doble regulación” de la pobreza a través de la combinación del *workfare* restrictivo y el *prisonfare* (Estado carcelario) expansivo.

se toda Europa podría frenar la escalada de penalización de la pobreza y sus consecuencias sociales deletéreas.

Estas consecuencias pueden observarse en la vida real del otro lado del Atlántico, donde la sociedad estadounidense debe lidiar con las ramificaciones kafkianas del recurso habitual al aparato carcelario para imponer el trabajo asalariado desocializado, detener el colapso estructural del gueto y contener la agitación que ambos traen aparejada. El capítulo VII documenta en qué medida, en los Estados Unidos, las deficiencias e ineptitudes de la asistencia social, del apoyo a la infancia y de los servicios médicos aseguran que los adictos de clase baja, los enfermos mentales y las personas sin hogar terminen tras las rejas en número creciente a lo largo del tiempo, en la medida en que la cárcel se convierte en un basurero al que van a parar los desechos humanos de una sociedad cada vez más sometida a los dictados materiales del mercado y a la compulsión moral de rendir cuentas por las acciones personales. El destino de estas categorías de abandonados ofrece una verificación experimental trágica de la hipótesis según la cual existe un vínculo causal y funcional entre la desaparición del Estado social y la prosperidad del Estado penal.

De manera similar, el capítulo VIII sigue la pista de las contradicciones insalvables que posee la penalización de la marginalidad urbana por parte del Estado. El drenaje financiero producto de la encarcelación masiva es una forma aviesa de una política antipobreza, y el control racial encubierto resulta exorbitante, debido al aumento y al envejecimiento incesantes de la población carcelaria y al costo astronómico de la reclusión penal—que en una cárcel de California, que actualmente confina a aproximadamente 200.000 almas, superó los 21.000 dólares anuales por convicto en 1999—. Para poner fin al incremento incontrolado de las cuentas carcelarias, que hace peligrar la capacidad del gobierno de brindar ciertos bienes públicos que el electorado de clase media considera esenciales, las autoridades se han concentrado en cuatro estrategias: reducir el nivel de servicios dentro de las instalaciones correccionales, implementar nuevas tecnologías para mejorar la efectividad del trabajo de vigilancia, trasladar una parte del costo del encarcelamiento al prisionero y a su familia a través de diversos im-

puestos y aranceles, y reinstituir el trabajo asalariado no calificado dentro de las penitenciarías con el fin de generar ingresos a partir del trabajo. Pero ninguna de estas estrategias puede poner coto a los costos cada vez mayores de la encarcelación desenfrenada que se utiliza como política social punitiva, y menos aún impedir que ella acabe por consolidar la misma marginalidad urbana que se supone debe reducir. La penalización de la pobreza urbana resulta ser un ejemplo de manual de las políticas públicas iatrogénicas.¹⁰

El capítulo IX —elaborado especialmente para esta edición en castellano— retoma el nexo entre la nueva marginalidad urbana y la penalización, y especifica sus formas e implicaciones en los principales países latinoamericanos. La penalización es una técnica orientada a la invisibilización de los problemas sociales, y su implementación es especialmente peligrosa en estas sociedades devastadas por la inseguridad permanente, que tiene su origen en la acumulación de la pobreza “antigua”, debida a las insuficiencias de la industrialización fordista, como de la pobreza “moderna”, generada por la difusión posfordista de empleos fragmentados, de tiempo parcial y con contratos breves, por la desconexión funcional entre las tendencias macroeconómicas en los niveles nacionales y las condiciones imperantes en los barrios marginados, y por la expansión de la estigmatización territorial de la pobreza urbana. En los países del “segundo mundo” que tienen un pasado autoritario, como la Argentina y Brasil, donde las desigualdades sociales son más marcadas y la pobreza es más profunda y más intensa que en el primer mundo, el aparato de la justicia penal es evadido por medio de la arbitrariedad, la desigualdad y la ineptitud: la policía no es un supervisor sino un vector de violencia que opera en la base de la escala social, los tribunales actúan guiados por fuertes prejuicios de clase y etnia, y las cárceles funcionan a la manera de campos de concen-

10 Esto queda demostrado de manera clara para el caso de los Estados Unidos en los libros de Bruce Western, *Punishment and Inequality in America*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 2006, y de Todd Clear, *Imprisoning Communities: How Mass Incarceration Makes Disadvantaged Neighborhoods Worse*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.

tración para los marginados. En tales condiciones atroces, la institución del Estado penal para contener los desórdenes engendrados por la disparidad y la marginalidad urbanas equivale a (re)establecer una dictadura sobre los pobres. La penalización de la inseguridad social es una invitación al desastre social, lo que contradice directamente el proyecto de ciudadanía democrática.

El libro termina con algunas reflexiones sobre la compleja situación contemporánea y la misión perenne que tiene el pensamiento crítico en la era de la agudización de la desigualdad sobre el telón de fondo de un mercado todopoderoso. Sostengo que el pensamiento crítico es más fructífero cuando establece un vínculo sinérgico entre la tradición kantiana de la crítica epistemológica y la tradición marxista de la crítica social, que permite cuestionar tanto los modos establecidos de pensamiento como las formas dadas de vida organizativa, y vislumbrar futuros diferentes del inscripto en el orden actual de cosas. Al ingresar en el nuevo milenio, el pensamiento crítico se ha vuelto, a la vez, notablemente fuerte y sorprendentemente débil. Su fuerza proviene de la expansión sin precedentes de nuestra capacidad colectiva de indagar en la sociedad y comprender la historia, como lo atestiguan el número creciente de científicos sociales, el ascendente nivel general de educación y la amplia influencia de pensadores como Michel Foucault, Pierre Bourdieu y las intelectuales feministas de todas las disciplinas sociales y culturales. Sin embargo, es débil, por cuanto permanece encerrado dentro del ámbito académico y, cuando se aventura fuera del campus, queda abrumado por el discurso neoliberal. También se halla debilitado por un pensamiento falsamente progresista que, bajo la pretendida exaltación del "sujeto", la "identidad", la "diversidad" y la "globalización", encubre su invitación a someternos a las fuerzas imperantes del mercado.¹¹ Frente a la pobreza recurrente y a la expansión de la desigualdad, es preciso que el pensamiento crítico insista en la necesidad de evaluar los costos

11 Véase Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, "The Cunning of Imperialist Reason", en Loïc Wacquant (comp.), *Pierre Bourdieu and Democratic Politics: The Mystery of Ministry*, Cambridge, Reino Unido, Polity Press,

y beneficios sociales a largo plazo de las políticas de desregulación económica y desmantelamiento de la asistencia social,¹² que actualmente se presentan en todas partes como la vía regia hacia la prosperidad y la felicidad bajo la égida del "gobierno pequeño" y la "responsabilidad individual".

El urbanólogo Peter Hall nos recuerda, en *Cities of Tomorrow*, que la presencia de categorías socialmente amenazantes, culturalmente estigmatizadas y económicamente marginales en el corazón de la ciudad no es una novedad histórica de nuestra era, sino una invariante de la urbanización occidental moderna. Hall señala también que "la planificación del siglo XX fue el resultado de una compleja reacción emocional —en parte compasión, en parte terror, en parte aversión— de la clase media de fines de la era victoriana al descubrimiento de la *underclass* urbana".¹³ Lo mismo vale para la investigación sobre las ciudades y las políticas urbanas actuales de Europa y las Américas. Es de esperar que los ensayos reunidos en este volumen contribuyan a activar el pensamiento crítico y retomen su misión histórica de disolver la visión dóxica que da sustento a aquella reacción, y brinden herramientas para desanudar el controvertido nexo que existe entre clase, etnia y políticas de Estado, que crea y al mismo tiempo contiene a los marginados de las metrópolis del siglo XXI.

Berkeley y París, junio de 2009

2005, pp. 178-198. [Ed. cast.: "Sobre las astucias de la razón imperialista", en *Apuntes de investigación*, Buenos Aires, 4, junio de 1999, pp. 9-22.]

12 La natural tendencia institucional e intelectual a descontar los efectos a largo plazo de las reformas de gobierno y la necesidad correlativa de ampliar el horizonte temporal del análisis de las políticas son abordadas en Paul Pierson, *Politics in Time: History, Institutions, and Social Analysis*, Princeton, Princeton University Press, 2004, cap. 3.

13 Peter Hall, "The City of the Permanent Underclass", en *Cities of Tomorrow: An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century*, Oxford, Basil Blackwell, 1988, pp. 362-400, cita p. 364.

AGRADECIMIENTOS Y FUENTES

Quiero expresar mi agradecimiento a los colegas de América Latina por su interés en mi trabajo y por haber estimulado reacciones y preguntas a lo largo de los años que demandó esta investigación, tanto por escrito como en persona, durante los debates que mantuvimos en Buenos Aires, Córdoba y La Plata, así como en la ciudad de México, Montevideo, Río de Janeiro, San Pablo y Recife. Quiero mencionar especialmente a Javier Auyero, Lucas Rubinich, Horacio Verbitsky y José Sergio Leite Lopes.

El capítulo I fue elaborado en París en julio de 1991 en respuesta al debate público que se suscitó a raíz de una serie de revueltas juveniles en la periferia urbana francesa, y fue revisado en la Universidad de Harvard en marzo de 1992 para su publicación bajo el título "Pour en finir avec le mythe des *cités-ghettos*: les différences entre la France et les Etats-Unis", en *Annales de la recherche urbaine*, n° 52, septiembre de 1992.

El capítulo II está basado en dos conferencias. La primera fue dictada en el Congreso sobre "L'Amérique des Français" organizado por la Universidad de París IV-Sorbona y la Universidad de Nueva York en París en junio de 1991; la segunda, en el Coloquio del Departamento de Sociología de la Universidad de California-Berkeley en febrero de 1992, y fue publicado por primera vez como "Décivilisation et démonisation: la mutation du ghetto noir américain", en Christine Fauré y Tom Bishop (comps.), *L'Amérique des français*, París, Éditions François Bourin, 1992, pp. 103-125. Una versión revisada fue publicada como "Decivilizing and demonizing: Remaking the Black American Ghetto" en Steven Loyal y Stephen Quilley (comps.), *The Sociology of Norbert Elias*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 95-121.

El capítulo III fue escrito en Berkeley en el verano de 1997 y publicado por invitación de Manthia Diawara como "A Black City Within the White": *Revisiting America's Dark Ghetto*", en *Black Renaissance-Renaissance Noire*, 2, 1, otoño-invierno de 1998.

El capítulo IV está basado en una conferencia titulada "From Terministic Screen to Analytical Tool: Five Theses on the Ghetto", dictada en el Congreso sobre "Globalización y exclusión social en

las ciudades europeas", realizado en el Scarman Center, Warwick, Inglaterra, en mayo de 1997, y revisado para su publicación con el título "Gutting the Ghetto: Political Censorship and Conceptual Retrenchment in the American Debate on Urban Destitution", en Malcolm Cross y Robert Moore (comps.), *Globalisation and the New City: Migrants, Minorities and Urban Transformations in Comparative Perspective*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave, 2002.

El capítulo V es una versión ampliada de un ensayo que me fue encomendado por Neil J. Smelser y Paul B. Baltes (por medio de Ulf Hannerz) para la *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences* (Londres, Pergamon Press, 2004), y que luego fue traducido a media docena de idiomas bajo el título "The Two Faces of the Ghetto" (sugerido por María Eugenia Suárez de Garay, de la Universidad de Guadalajara). La traducción que aquí reproducimos fue incluida en el número 56 de la revista *Renglones*, febrero de 2004, México DF.

El capítulo VI está basado en una serie de conferencias publicadas dictadas en Francia, Argentina, Brasil, Suiza, Noruega y los Estados Unidos sobre *Las cárceles de la miseria* durante la primera mitad de 2001. Apareció con el título "The Penalisation of Poverty and the Rise of Neoliberalism" en un número especial del *European Journal on Criminal Policy and Research*, compilado por Hans Boutellier, sobre "Criminal Justice and Social Policy", 9, 4, invierno de 2001, pp. 401-412. La versión castellana que incluimos salió publicada en la revista *Archipiélago*, 55, primavera de 2003, con el título "Penalización de la miseria y proyecto político neoliberal".

El capítulo VII fue preparado inicialmente en la primavera de 1999 para una versión más extensa de *Las cárceles de la miseria* que era razonable publicar. Fue revisado a principios de 2004 y apareció como "Les rebuts de la société de marché: toxicomanes, psychopathes et sans-abri dans les prisons de l'Amérique", en *Annuaire*, 3, otoño de 2004, pp. 229-244, por iniciativa del profesor Severiano Rojo Hernández, de la Universidad de Brest. La traducción aquí recopilada salió en *Renglones*, 58-59, noviembre de 2004, México DF.

El capítulo VIII fue escrito en París en el invierno de 2002 y fue publicado originalmente con el título de "Four Strategies to Curb

Carceral Costs: On Managing Massive Imprisonment in the United States", en *Studies in Political Economy*, 69, otoño de 2002, pp. 19-30, gracias a Rianne Mahon, de la Universidad de Carleton, Ottawa, Canadá, y apareció también en publicaciones en castellano y portugués ese mismo año. Fue luego traducido para *Po-tlach. Cuaderno de Antropología y Semiótica*, 2, 2, verano de 2005, Buenos Aires.

El capítulo IX surge del texto de una conferencia que dicté ante el Tribunal de Casación de la Provincia de Buenos Aires, en La Plata, Argentina, en marzo de 2001, que posteriormente fue publicada como "Castigar a los parias urbanos", en *Oficios Terrestres* 17, La Plata, 2005, y luego reimpressa en *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 2, Caracas, 2006.

El capítulo X se originó en un intenso diálogo con un grupo de filósofos argentinos reunidos en Buenos Aires por Rodrigo Páez Canosa y Esteban Mizrahi en abril de 2001, que fue publicado como "El pensamiento crítico como disolvente de la doxa", en *Adef: Revista de Filosofía*, 26, 1, mayo de 2001, pp. 129-134. Una versión revisada fue publicada en *Constellations*, 11, 1, primavera de 2004, pp. 97-101.

Traducción de María Gabriela Ubaldini

I. Para terminar con el mito de las *cités-ghetto* [guetos]: diferencias entre Francia y los Estados Unidos

A partir del verano de 1990 y con una frecuencia creciente en los meses posteriores, los incidentes en las barriadas populares, así como los proyectos de leyes concernientes a la ciudad, incitaron a los representantes políticos de todas las tendencias, a los medios de comunicación e incluso a algunos investigadores en ciencias sociales a utilizar la palabra "gueto" para referirse a los degradados conglomerados de HLM [*habitation à loyer modéré*, viviendas que el Estado alquila a bajo costo] de las zonas periféricas urbanas y, por extensión y analogía, al espacio de los "suburbios", temido desde hace tiempo. ¿Por qué esta moda repentina de aludir, en todos los casos y sin justificación alguna, ante el menor roce entre los jóvenes y la policía o conflicto entre los habitantes de esos grandes conglomerados, a Chicago o al Bronx, a Harlem y al espectro del "síndrome estadounidense"?¹ La incorporación de la noción de gueto —aislada o adjunta a la de ciudad para crear el neologismo periodístico *cités-ghetto*—, ajena al vocabulario político francés y a la tradición ideológica nacional, ¿permite esclarecer un nuevo fenómeno que habría escapado a los observadores más atentos de la escena

¹ Existen varios ejemplos al respecto. La intervención de Alain Touraine en *Le Figaro* del 9 de octubre de 1990 alcanza para dar una muestra del tono general. Allí el sociólogo alude al "síndrome americano" y hace sonar la alarma en estos términos: "Nos encaminamos hacia la forma más dura de segregación, el gueto [...]. Dada la lógica general del crecimiento de la segregación, podemos esperar que nuestras grandes ciudades sigan el camino de Chicago".

urbana o, por el contrario, conlleva el riesgo de confundir las pistas y los análisis? ¿Y qué es lo que les confiere un encanto mediático tan poderoso como repentino a esas comparaciones salvajes entre los barrios obreros franceses en decadencia y la situación secular de exclusión racial de los negros estadounidenses, que da cuenta, como veremos más adelante, de una historia y una lógica institucional absolutamente distintas?

AD SCANDALA EVITANDA

Para comenzar habría que recordar que el término "gueto" apareció en Venecia en 1516, que proviene del italiano *giudeica* o *ghetto* y que en su origen histórico en las sociedades europeas medievales designaba un agrupamiento forzoso de judíos en ciertos barrios, pues la Iglesia consideraba que así protegía a los cristianos de la contaminación de la cual los judíos eran supuestos portadores (*ad scandala evitanda*). De manera progresiva, a la segregación espacial de los siglos XIII a XVI, cada vez más estrictamente reglamentada, fuente de superpoblación, de promiscuidad y de pobreza, se agregó un conjunto de medidas discriminatorias y humillantes, además de las restricciones económicas que impulsaron a sus habitantes a crear instituciones específicas, instrumentos de ayuda mutua y fuentes de solidaridad interna que funcionaron como protección contra la alienación ya inscripta en la estructura misma del espacio urbano. Así, el *Judenstadt* de Praga, considerado el mayor gueto de Europa en el siglo XVIII, con más de 10.000 habitantes hacinados en condiciones a menudo al límite de la salubridad, albergaba pese a todo un espeso tejido de empresas y asociaciones mutuales, mercados, lugares de culto y gremios, y hasta un hotel propio, símbolo de la autonomía relativa y de la fuerza comunitaria de sus habitantes.

El gueto negro estadounidense, el único con existencia concreta del otro lado del Atlántico —los blancos de extracciones diversas, incluidos los judíos, no conocieron nunca otra cosa que los barrios étnicos, de composición esencialmente voluntaria y hete-

rogénea y que, aun cuando se estratifican, siempre permanecen abiertos al exterior a modo de esclusas de transición hacia una sociedad blanca norteamericana variada—,² representa una concreción hiperbólica de esta lógica de la dominación etnoracial impuesta por un poder externo. Nacido en las primeras décadas del siglo XX con el impulso de las grandes migraciones, desde los estadados sureños, de negros descendientes de los esclavos liberados, el gueto es una forma urbana específica que conjuga los cuatro componentes del racismo recientemente planteados por Michel Wieviorka —prejuicio, violencia, segregación y discriminación—³ y los imbrica en un mecanismo de exclusión que no tiene fisuras. Con la presión implacable de la hostilidad blanca, avalada cuando no ejercida por el Estado, que se expresa mediante un uso rutinario de la violencia física directa, escandida de tanto en tanto por explosiones raciales mortíferas,⁴ se constituye dentro de ese espacio una verdadera ciudad negra comprimida y subordinada dentro de la ciudad, con sus redes comerciales, sus órganos de pren-

2 Thomas Lee Philpott muestra en *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle-Class Reform, Chicago 1880-1930*, Nueva York, Oxford University Press, 1978, pp. 139-142 y *passim*, que los diversos barrios blancos de Chicago de comienzos de siglo XX eran enclaves políticos que contenían como promedio unas veintidós nacionalidades diferentes, y las zonas definidas como territorios específicos de una "etnia" (en realidad, una nacionalidad) no reunían sino una minoría de la población total de ese origen; por ejemplo, la "Pequeña Irlanda" no albergaba más que a un tercio de irlandeses y apenas al 3% de la población de ascendencia irlandesa de la ciudad. Por el contrario, el gueto negro era, y es, siempre exclusivamente negro y reunía entonces a más del 90% del conjunto de los habitantes afroamericanos de Chicago. El carácter único del gueto negro es confirmado por Allan H. Spear en *Black Chicago: The Making of a Negro Ghetto, 1890-1920*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.

3 Michel Wieviorka, *L'Espace du racisme*, París, Seuil, 1991.

4 Acerca de la omnipresencia de la amenaza y la violencia racial en el los negros con el designio de preservar la separación racial en el espacio, sobre todo durante las décadas de 1950 y 1960, consideradas relativamente calmas desde esta perspectiva, véase Arnold Hirsch, "The Black Struggle for Integrated Housing in Chicago", en Melvin Holli y Peter d'A. Jones (dirs.), *Ethnic Chicago*, Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing, 1984, pp. 380-411.

sa, sus iglesias, sus sociedades de socorros mutuos, sus lugares de entretenimiento, su propia vida política y cultural. Lo que el título de la obra clásica de St. Clair Drake y Horace Cayton, *Black Metropolis*, resume bien.⁵ Esa ciudad negra, clavada como una daga en pleno corazón de la aglomeración de Chicago (al igual que Harlem dentro de Nueva York, el distrito de Brewster en Detroit o el barrio de Roxbury en Boston), encierra en su seno la casi totalidad de la vida de la comunidad afroamericana y ofrece una plataforma de lanzamiento a la burguesía de color que crece en simbiosis con el gueto. Políticos, predicadores, profesionales liberales y pequeños empresarios negros encuentran allí una clientela electoral y económica cauiva que tiene tanta necesidad de ellos como ellos de aquélla.⁶

Desde esta perspectiva, los barrios populares franceses nada tienen que ver con un gueto, pues no son conjuntos institucionales topográficamente separados a consecuencia de una discriminación racial o étnica establecida desde el Estado. No existe en ningún lugar de Francia una "ciudad árabe" (o polaca o portuguesa), dentro de la ciudad, que presente una amplia división del trabajo, una economía específica y una diferenciación social avanzada marcada por la presencia de toda la gama de clases sociales. Ni siquiera la pequeña concentración "asiática" del Triangle de Choisy en París tiene algo que ver con un Chinatown a la norteamericana, pues se basa en una disociación territorial nítida entre el lugar

de residencia y el lugar de comercio comunitario: su anclaje es estrictamente consumista y en modo alguno étnico en el sentido exacto del término.⁷ Pero incluso el propio gueto estadounidense se ha transformado de manera profunda después de la Segunda Guerra Mundial. Bajo el influjo de fuerzas económicas y políticas convergentes, admirablemente analizadas en el polémico libro de William Julius Wilson *The Declining Significance of Race*, empezó a carecer de clases medias y, en consecuencia, de las instituciones y actividades económicas y sociales que le otorgaban su autonomía relativa y su fuerza comunitaria.⁸ Del mismo modo, ha perdido la función económica de reserva de mano de obra para abastecer las necesidades de la industria durante los ciclos de crecimiento, que tuvieron su apogeo en el régimen fordista del capitalismo norteamericano, es decir, entre 1940 y 1965. Resulta difícil hoy adjudicarle un papel de reproducción a bajo costo de la fuerza de trabajo sobreexplotada de los negros, de acuerdo con la tesis de los economistas Fusfeld y Bates en *The Political Economy of the Ghetto*,⁹ dado que la mayoría de sus actuales habitantes viven expulsados del mercado de trabajo asalariado durante una buena parte de su existencia. ¿Se parece entonces el gueto estadounidense de la década de 1980 a los suburbios con mala reputación de la periferia urbana francesa?

7 Anne Raulin, "Espace marchand et concentrations urbaines minoritaires: la petite Asie de Paris", en *Cahiers internationaux de sociologie*, 85, julio-diciembre de 1989, pp. 225-242.

8 William Julius Wilson, *The Declining Significance of Race: Blacks and Changing American Institutions*, Chicago, University of Chicago Press, 2ª ed., 1980, cuyos análisis son continuados en William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press, 1987. Acerca de las causas políticas y económicas de la reciente transformación del gueto, véase también Loïc Wacquant, "The Ghetto, the State, and the New Capitalist Economy", en *Dissent*, otoño de 1989, pp. 508-520; y para una valoración amplia de las relaciones entre división racial y pobreza urbana, Fred R. Harris y Roger Wilkins (comps.), *Quiet Riots: Race and Poverty in the United States - The Kerner Report Twenty Years Later*, Nueva York, Pantheon, 1989.

9 Daniel Fusfeld y Timothy Bates, *The Political Economy of the Ghetto*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1984.

5 St. Clair Drake y Horace R. Cayton [1945], *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Nueva York, Harper and Row, 1962, 2 vols. Sobre la formación institucional del gueto negro norteamericano, véanse también August Meier y Elliott Rudwick, *From Plantation to Ghetto*, Nueva York, Hill and Wang, 3ª ed., 1976, y los documentos reunidos por Gilbert Osofsky (dir.), *The Burden of Race in the United States*, Nueva York, Harper, 1967. Sobre la génesis del gueto de Chicago desde el punto de vista de los inmigrantes del sur, véase el muy buen trabajo de James Grossman, *Land of Hope: Chicago, Black Southerners and the Great Migration*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.

6 Véanse sobre este punto, Allan H. Spear, *Black Chicago, op. cit.*, caps. 5, 6 y 10, y Robert Weaver, *The Negro Ghetto*, Nueva York, Russell and Russell, 1948.

DESOLACIÓN Y SEGREGACIÓN

Cuando se recorre el sur del Bronx en Nueva York, el norte de Filadelfia o el barrio de Hough en Cleveland es difícil no conmoverse ante el paisaje casi lunar que conforman los kilómetros de calles repletas de viviendas abandonadas, de comercios vaciados con las vitrinas destrozadas, de terrenos informes rodeados de escombros y malezas o incluso abarrotados de basura y trozos de vidrio. Los propios habitantes de esos barrios apelan a la imagen de una ciudad bombardeada para definir su ambiente cotidiano. El último comerciante blanco del barrio de Woodlawn en la zona sur de Chicago describe de esta manera la calle 63, una de las joyas de los años cincuenta: "Parece Berlín luego de la guerra, algo muy triste. Es como si la calle hubiera quedado arrasada por tramos tras un bombardeo y luego hubiera sido abandonada. Tres cuartos de ella quedaron vacíos. Es una desgracia, pero lo único que progresa aquí son los negocios que venden alcohol". De hecho, la cantidad de comercios y empresas del barrio pasaron de setecientos a menos de un centenar en treinta años y el número de habitantes cayó dos tercios en el mismo lapso.¹⁰ En algunas zonas, más de la mitad de las viviendas quedaron destruidas o abandonadas luego de los disturbios raciales de 1964-1968 y permanecen en pie ante la indiferencia general. Es verdad que los propietarios "ausentes" de esas viviendas siguen amortizando los impuestos que pagan por ellas a pesar de estar abandonadas, pues les encuentran con bastante frecuencia inquilinos entre las familias pobres dispuestas a todo con tal de evitar el infierno cotidiano de los grandes traslados de los programas de viviendas estatales con alquileres de bajo costo. Según una investigación realizada en 1980 en North Lawndale, un barrio del gueto de la zona oeste de Chicago que contaba con alrededor de 50.000 residentes y que había perdido el 40% de

su parque habitacional desde 1960, el 8% de las viviendas estaba en buen estado, el 10% estaba al borde del colapso y el 40% precisaba reparaciones importantes.¹¹ Nada de esto se observa en los suburbios franceses. A menudo se encuentran allí departamentos muy deteriorados, al límite mismo de lo habitable, sobre todo en los grandes complejos, donde se hallan las viviendas más desposeídas, pero también hay edificios bien contruidos y adecuadamente mantenidos, sin hablar de aquellos que, pasados los años, están en proceso de refacción. Pero, sobre todo, el encuadre político y administrativo del lugar impide una política de abandono comparable con la que afecta a las grandes ciudades norteamericanas.

Sin embargo, algún periódico francés se conmueve ante el "gueto" de Troyes: seis grupos de viviendas, 350 personas que viven en la indigencia y la dependencia (fenómeno que, dicho sea de paso, nada tiene de nuevo ni de extremo comparado con los barrios de viviendas precarias de Nanterre, Noisy o Champigny de hace treinta años), un islote de triste miseria en pleno centro de la ciudad, simbólicamente encastrado entre la Agencia Nacional para el Empleo y el Casino.¹² Ello es olvidar que un gueto norteamericano es un enclave de desolación urbana y humana que puede sobrepasar en tamaño a una ciudad grande de provincia. Se precisan más de veinticinco minutos de automóvil para atravesar

11 Este barrio se describe minuciosamente en Chicago Tribune, *The American Milestone*, Chicago, Contemporary Books, 1986.

12 Vale la pena citar ese reportaje de Gérard Desportes ("Troyes paie sa part de ghetto", en *Libération*, 1-2 junio de 1991, pp. 21-24) porque representa el caso límite de un tipo de periodismo al mismo tiempo alarmista, moralista y desinformador en el que la categoría fantasmática de gueto, reforzada por las fotos de la miseria y los sitios bien elegidos por su color local y su capacidad de conmover, aporta una luz aparentemente inédita a una situación cuyos equivalentes estructurales se encuentran en realidad a lo largo de toda la historia urbana contemporánea del país (por ejemplo, la perenne cuestión de la "elevación" moral y material de la clase obrera planteada al final del siglo XIX por la invención del "trabajo social") y un tono falsamente populista a un discurso que en ese sentido es más revelador de la relación del periodista con el medio popular que el que logra a la hora de describir sus características y su lógica de funcionamiento.

10 Para un análisis más profundo, véase Loïc Wacquant, "The New Urban Color Line: The State and Fate of the Ghetto in Postfordist America", en Craig J. Calhoun (dir.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford, Basil Blackwell, 1994, pp. 231-276.

el de la zona oeste de Chicago, que está habitado por 300.000 almas y donde todos los fenómenos de marginación, refractados a través del prisma de la exclusión social, están magnificados al extremo. Esto es así pues la relegación al gueto estadounidense no se debe únicamente, como en las ciudades del hexágono, a la ausencia de acumulación de capital económico, cultural y social. El operador original y principal es la descendencia de un linaje de esclavos, condición debida al *color de la piel*.¹³ El gueto es negro en el 95 al 99% de los casos. Y sus fronteras, aunque móviles en la medida en que se extienden, están marcadas con claridad: lo más frecuente es que se pase bruscamente de un barrio blanco a otro totalmente negro sin la menor gradación, con la excepción parcial de los barrios "hispanizantes", que sirven de zonas-tapón entre las otras dos. Los raros casos de barrios bautizados como "integrados" suelen ser en su mayoría zonas de transición, a punto de ser nuevamente segregadas, o pequeños bolsones en los que la convivencia entre blancos y negros resulta tolerable a causa del reclutamiento social elitista. En realidad, incluso la (pequeña) burguesía de color que ha logrado escapar del centro de la ciudad en decadencia se siente contenida y defendida en los barrios periféricos enteramente negros. El censo de 1990 muestra que la segregación racial en las principales metrópolis estadounidenses no ha disminuido más que un poco desde 1950: así, en Chicago, más de dos tercios de los afroamericanos siguen habitando en las zonas negras y del 95 al 99,5% de las viviendas sociales se construyen en los barrios negros pobres. De hecho, la segregación es tan intensa y tan absoluta, y afecta a tal punto las dimensiones posibles de la distribución espacial y de los contactos entre grupos, que los demógrafos debieron crear el término "hipersegregación" para distinguirla de la de otros grupos.¹⁴ Por lo tanto, nada hay en

13 Sobre la especificidad de la subordinación racial en los Estados Unidos, véanse Robert Blauner, *Racial Oppression in America*, Nueva York, Harper and Row, 1972, y David Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class*, Nueva York, Verso, 1991.

14 Doug Massey y Nancy Denton, "Hypersegregation in U.S. Metropolitan Areas: Black and Hispanic Segregation Among Five Dimensions", en *Demography*, 26-3, agosto de 1989, pp. 373-391.

común con la situación de los barrios populares franceses, donde suelen acumularse de veinte a treinta nacionalidades y en los que, con escasas excepciones (que los medios pretenden reflejar como típicas, pues resultan perfectamente adecuadas para excitar la imaginación del gran público), la mayoría de los habitantes son franceses nativos blancos: el 70% en las Quatre mille de La Courneuve, el 60% en las Minguettes, el 63% en el barrio Balzac de Vitry, etc. Un análisis detallado de los veintiocho "islotos sensibles" de la región de Ile-de-France revela que las personas de origen magrebí se sitúan en promedio entre el 10 y el 20%, con algunos picos de entre el 30 y el 45% en algunas zonas, como la ya nombrada del Petit Nanterre.¹⁵ La presencia de algunos bolsones de concentración de extranjeros enmascara el hecho de que las poblaciones de inmigrantes recientes están ampliamente dispersas en todo el territorio nacional, de manera que resulta mucho más fácil encontrarse con un "gueto de inmigrantes" en las páginas de una revista que en la realidad.

LA VIOLENCIA COTIDIANA

Pero, entonces, ¿no es correcto aludir a Chicago cuando se habla de la delincuencia, las drogas y la inseguridad que parecen reinar hoy en los suburbios desheredados del cinturón urbano francés? Los habitantes de estos últimos —o sus vecinos expulsados— ¿no hacen referencia ellos mismos a la ciudad de Al Capone a causa de la evidente criminalidad que se sufre allí?¹⁶ Allí también la comparación basada en datos estadísticos vuelve a poner las cosas en su lugar. En resumen: 850 homicidios voluntarios (principal-

15 Nicole Tabard y Lisa Aldeghi, *Développement social des quartiers. Les sites concernés et leurs caractéristiques socio-économiques*, París, CREDOC, 1988.

16 Por ejemplo, Jean-François Laé y Numa Murard, *L'Argent des pauvres. La vie quotidienne en cité de transit*, París, Seuil, 1985, p. 7. Se podrían citar unas cuantas barriadas rebautizadas por sus habitantes como "Chicago" o "el Bronx".

mente con armas blancas) en Chicago sólo durante el año 1990, cuyas víctimas fueron en su gran mayoría jóvenes negros; 19.600 revólveres secuestrados por la policía (que, por otra parte, reconoce que es una "gota de agua" en el océano de las armas de fuego que circulan en la zona); ataques mortales que alcanzan el 1% en determinados barrios, o el 5% de los jóvenes que pasan por un tribunal en el transcurso de un año. En varias barriadas grandes, los niños aprenden a los 4 o 5 años a arrojar al piso cuando escuchan silbar las balas, algo que sucede todos los días. Una buena cantidad de adolescentes de esos barrios interrumpen sus estudios, pues asistir a ciertos colegios implica literalmente poner en riesgo su vida. En Chicago, Nueva York o Detroit, las escuelas públicas están equipadas con aparatos de detección de metales para limitar la circulación de armas dentro de los establecimientos y es habitual que se realicen cacheos cuando se pasa de un edificio a otro. Una investigación reciente realizada en 31 escuelas públicas de Illinois reveló que cerca de un tercio de los alumnos lleva un arma a clase (de las cuales el 5% es un arma de fuego) con el objetivo de proteger su seguridad. La repercusión que tuvo en los medios el reciente asesinato de dos estudiantes (uno de 16 y el otro de 17 años), que fueron abatidos a disparos por un compañero (de 15 años) en el colegio Jefferson de Brooklyn durante la visita del alcalde de Nueva York no debe hacer olvidar que aquel episodio no es más que la punta de un vasto iceberg de violencias cotidianas que transforman el gueto en una "zona de guerra" potencial, como suelen expresarlo sus habitantes.¹⁷

De hecho, un reciente estudio epidemiológico publicado en el *New England Journal of Medicine* muestra que el homicidio voluntario es la primera causa de "sobremortalidad" masculina en el gueto: los jóvenes negros de Harlem tienen hoy mayores posibilidades de morir de forma violenta al residir en el centro de Nueva York que las que tuvieron en su momento los que pelearon en

el frente en Vietnam.¹⁸ Esta inseguridad aguda y endémica está esencialmente vinculada a las luchas intestinas entre pandillas (que no tienen nada en común con las bandas de los suburbios parisinos, a pesar de sus esfuerzos por emularlas) y a la explosión de la economía ligada sobre todo al tráfico de droga con un trasfondo de desempleo permanente.¹⁹ En el este de Harlem, el oeste de Baltimore o la zona centro-sur de Los Ángeles, el tráfico de cocaína (sobre todo en forma de "piedras de crack" que se revenden por menos de 20 dólares, lo que las hace estar al alcance de todos los bolsillos) y de otros estupefacientes (*potto de ángel*, *karachi*, marihuana, anfetaminas, etc.) se ha convertido en la primera, si no la única, fuente de trabajo regular de los jóvenes de color, al mismo tiempo que la principal causa de su encarcelamiento, que alcanza tasas astronómicas: hay actualmente más jóvenes negros de entre 19 y 25 años en prisión o bajo tutela judicial que en los campus universitarios cursando carreras que requieren cuatro años de estudio.²⁰ Los nombres con que los habitantes de los derruidos barrios negros que desdibujan el cen-

18 Según otro texto aparecido en la misma publicación (C. McCord y H. P. Freeman, "Excess Mortality in Harlem", en *New England Journal of Medicine*, 322, 1990, p. 173), la esperanza de vida después de los 35 años de los jóvenes negros de Harlem es inferior a la de los hombres de Bangladesh.

19 El trabajo más riguroso sobre las pandillas estadounidenses disponible hoy es la investigación de campo de Martín Sánchez-Jankowski, *Islands in the Street: Gangs in Urban American Society*, Berkeley, University of California Press, 1991. Para un enfoque etnográfico del funcionamiento de la economía del crack en el East Harlem de Nueva York, remitimos a Philippe Bourgois, "Une nuit dans une 'shooting gallery'", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 94, septiembre de 1992, pp. 59-78, y a Terry Williams, *Cocaine Kids*, París, Flammarion, 1990.

20 Clyde W. Franklin analiza detenidamente los principales factores de mortalidad y de marginalidad que pesan sobre los jóvenes negros del gueto y sus causas políticas en "Surviving the Institutional Decimation of Black Males: Causes, Consequences, and Interventions", en Harry Brod (comp.), *The Making of Masculinities*, Winchester, MA, Allen and Unwin, 1987, pp. 155-169; véase también el número especial de *Youth and Society* sobre "La jeunesse noire, une génération en voie de disparition?", 22, 1, septiembre de 1990.

17 Véase "Deadly Lessons: Kids and Guns. A Report from America's Classroom Killing Grounds", en *Newsweek*, 9 de marzo de 1992.

tro de Chicago como una lepra bautizan a sus "ciudades" hablan, mejor que cualquier estadística, del grado de peligrosidad del gueto norteamericano en la era de la desindustrialización y del retroceso del Estado: entre otros, *Wild West* [salvaje oeste], *Murder-town* [ciudad de asesinatos], *The Killing Fields* [campos de la muerte], *The Graveyard* [el cementerio].

Espacio étnicamente uniforme y estigmatizado como tal, el gueto estadounidense es, además, cada vez más homogéneo desde el punto de vista social. Tras las rebeliones de la década de 1960, se ha transformado en un territorio-depósito donde se encuentran irremediablemente segregados los miembros más desposeídos de la comunidad afroamericana, cuyo nivel de recursos, materiales y sociales, es demasiado bajo como para poder escapar de allí. Así, cerca de la mitad de las familias del centro del Chicago negro, por ejemplo, no sobrevivirían de no ser por la asistencia social, las changas y el trabajo informal, pues tres de cada cuatro adultos carecen de empleo. En seis de cada diez hogares no hay quien ocupe oficialmente el lugar de padre y se recibe ayuda alimentaria en la forma de cupones o refacciones gratuitas ofrecidos por el Ejército de Salvación o alguna iglesia del barrio.²¹ En total, un tercio de los 1.200.000 negros de la ciudad vive por debajo de la línea federal de la pobreza (a pesar de que ésta ha sido fijada en valores bajos). No se conoce en Francia o en los demás países desarrollados de la Europa continental una exclusión a tal escala. Los barrios de HLM del suburbio y otros conglomerados en decadencia reúnen a poblaciones altamente desposeídas, pero que siguen siendo bastante heterogéneas en su conjunto.²² Hay numerosos índices que llevan a pensar que esta misma heterogeneidad constituye uno de los principales factores explicativos de las tensiones

21 Se encuentran datos más precisos en Loïc Wacquant y William Julius Wilson, "The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 501, enero de 1989, pp. 8-25.

22 Al dar una imagen falsamente monolítica del tejido social de los conjuntos urbanos periféricos y al insistir más de lo necesario en la presencia de inmigrantes y delincuentes (y en su intersección, los delincuentes inmigrantes), a los medios les cabe una gran

sociales y de los incidentes que se producen, pues pone en contacto y competencia a poblaciones que se diferencian claramente, no tanto desde la perspectiva "étnica" o cultural, sino en el plano de su trayectoria social (ascendente o descendente, en movimiento o detenida), de su modo de apropiación del espacio y de los recursos colectivos (a su vez, a menudo en declinación en lo que hace a las necesidades colectivas) y de su capacidad de movilización.²³

EL PAPEL DEL ESTADO

El abismo entre ciudad popular francesa y gueto negro norteamericano se agranda aún más cuando se toman en cuenta la actitud del Estado y la calidad de sus servicios. Se ha establecido ya que, perfectamente legal e incluso fuertemente estimulada por el Estado federal y sus gobiernos locales y municipales hasta la Segunda Guerra Mundial (la ayuda pública y las viviendas deben respetar la sacrosanta "integridad de la comunidad", que impide la construcción de viviendas que impliquen el riesgo de inducir el mestizaje entre negros y blancos), la segregación casi absoluta del hábitat y de la educación de los negros estadounidenses se ha mantenido, cuando no agravado, desde entonces, por la inacción de la representación pública. Así, la ley de 1968, que prohíbe la discriminación en la vivienda, llamada Fair Housing Act, jamás se acompañó del decreto de aplicación correspondiente y no estipu-

responsabilidad en la aceleración de la espiral de estigmatización que tiende a convertir a todo barrio marginal en un "gueto" simbólico. De allí la inquina, y a veces la hostilidad abierta, de los habitantes de esas ciudades por el tratamiento de que son objeto en los medios y del que se quejan los escasos periodistas (y cada vez más los investigadores más afines a la problemática mediática) que trabajan "en el terreno".

23 Michel Pinçon, "Habitat et modes de vie: la cohabitation des groupes sociaux dans un ensemble HLM", en *Revue française de sociologie*, 22, 1981, pp. 523-547.

la ninguna sanción para quienes no la cumplan.²⁴ A esto se agrega la política de *abandono deliberado de la ciudad*, puesta en marcha por Washington en los años ochenta, que castiga principalmente a los negros pobres que se concentran allí. Así, entre 1980 y 1988, la administración Reagan redujo el 68% las subvenciones al desarrollo urbano y el 70% los fondos destinados a la vivienda social. En el campo social, la caída es igual de brutal: el valor de la ayuda social básica (subsidio a madres solteras con niños pequeños y cupones de alimentos) descendió a la mitad entre 1975 y 1985. Al mismo tiempo, la cantidad de beneficiarios de los subsidios por desempleo, limitados al 40% del último salario durante veintiséis semanas en el mejor de los casos, ha caído del 50 a menos del 25%. Y para extender aún más el abismo de la pobreza, existe una política local eminentemente regresiva: en el estado de Illinois, el 20% de las familias más pobres pagan más de una décima parte de sus mayores ingresos en impuestos locales, o sea, dos veces más que el 1% de las familias más ricas.²⁵ En Chicago, la educación pública, en perpetuo estado de crisis presupuestaria, dado que su financiamiento proviene de los impuestos locales a la vivienda, constituye un sistema de enseñanza aparte, reservado de hecho a los negros, a los latinos y a los pobres: el 87% de los estudiantes proviene de familias afroamericanas o hispanas y el 70% llega de hogares que viven por debajo de la línea federal de pobreza. Únicamente un alumno de tercero de 14 años llega a esa etapa con un nivel de aprendizaje superior o igual a la media nacional. El sistema de salud pública del municipio es, según admite su propio director, "un no sistema que está al borde del colapso".²⁶ En los barrios del gueto, donde, y es un hecho sorprendente, la mortalidad infantil

24 Sobre este problema, véase el trabajo del politólogo Gary Orfield, "Race and the Liberal Agenda: The Loss of the Integrationist Dream, 1965-1974", en Margaret Weir, Ann Shola Orloff y Theda Skocpol (dirs.), *The Politics of Social Provision in the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

25 Loic Wacquant, "The New Urban Color Line", *op. cit.*

26 Declaración del director municipal de Salud Pública registrado por el *Chicago Tribune*, 16 de enero de 1990, pp. 1 y 6.

viene *aumentando regularmente* desde mitad de los años setenta y supe-
ra en ciertas zonas el 30% (más de tres veces la media de los
blancos de Illinois), faltan centros asistenciales, las vacunas más
elementales, como la de la polio o la del tétanos, los medios para
diagnosticar hipertensión o diabetes. Un gran número de madres
(en su mayor parte, adolescentes) da a luz sin haberse realizado el
menor control médico durante el embarazo.

Sea como fuere, resulta difícil acusar al Estado francés de haberse desinteresado de la suerte de los barrios populares en problemas en esta última década. Desde el informe Dubedout "Mejor vivir en la ciudad" de 1982 hasta el programa de Desarrollo Social de los Barrios, que se ocupó al principio de 23 sitios experimentales, luego de 148 localidades y finalmente de 400 barrios considerados "sensibles" a lo largo de todo el territorio nacional, los poderes públicos no les han dado la espalda a los problemas, aunque hayan subestimado su amplitud y confundido sus causas estructurales.²⁷ Aun cuando, como consecuencia del gran giro en la política de ayuda a la vivienda recomendado por la Comisión Barre en el año 1975,²⁸ las viviendas sociales no han recibido las dotaciones presupuestarias y el sostén político necesarios para detener su previsible deterioro, en Francia una familia sobre cinco reside en una vivienda subvencionada por el Estado, mientras que la vivienda subsidiada en los Estados Unidos (fuera de la ayuda fiscal para el acceso a la propiedad, verdadero programa de "ayuda social" para las clases medias y altas) no llega siquiera al 2% y está en continua caída. Además de representar un lugar denostado y connotado con toda la fuerza de la desesperación, la infraestructura social estadounidense se encuentra tan mal mantenida y en

27 Para un resumen histórico administrativo y una primera evaluación de los resultados de este programa, véase Noëlle Lenoir, Claire Guignard-Hamon y Nicole Smadja, *Bilan/Perspectives des contrats de plan de développement social des quartiers*, París, Commissariat général du plan/La documentation française, 1989.

28 Sobre las profundas consecuencias sociales de este cambio en la política estatal, véase el número de *Actes de la recherche en sciences sociales* consagrado a "L' économie de la maison", marzo de 1991.

un estado tal de descalabro, que el número de *homeless* está en aumento constante, sobre todo a causa de la bancarrota general de los servicios públicos, que afecta a los barrios negros del centro de las grandes ciudades.²⁹ La política de abandono deliberado —conocida entre los urbanistas con el nombre de “*achicamiento planificado*” de las zonas desposeídas de las metrópolis estadounidenses surge entonces como una de las principales causas de la decadencia permanente del gueto negro. El dispositivo del programa de Desarrollo Social de los Barrios, al cual se suma la institución del Ingreso Mínimo para la Inserción, sin mencionar la batería de programas de sostén del empleo (y sobre todo del empleo de los jóvenes), puede y debe ser considerado insuficiente, inadecuado, ineficaz. Lo es en varios planos, sobre todo en el del acceso a la enseñanza prolongada y al trabajo asalariado. De todos modos, su mérito es existir y dar cuenta de una voluntad política de buscar, aunque sea a tientas, soluciones colectivas, una actitud que está en la antípoda de la del Estado federal norteamericano.

Si se consideran su historia, sus dimensiones, su estructura y su funcionamiento, el gueto negro estadounidense no tiene mucho en común con los 400 “islotes sensibles” a los cuales el Estado de bienestar francés trata de ayudar, con todas las demoras y todas las falencias administrativas que ya conocemos. Hay, por cierto, algunos factores compartidos por ambos países. Despoblación, concentración de población étnicamente marcada o de inmigrantes, fracaso escolar y desempleo acentuado sobre todo entre los jóvenes, relegación a los sectores más bajos y más frágiles del mercado de trabajo y del sistema de formación, crecimiento de las familias monoparentales y distorsión de la estructura demográfica, estigmatización residencial, abandono y delincuencia son todos fenómenos que tienden, de un lado y otro del Atlántico (o de La Mancha), a acumularse en los mismos barrios que sufren

29 Para el caso de Nueva York, véase Roderick Wallace, “Homelessness’, Contagious Destruction of Housing, and Municipal Service Cuts in New York City”, en *Environment and Planning*, 21, 1989, pp. 1585-1603.

ya problemas habitacionales agudos y una decadencia acelerada de la vivienda y del tejido comercial. Pero hasta aquí llegan los puntos en común. La intensidad y la amplitud de la exclusión urbana, su carácter racial, su anclaje histórico secular y, en especial, una lógica institucional, además de una ideología y de políticas divergentes, no permiten la asimilación sin matices de las ciudades francesas con viviendas sociales con sus primos de los Estados Unidos.³⁰

ABUSOS MEDIÁTICOS Y BENEFICIOS POLÍTICOS

Aunque no les guste a los devotos del psicodrama colectivo, Vaulx-en-Velin, Chanteloup-les-Vignes, Mantes-la-Jolie y La Courneuve no son guetos en el sentido de la experiencia de la diáspora judía en Europa o de la de los negros en los Estados Unidos. Los “*blacks*”, “*beurs*” y “*blancs*” [africanos, árabes y blancos pobres] provenientes de medios populares sufren al mismo tiempo el desempleo, la deserción escolar (mucho más dolorosa que el hecho de que pasar por el colegio secundario se haya convertido en la vía obligada hacia el salario estable), la dificultad para hacerse un camino y lograr una identidad en esta fase de crisis profunda de la clase obrera, cuyo modo tradicional de reproducción centrado en el lugar de trabajo se encontró repentinamente arrojado al basurero de la historia, afectado tanto desde dentro como desde el exterior por las transformaciones económicas (mercado

30 Para un análisis más profundo de estas diferencias véanse Loïc Wacquant, “Banlieues françaises et ghetto noir américain: de l'amalgam à la comparaison”, en *French Politics and Society*, 10-4, otoño de 1992, pp. 81-103 [ed. cast.: “Banlieues francesas y ghettos negros americanos: de la amalgama a la comparación”, en *Fermentum: Revista venezolana de sociología y antropología*, Caracas, 16-17, diciembre de 1996, pp. 34-53] y “The Comparative Structure and Experience of Urban Exclusion: ‘Race’, Class, and Space in Paris and Chicago”, en Katherine McFate, Roger Lawson y William Julius Wilson (dirs.), *Poverty, Inequality, and Future of Social Policy: Western States in the New World Order*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995, pp. 543-570.

de empleo), culturales (escuela, relaciones entre las generaciones y los sexos), sociales (sindicalismo, demografía, vivienda) y políticas (debilitamiento de los movimientos sociales y destrucción de toda visión política alternativa) de los últimos veinte años. Dado que la violencia, en la medida en que se transforma en un problema específicamente político por la intervención de los medios, es el único modo de hacerse escuchar en una democracia paralizada por la esclerosis ideológica y genética de los aparatos y por la ceguera de una clase política cada vez más alejada de la realidad del país al que finge servir pero del cual, en realidad, se sirve, a los jóvenes de los barrios desposeídos no les queda más remedio que apropiarse de las calles para expresar su rabia. Es lo que hacen, y con bastante sensatez hasta ahora, si se lo compara con las medidas modestas pero puntualmente significativas que ha tomado el gobierno luego de cada incidente amplificado por la prensa y la televisión.³¹ En una población guetizada, por temor o por interés racial, que busca replegarse en instituciones "comunitarias" que sólo existen en estado embrionario y en las cuales todos están lejos de reconocerse, lo esperable no es su rebelión —desesperada y negativa—, sino la reivindicación *protopolítica de la dignidad* de una juventud obrera, autóctona y proveniente de las antiguas colonias, harta de las falsas promesas de un orden social cada vez más inequitativo que, valiéndose de esloganes democráticos, incluso vagamente socialistas, los sacifica a los mandatos de la "modernización" (otro mito político que habría que deconstruir), de la rendición y de la autoperpetuación política, y de este modo los excluye, de hecho, del ideal que insta a abrazar.

31 Por ejemplo, el desbloqueo de los créditos y la instalación desmesurada de equipamientos deportivos en la primavera de 1991, en previsión de un "verano caliente" que nunca tuvo lugar. Del mismo modo, si los jóvenes "harkis" de Narbona y de otros sitios se lanzaron a tomar medidas de fuerza a comienzos del verano de 1991, no fue porque su situación se hubiera deteriorado bruscamente, sino en realidad porque se trataba de un período decisivo durante el cual sabían que llamarían la atención de los medios y, de rebote, lograrían hacerse escuchar por los políticos.

Por lo tanto, no es de guetos de lo que hay que hablar hoy sino del acceso al trabajo, a la educación, a la vivienda, es decir, a los medios válidos para ejercer una ciudadanía efectiva. Del aumento de las desigualdades de todo tipo ante las cuales los tecnócratas, tanto de izquierda como de derecha, se cubren vergonzosamente la cara al considerar que la nueva generación de excluidos por la reestructuración del capitalismo francés debe esperar al próximo período de crecimiento para alcanzar una justa redistribución de la riqueza nacional, del mismo modo que callan ante las posibilidades de vida eternamente sacrificadas en el altar del "rigor". Afirman que los barrios en decadencia de la periferia urbana no son guetos no implica en absoluto plantear que en el mundo de los suburbios (en plural, pues su característica fundamental es su heterogeneidad) todo funciona como en el mejor de los mundos, lejos de eso. Creer que es así significa abandonar un razonamiento de tipo mágico para lanzarse de cabeza a otro. Se trata simplemente de ubicar el debate intelectual y político sobre el terreno donde en realidad importa: el de la *dualización* de la sociedad francesa, provocada por la descomposición de la clase obrera, el trabajo de zapa al que conduce el desempleo prolongado y el abismo económico y social que se agranda cada día un poco más entre los que disponen de un empleo estable y de un capital intelectual o certificado en el mercado escolar y aquellos que, expulsados a la vez de la educación, del mercado de trabajo y en consecuencia de la vivienda, se encuentran encerrados dentro de la zona baja de la "galera"³² y están condenados a futuro a una forma de muerte social lenta, privados de los medios para expresarse públicamente, salvo si inflingen las leyes y las normas, lo único que logra suscitar la atención y la acción de los poderes establecidos.

Entonces, ¿por qué ese éxito inseparablemente político y mediático sin precedentes del tema del "gueto" en el reciente debate público alrededor de la ciudad? Aparte del olvido de la historia y la ignorancia de los resultados de la investigación urbana realiza-

32 Véanse los análisis de este fenómeno en François Dubet, *La Galère. Jeunes en survie*, París, Seuil, 1987.

da en los últimos años,³³ la respuesta debe buscarse en los beneficios específicos que unos y otros obtienen de este abuso del lenguaje. A los periodistas de la prensa, y más aún de la televisión, siempre ávidos de temas "espectaculares" capaces de vender ejemplares o de ganar puntos de audiencia, el mito de las *cités-ghetto* [guetos] les ofrece un tema de alto rendimiento: alimenta un sensacionalismo muy vendible, que recluta espectadores y es altamente eficaz.³⁴ Permite encontrar, con muy poca inversión —un choque automovilístico dentro de la pequeña realidad parisina, una discusión a la salida de un bar con golpes entre jóvenes, una breve entrevista telefónica con un trabajador social—, sin necesi-

33 No puede sino sorprender el desconocimiento total entre los poderes públicos de los numerosos trabajos existentes sobre sociología urbana, a pesar de estar financiados por el propio Estado (un ejemplo entre otros: los estudios sobre segregación urbana llevados adelante desde hace una década por el equipo de Edmond Préteceille y Monique y Michelle Pinçon en el Centro de Sociología Urbana del CNRS), pero también sorprende la falta de profundidad histórica del debate público actual. En efecto, las tensiones entre grupos étnificados o racializados en los barrios obreros no son un hecho nuevo en la historia francesa. A propósito, Noiriel nos recuerda que muchas de las reacciones y discursos xenófobos que parecen característicos de los años ochenta se encuentran, a veces palabra por palabra, durante las otras dos grandes "crisis" de la inmigración, que fueron sobre todo también crisis económicas, las de las décadas de 1880 y 1930 (Gérard Noiriel, *Le Creuset français. Histoire de l'immigration, XIXe-XXe siècles*, París, Seuil, 1988, cap. 5).

34 Respecto de la acción de los "intelectuales burocráticos" y la lógica específica del campo de producción periodística en la génesis y la construcción sociales de los "problemas de la sociedad", así como sobre la pobreza o la "crisis de los suburbios", véase Patrick Champagne, "La construction de la marginalité urbaine dans les médias français: les 'émeutes' de Vaulx-en-Velin", comunicación al Colloque Pauvreté, immigrations et marginalités urbaines, Maison des sciences de l'homme, París, 10-11 de mayo de 1991. Para un excelente análisis de los efectos de la presentación mediática de las pandillas en las grandes ciudades norteamericanas, véase Martín Sánchez Jankowski, *Islands in the Street*, *op. cit.*, cap. 9; para el caso francés, consultar el estudio de Christian Bachmann y Luc Basier, *Mise en images d'une banlieue ordinaire. Signalisations urbaines et stratégies de communication*, París, Syros, 1989, sobre la producción mediática de la imagen pública de la ciudad de las Quatre mille en La Courneuve.

dad de crearlos tramo por tramo, temas que en apariencia garantizan una gran distancia de la vida cotidiana de la mayoría de los lectores o espectadores. Al volver a pintarse con los colores del "gueto", el mundo hasta ayer lento, banal, gris de los suburbios se convierte de pronto en excitante, de colores vivos, en una palabra: *exótica*. De este modo, las grandes barriadas populares, que no le interesaban, por decirlo así, a nadie, se han convertido en una especie de nuevo misterio interno, el antro o la jungla de lo salvaje urbano, que amenaza con despertarse a dos pasos de las aceras peñueñoburguesas que se alinean a su alrededor.

Para los dirigentes políticos, el tema del gueto es perfecto a los fines de rellenar un discurso que gira en el vacío, porque es hueco, y de enmascarar detrás de una retórica, o bien alarmista (según la derecha) o bien voluntarista (desde la izquierda), su incapacidad para desprenderse de los razonamientos tecnocráticos y burocráticos que los separan de la realidad. Enemigos y cómplices al mismo tiempo, políticos conservadores y progresistas están inmersos en el tema con el mismo imperativo estructural de ser vistos, leídos y contemplados siempre en acción. El suburbio ofrece un trampolín mediático y temático cómodo donde cualquiera puede realizar declaraciones espectaculares ("No toleraremos que haya un Bronx en Francia", ruge sin comprometerse demasiado el ministro del Interior) que no hacen más que revelar su desconocimiento absoluto del tema. El término "gueto", con su connotación racial que remite a poblaciones fenotípicamente distintivas, permite por fin a unos y otros realizar una aleación satisfactoria entre "suburbio" e "inmigración",³⁵ el otro tema médicamente candente del presente. Y, por lo tanto, posicionarse en el espacio de las luchas internas de su propio partido o en el cam-

35 Como la cobertura sensacionalista de *L'Express* (semana del 5 al 12 de junio de 1991) titulada "Banlieue, immigration, l'état d'urgence", donde la ignorancia sociológica de ambos fenómenos [suburbios e inmigración], de sus vínculos, que están lejos de ser tan estrechos y automáticos como su título da a entender, compite con la irresponsabilidad cívica en su búsqueda desenfrenada de ventas y suscripciones.

po político en general. Sostén de un pensamiento casi mágico, el recurso fácil y permanente al gueto permite ahorrarse un verdadero análisis, sociológico y político, de las causas de la decadencia de los grandes conglomerados de los barrios populares y de la creciente exclusión de los jóvenes —y de los no tan jóvenes— de una clase obrera abandonada por todos a una lenta agonía.

Traducción de Marcos Mayer

II. Descivilizar y demonizar La transformación social y simbólica del gueto negro

Para aproximarme a la polémica realidad de lo que ocurrió con el gueto negro norteamericano un cuarto de siglo después de la ola de disturbios raciales relatados en el famoso informe de la Kerner Commission de 1968,¹ me gustaría destacar dos procesos interrelacionados, uno material y relacional, el otro simbólico o discursivo, a través de los cuales se ha operado una mutación urbana y racial específica en los Estados Unidos de fin de siglo.

El primer proceso es lo que llamaré, basándome en Norbert Elias, la *descivilización* del núcleo segregado de las grandes ciudades norteamericanas, esas verdaderas bantustanes² domésticas que son los guetos de los viejos centros industriales de los estados del *rustbelt*,³ como Nueva York, Chicago, Detroit, Filadelfia, Pittsburgh, Baltimore y Cleveland, debida a la retirada del Estado en varios de sus rubros y a la consiguiente desintegración del espacio público.

El segundo proceso, estrechamente ligado al primero por una compleja relación funcional, es la *demonización* del subproletariado urbano negro en el debate público, es decir, la extraordinaria proli-

1 El producto de esta notable investigación fue reeditado veinte años después con el título *The Kerner Report: The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989.

2 "Bantustán" es el término que designa cada uno de los veinte territorios que operaron como reservas tribales de habitantes no blancos en Sudáfrica, en el marco de las políticas segregacionistas impuestas durante la época del *apartheid*. [N. del T.]

3 En castellano: "cinturón oxidado". Nombre dado a la zona histórica de la industria pesada del norte y medio oeste de los Estados Unidos (desde Chicago y Baltimore a Boston, aproximadamente).

feración de discursos, durante un poco más de una década, en las orillas occidentales del Atlántico, sobre lo que se ha llamado la *underclass*, un término que es mejor dejar sin traducir en la medida en que apunta a una supuesta ubicación dentro del espacio social norteamericano y tiene connotaciones semánticas específicamente estadounidense. Hemos de ver que la metáfora, entre periodística y académica, que ha dado nacimiento a ese grupo ficticio fue acomodando al gusto contemporáneo prejuicios centenarios respecto de las supuestas peculiaridades culturales de la comunidad negra y tiende a producir una verdadera "esclavización simbólica" de los residentes del gueto.⁴ Este confinamiento simbólico sirve a su vez para justificar la política de abandono por parte de las autoridades de ese segmento de la sociedad, una política que debe a la teoría de la infraclass [*underclass*] su considerable y creciente aprobación social.

Dado que mi análisis se centra en un aspecto de la sociedad norteamericana no muy conocido, ni siquiera para las ciencias sociales del país, a causa especialmente del sentido común nacional tanto en la vida cotidiana como en la academia, que tiende a mantenerlo oculto, puede llegar a confundirse con una polémica contra los Estados Unidos acuñada en la vieja moneda del americanismo. Para que quede claro que no se trata de eso, bastará con sugerir que puede realizarse un análisis del mismo tipo, *mutatis mutandi*, acerca de la situación de los declinantes barrios obreros que alarman a las grandes ciudades francesas y de la reciente explosión de discursos apocalípticos sobre las *ciétés-ghetto* [guetos] en los medios y en el campo político, una temática que constituye en la opinión de muchos una especie de equivalente estructural del debate norteamericano sobre la *underclass*.⁵

4 Sobre estos procesos culturales, véase Steve C. Dubin, "Symbolic Slavery: Black Representations in Popular Culture", en *Social Problems*, 34-2, abril de 1987, pp. 122-140. La noción de *underclass* tiende por lo tanto a cumplir un papel similar al que ofrecía en épocas pasadas ese icono de la ideología racial norteamericana que es el personaje familiar de Sambo (véase Joseph Boskin, *Sambo: The Rise and Demise of An American Jester*, Nueva York, Oxford University Press, 1986).

5 Para un análisis comparativo y una crítica preliminares, véase Loïc Wacquant, "Pour en finir avec le mythe des *ciétés-ghettos*: les

LA DESCIVILIZACIÓN DEL GUETO

En su obra maestra *Über den Prozess der Zivilisation*, Norbert Elias describe aquello que marca el "proceso civilizador".⁶ Con este término, el sociólogo alemán designa no cierta idea victoriana de progreso moral o cultural del cual Occidente podría ser destinatario y guía, sino la transformación a largo plazo de las relaciones interpersonales, el gusto, las formas de comportarse y el conocimiento que acompañan la formación de un Estado unificado capaz de monopolizar la violencia física en todo su territorio y así pacificar progresivamente a la sociedad.

En función de la claridad, este proceso puede dividirse analíticamente en cuatro niveles. El primero es una modificación estructural de las relaciones sociales, de la forma y la densidad de las "figuraciones" sociales, que se manifiestan en el crecimiento de la división del trabajo y la ampliación y multiplicación de las redes de interdependencia e interacción entre individuos y grupos. En segundo lugar, el proceso civilizador se distingue, según Elias, por una serie de cambios asociados con los modos y estilos de vida: la represión y la privatización de las funciones corporales, la institución y difusión de formas de cortesía y un aumento de la identificación mutua, que genera una declinación de la violencia interpersonal. Una tercera familia de transformaciones tiene que ver con la estructura del hábitus, por ejemplo, los criterios socialmente consuetudinos que generan el comportamiento individual: en este nivel se percibe un aumento de la presión con el objetivo de racionalizar la conducta (particularmente en la elevación de los umbrales de la culpa y la vergüenza), así como la distancia sociocultural entre padres e hijos; con la domesticación de la agresión, el autocontrol se

diferéncias entre la France et les États-Unis", en *Les Annales de la recherche urbaine*, 52, septiembre de 1992, pp. 20-30 (cap. I en este volumen).

6 La edición completa en inglés de esta obra en dos volúmenes es Norbert Elias, *The Civilizing Process*, trad. Edmund Jephcott, Oxford y Cambridge, MA, Blackwell, 1994. [Ed. cast.: *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.]

vuelve más automático, uniforme y continuo, y empieza a gobernar-se más por una censura interna que por imposiciones del exterior. La cuarta y última transformación afecta los modos de conocimiento, cuyos contenidos fantasmáticos retroceden en la medida en que se afirman los principios de la neutralidad cognitiva y de la coherencia con la realidad. La originalidad del análisis de Elias reside en que no sólo relaciona estos diversos cambios con otros, sino también en que, sobre todo, muestra que están estrechamente vinculados al creciente control del Estado sobre la sociedad.

Si se sigue este esquema, la evolución del gueto negro norteamericano desde 1960 puede ser interpretada en parte como el producto de la *inversión* de estas tendencias, es decir, como un proceso descivilizador,⁷ cuya principal causa no ha de encontrarse en el surgimiento repentino de valores desviados (como sostiene la tesis de la "cultura de la pobreza", como una vieja "piel de asno" teórica exhumada periódicamente de la tumba de los conceptos rígidos), ni en la generosidad excesiva de lo que un analista ha denominado en forma acertada el "semi-Estado de bienestar norteamericano" (como sostienen los ideólogos conservadores Charles Murray y Lawrence Mead), ni en una mera transición mecánica de una economía industrial compacta a una economía de servicios descentralizada (según plantean los partidarios de la llamada hipótesis del "desajuste", como William Julius Wilson y John Kasarda),⁸ sino en la disminución multifacética en todos los niveles (federal, estatal y municipal) del Estado norteamericano y

7 El sociólogo británico Stephen Mennell ("Decivilising Processes: Theoretical Significance and Some Lines of Research", en *International Sociology*, 5-2, 1990, pp. 205-223) analiza cuatro casos

posibles de descivilización -la irrupción de la "sociedad permisiva" en la década de 1950, el reciente surgimiento de la violencia en los Estados Unidos, el Holocausto y la caída de los grandes imperios-, pero ninguno encaja completamente en la definición que propone del proceso. Por otra parte, la trayectoria del gueto negro norteamericano es todavía demasiado próxima.

8 Para una exposición compacta e influyente de cada una de estas tesis, véanse, respectivamente, Nicholas Lemann, "The Origins of the Underclass", en *The Atlantic Monthly*, junio de 1986, pp. 31-55; Charles Murray, *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980*, Nueva York,

el correlativo derrumbe de las instituciones del sector público, que constituyen la infraestructura organizativa de cualquier sociedad urbana avanzada. Es decir que, lejos de generarse en alguna necesidad económica u obedecer a una lógica cultural específica de la "clase baja" negra estadounidense, la situación actual del gueto y su incesante deterioro se debe esencialmente a las acciones e instituciones políticas estatales (o a su ausencia).⁹

Propongo tratar brevemente *in seriatim* tres tendencias que materializan esta descivilización del gueto: la despacificación de la sociedad y la erosión del espacio público, la desertificación organizativa y la política de abandono concertado de los servicios públicos en los territorios urbanos donde se concentran los negros pobres y, finalmente, el movimiento de desdiferenciación social y creciente informalización de la economía que puede observarse en el núcleo racializado de las metrópolis norteamericanas. Para ello, ofreceré un esbozo estadístico y etnográfico de ese espacio parecido a un campo de concentración en que se ha convertido el gueto negro estadounidense, basándome principalmente en el caso de Chicago, que conozco de modo más específico por haber trabajado en él durante varios años.

LA DESPACIFICACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA Y LA EROSIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO

El aspecto más sorprendente de la vida cotidiana en el gueto negro norteamericano es sin duda la extrema peligrosidad y las tasas

Basic Books, 1984, y Lawrence Mead, *Beyond Entitlement: The Social Obligations of Citizenship*, Nueva York, The Free Press, 1985; William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, y John D. Kasarda, "Jobs, Migration, and Emerging Urban Mismatches", en M. G. H. McGeary y L. E. Lynn (comps.), *Urban Change and Poverty*, Washington DC, National Academy Press, 1988, pp. 148-198.

9 Como he desarrollado con mayor amplitud en Loïc Wacquant, "Redrawing the Urban Color Line: The State of the Ghetto in the 1980s", en Craig Calhoun y George Ritzer (comps.), *Social Problems*, Nueva York, McGraw-Hill, 1993, pp. 448-475.

sin precedentes de crímenes violentos que afectan a sus habitantes. Así, en el curso de 1990 se registraron 849 asesinatos en Chicago, 602 de los cuales se perpetraron con armas de fuego, y las víctimas habituales fueron hombres negros de menos de 30 años que vivían en un vecindario segregado y pobre de la zona sur u oeste (los dos "cinturones negros" históricos de la ciudad). En el antiguo feudo de Al Capone se comete un crimen cada diez horas; hay 45 robos por día, 36 de los cuales involucran el uso de armas. En 1984 ya se habían registrado 400 arrestos por crímenes violentos cada 10.000 habitantes, y esta cifra se cuadruplicó en 1992. Una proporción elevada de estos crímenes es cometida, pero también sufrida, por residentes del gueto.

En verdad, un reciente estudio epidemiológico realizado por el Centro para el Control de Enfermedades de Atlanta muestra que el homicidio se ha convertido en la principal causa de mortalidad masculina entre la población urbana negra. Respecto de la tendencia creciente de estas macabras estadísticas de los años recientes, podemos recordar que los jóvenes de Harlem corren hoy un riesgo mayor de muerte violenta simplemente por residir en ese barrio que el que habrían corrido de haber estado en el frente en los momentos más duros de la guerra de Vietnam. En el distrito de Wentworth, en el centro de la zona sur de Chicago, se registran 96 asesinatos cada 100.000 habitantes. Un oficial de policía asignado a ese vecindario se queja: "Tenemos todos los días asesinatos que ni siquiera llegan a los medios. Nadie lo sabe y nadie se preocupa". Y se lamenta de que habitualmente los jóvenes criminales tengan acceso a armas de grueso calibre, a pistolas automáticas y a ametralladoras Uzi: "Antes los muchachos solían andar con cachiporras y navajas. Hoy tienen mejores armas que nosotros". Sólo en el curso de 1990, la policía de la ciudad encontró 19.000 armas de mano durante operativos de rutina.¹⁰ Algunas grandes ciudades han instituido programas de "trueque de ar-

mas", que ofrecen una suma fija de dinero a cambio de la entrega de armas de fuego, con la esperanza de reducir el número de pistolas y rifles que circulan en los vecindarios pobres.

Es verdad que en algunas concentraciones de viviendas pobres del gueto las armas de fuego son tan frecuentes que los niños, desde muy pequeños, no bien escuchan los disparos se arrojan al piso para evitar las balas; en cuanto a las niñas, se les enseña también a cuidarse de los "violadores". Cientos de alumnos de colegios secundarios abandonan cada año sus estudios a causa de la inseguridad que domina dentro de las escuelas públicas de Chicago. En efecto, no es raro que las familias envíen a sus hijos con sus padres a los suburbios del sur para que puedan asistir normalmente a sus clases sin poner en riesgo sus vidas. Un estudio reciente sobre residentes de muy escasos recursos de un complejo habitacional ubicado en la zona sur compara el área que lo rodea con "una zona en guerra, donde los no combatientes huyen del frente". Los peligros a los que están expuestos los niños de esos vecindarios son, en orden decreciente, los disparos, la extorsión de las pandillas y la oscuridad, propicia para crímenes de todo tipo, mientras que una encuesta realizada a una muestra aleatoria de madres suburbanas nombra los secuestros, los accidentes automovilísticos y las drogas como las principales amenazas que se ciernen sobre sus familias. Una madre describe de este modo una escena habitual: "A veces se ve que los niños corren en dos direcciones, empiezan a gritar nombres, luego comienzan a disparar".¹¹ Otra agrega: "La gente comienza a disparar y enseguida se sabe que estamos en medio de una guerra". En la zona oeste las familias que sobreviven gracias a los subsidios estatales destinan una parte de sus magros recursos a pagar seguros de vida para sus hijos adolescentes.

En este ambiente de violencia pandémica, el mero hecho de sobrevivir, de llegar a la mayoría de edad y, *a fortiori*, a la vejez se per-

10 "849 Homicides Place 1990 in a Sad Record Book", en *Chicago Tribune*, 2 de enero de 1991.

11 Nancy F. Dubrow y James Garbarino, "Living in the War Zone: Mothers and Young Children in a Public Housing Development", en *Child Welfare*, 68-1, enero de 1989, p. 8.

cibe como un logro digno de ser reconocido públicamente. En el vecindario de North Kenwood, uno de los más pobres de la zona sur, los asesinatos eran tan frecuentes a finales de los años ochenta que los jóvenes del lugar "discutían seriamente si era posible superar los 30 años". Algunos estudiosos de los problemas urbanos llegan al punto de hablar abiertamente de los jóvenes negros como una "especie en peligro de extinción".¹² Sufrir una muerte violenta o ir a prisión se han convertido en acontecimientos totalmente banales, con el resultado de que la cárcel es percibida como una simple continuación de la vida en el gueto:

Para una cantidad de *negros pobres*, *Norteamérica es una prisión*... Cárcel, cárcel, sólo una extensión de Norteamérica para los negros, sea donde sea. Incluso en la cárcel, los blancos consiguen los mejores trabajos. ¡Lo digo en serio! Les entregan a los blancos los trabajos mejor pagados y a los negros, los *peores que hay en la cárcel*: limpiar los sótanos, toda clase de cosas duras y absurdas.

Así me lo contó uno de mis informantes, un ex líder de los Black Gangsters Disciples [Discípulos de los gánsters negros], la pandilla que dominaba la zona sur a fines de los años ochenta, luego de pasar siete años en prisión. De hecho, hay hoy más hombres negros de entre 19 y 25 años bajo supervisión correccional (encerrados con custodia preventiva, cumpliendo sentencias de cárcel y en libertad condicional o bajo palabra) que cursando los cuatro años de formación que ofrecen los colegios.¹³

¹² Véanse Arne Duncan, "Profiles in Poverty: An Ethnographic Report on Inner-City Black Youth", trabajo presentado en el Urban Poverty Workshop, University of Chicago, octubre de 1987, sobre los jóvenes de Kenwood, y Jewelle Taylor Gibbs (comp.), *Young, Black and Male in America: An Endangered Species*, Nueva York, Auburn House Publishing Company, 1988, sobre la situación general de los jóvenes negros en el núcleo urbano.

¹³ Troy Duster, "Social Implications of the 'New' Black Underclass", en *The Black Scholar*, 19-3, mayo-junio de 1988, pp. 2-9.

La primera reacción de los habitantes del gueto que son víctimas de violencia es huir, cuando pueden, o resguardarse en sus hogares y permanecer dentro del círculo familiar, cuando no deciden vengarse. El reflejo de recurrir a los encargados de aplicar la ley se desvanece rápidamente cuando, por un lado, se teme también a la violencia policial, ya endémica (como quedó al descubierto recientemente durante el juicio por la brutal paliza infligida al chofer negro Rodney King por la policía de Los Ángeles, filmada en video por un aficionado), pero también, y sobre todo, cuando los servicios sociales, saturados y carentes de fondos, son incapaces de responder a la demanda y de garantizar a las víctimas la mínima protección contra las posibles represalias de los criminales. Alex Kotlowitz cuenta los infructuosos esfuerzos de una familia de la zona sur para lograr que la policía o los servicios sociales rescataran a su hijo de 11 años que había sido raptado por un traficante que lo usaba para distribuir drogas en su circuito de reventa.¹⁴ Una paradoja habla por sí misma: es en los vecindarios más peligrosos donde son menos frecuentes los llamados al 911...

LA DESERTIFICACIÓN ORGANIZATIVA DEL GUETO

Al mismo tiempo causa y efecto de esta erosión del espacio público, la declinación de las instituciones locales (comercios, iglesias, sociedades vecinales y servicios públicos) ha llegado a tal extremo que está a punto de provocar un desierto organizativo. El origen de la espectacular degradación del tejido institucional y asociativo del gueto puede encontrarse, una vez más, en el repentino retiro del Estado de bienestar, que ha minado la infraestructura que antes permitía a las organizaciones públicas y privadas desarrollar-se o sobrevivir en esos vecindarios estigmatizados y marginados.

Está claramente probado que, a caballo de la reelección de Richard Nixon, los Estados Unidos dieron un giro de ciento ochenta grados en materia de política urbana. En el curso de los años se-

¹⁴ Alex Kotlowitz, *There Are No Children Here*, Nueva York, Doubleday, 1991, pp. 84 y ss.

tenta, el andamiaje de los programas gubernamentales, iniciado en la época de la Gran Sociedad de Johnson, fue gradualmente desmantelado y luego abandonado, lo que privó a las grandes ciudades de recursos para resolver las necesidades de sus residentes más pobres. La política de desentenderse de las metrópolis se aceleró hasta alcanzar su clímax durante las sucesivas presidencias de Ronald Reagan: entre 1980 y 1988 los fondos destinados al desarrollo urbano se redujeron el 68% y el dinero para las viviendas públicas federales bajó el 70%. Ocurrió lo mismo con la asistencia social: por ejemplo, en el estado de Illinois el valor real en dólares de la prestación básica (que una madre soltera entrara en el programa Ayuda a Familias con Hijos a Cargo, más bonos para alimentos) disminuyó a la mitad entre 1977 y 1988. La suma máxima a la que podía acceder una de cada tres familias es hoy apenas igual a la renta promedio de un departamento de un ambiente. Y sólo el 55% de los que necesitan ayuda pública la reciben.

En el ámbito municipal, los profundos recortes se hicieron en forma selectiva, apuntando al presupuesto de los servicios públicos —transporte público, viviendas subsidiadas, servicios médicos y sociales, escuelas o servicios urbanos, como recolección de basura e inspección de viviendas—, de los cuales, quienes más dependen son los negros que viven en los barrios pobres. Así, no queda hoy un solo hospital público en la zona sur de Chicago, ni funciona un solo programa de rehabilitación de drogadictos que acepte pacientes que no dispongan de dinero para costearlo. Y un cierre en cadena de cuarteles de bomberos hizo que la ciudad alcanzara la tasa más alta de muertos por incendios del país. Las instituciones autóctonas, que florecieron hasta mediados de la década de 1960, están en su agonía definitiva. Incluso los dos pilares tradicionales de la comunidad negra, bisagra e intérprete del gueto en su forma clásica (tal como los describen St. Clair Drake y Horace Cayton en su estupendo *Black Metropolis*),¹⁵ la prensa y el púlpito, han

15 St. Clair Drake y Horace Cayton [1945], *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Nueva York, Harper and Row, 1962, 2 vols.

perdido toda su capacidad de mejorar la vida en los barrios pobres del centro de las ciudades a medida que el éxodo de los pequeñoburgueses negros y las familias obreras estables, que parienten a buscar refugio en los barrios vecinos abandonados por los blancos que huyen hacia la ciudad, los priven de su principal clientela y fuente de apoyo.

Pero es la degradación acelerada de las escuelas lo que revela con mayor claridad este proceso de abandono institucional. La escuela pública se ha transformado, según el testimonio de un ex supervisor del Consejo de Educación de Chicago, en una "reserva de pobres": el 84% de su clientela es negra y latina, y el 70% proviene de familias que viven por debajo de la línea de pobreza oficial. De 100 niños que entraron en sexto grado en 1982, sólo 16 llegaron al duodécimo grado seis años después, a pesar de no existir exámenes para pasar a cualquier nivel del currículo. En las 18 escuelas más pobres del distrito, todas ubicadas dentro del gueto, ese porcentaje cayó a un desalentador 3,5%. Las tres cuartas partes de los establecimientos secundarios de la ciudad no ofrecen cursos para ingresar en la universidad; la mayoría carece de aulas, libros, equipamiento básico, como máquinas de escribir, escritorios o pizarrones e, incluso, de docentes: la cuarta parte del cuerpo docente se compone de profesores suplentes. Ningún funcionario electo del Consejo Municipal envía a sus hijos a la escuela pública y los maestros que arriesgan a los suyos son muy escasos. Y por una buena razón: Chicago gasta, en promedio, sólo 5.000 dólares por estudiante por año, contra los 9.000 dólares anuales que gasta en los alumnos de los barrios ricos de los suburbios del norte.¹⁶

16 Jonathan Kozol, *Savage Inequalities: Children in America's Schools*, Nueva York, Crown Books, 1991. [Ed. cast.: *Analfabetos USA*, Madrid, El Roure, 1991.] Hay que señalar también que no existen estudios sociológicos sistemáticos acerca de la disparidad en la escolaridad de las metrópolis norteamericanas y su contribución a la reproducción de las desigualdades de raza y clase, aun cuando el país se vanaglorie de sus "oportunidades".

La pauperización del sector público ha rebajado a las escuelas al nivel de meras *instituciones de custodia* incapaces de cumplir con su función educativa. En la escuela primaria Fiske de la calle 62, a no más de doscientos metros de la superpoblada Facultad de Administración de Empresas de la Universidad de Chicago, las dos prioridades cotidianas son, primero, garantizar la seguridad física de los niños y del personal mediante las milicias de padres que patrullan los terrenos de la escuela todo el día armados con bates de béisbol; y, segundo, alimentar a los chicos, un gran número de los cuales llegan a la escuela con el estómago vacío y se duermen en clase por el agotamiento. En mayo de 1991, cuando el Consejo de Educación de Chicago anunció el cierre de treinta escuelas del gueto debido a un imprevisto déficit en el presupuesto, unos trescientos padres hicieron una marcha de protesta que terminó en un tormentoso encuentro con las autoridades académicas: "Cuando comiencen a cerrar estas escuelas y a transferir a los niños, queremos que nos digan si nos van a asegurar que nuestros hijos se mantendrán vivos al pasar del territorio de una pandilla al territorio de otra". "¿Quieren mancharse las manos con la sangre de nuestros hijos?"¹⁷ La respuesta lapidaria del alcalde se oyó en las noticias de la tarde: "No podemos destinar un policía para cada estudiante".

DESIFERENCIACIÓN SOCIAL E INFORMALIZACIÓN ECONÓMICA

En concordancia con las predicciones del modelo de Elias, se puede observar dentro del gueto negro norteamericano una tendencia hacia la *desdiferenciación social*, que se da como efecto del decrecimiento funcional y estructural de la división del trabajo en el ámbito de las poblaciones y también de las instituciones. Este retroceso de la diferenciación puede percibirse, primero, en la creciente uniformidad ocupacional de los residentes de los barrios segregados, debida principalmente al crecimiento vertigi-

noso del desempleo; en 1959, la mitad de los habitantes del gueto de más de 16 años tenía empleo; en 1980, tres de cada cuatro adultos no tenían trabajo y más de la mitad de los hogares sobrevivía gracias a la ayuda estatal. En el ámbito institucional se afirma una tendencia paralela hacia la multifuncionalidad forzosa, de modo que una organización se ve obligada a realizar funciones que normalmente corresponden a otras organizaciones (especialmente las públicas) que están en crisis o directamente han desaparecido. Así, las iglesias se esfuerzan tanto como pueden para suplir las deficiencias de las escuelas, del mercado laboral y de los sistemas sociales, médicos y judiciales, en avanzado estado de deterioro, para lo cual organizan comedores populares, reparten alimentos, crean programas de rehabilitación de adictos a las drogas y campañas de alfabetización sostenidas por voluntarios y ofrecen "bolsas de trabajo". Pero deben enfrentarse a la caída de sus recursos financieros y humanos, de modo que suelen tener que dedicar la mayor parte de sus energías a su propia supervivencia. Lo mismo vale para la "maquinaria política" de la ciudad, que, incapaz de sostener las redes de clientelismo que se ocupan de canalizar los votos de los vecindarios pobres, ahora existe sólo en teoría. En el cierre de la campaña presidencial de 1988, el Partido Demócrata local se vio obligado a ofrecer comida gratis en un intento desesperado por atraer potenciales votantes a sus reuniones de Woodlawn en apoyo del candidato Michael Dukakis.

La desdiferenciación de la estructura social está directamente entrelazada con la declinación de la economía formal y con la caída del mercado de trabajo en el gueto. En las décadas de posguerra, los barrios segregados de las grandes ciudades servían como una conveniente provisión de mano de obra barata para una economía industrial en crecimiento. La reestructuración del capitalismo norteamericano durante el período que va de 1965 a 1982 puso fin a este rol de reserva de fuerza de trabajo y, de este modo, el barrio no tardó en quedar desvinculado del tejido productivo. El destino de la comunidad de Woodlawn, en la zona sur de Chicago, ofrece una vívida ilustración de este proceso de marginalización económica del gueto. Woodlawn contaba con más de 700 firmas económicas e industriales en 1950; hoy llega apenas a un

17 "Protesters gather to save their schools", en *Chicago Tribune*, 22 de mayo de 1991, sec. 2, pp. 1, 10.

poco más de 100, la mayoría de las cuales no emplea más de dos o tres personas. Los comercios más comunes en el vecindario son los negocios de bebidas alcohólicas, las peluquerías y los salones de belleza, y las iglesias-comercio, pequeños establecimientos religiosos independientes, la mayoría de los cuales ha cerrado o está en bancarrota.

A esta caída de la economía oficial corresponde un crecimiento vertiginoso de la economía informal, especialmente el tráfico de drogas. En muchos sectores del gueto, el comercio de narcóticos es el único sector económico en expansión y el principal empleador de los jóvenes desocupados (si no la única clase de negocios que se conoce directamente y en la cual se puede empezar a trabajar ya a los 6 u 8 años). Es cierto que se trata también del único sector en el cual la discriminación racial no es una barrera para ingresar.¹⁸ Como me lo explicó un informante de la zona oeste mientras pasábamos por una hilera de edificios abandonados cercana a su casa:

De eso se trata, de ser pandillero, traficante de drogas. Y eso es lo que se hace allí, en la esquina, vender drogas y asaltar a la gente, eso hacen. Como ves, no tienen nada más, así que eso son.

Además de la economía de la droga y del trabajo informal —cuyo desarrollo es visible en otros sectores de la economía norteamericana, incluyendo los más avanzados—,¹⁹ el corazón del gueto ha

18 Aquí se remite al lector al libro de Terry William, *The Cocaine Kids: The Inside Story of a Teenage Drug Ring*, Reading, MA, Addison-Wesley, 1989, así como a Philippe Bourgois, "Une nuit dans une 'shooting gallery': enquête sur le commerce de la drogue à East Harlem", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 94, septiembre de 1992, pp. 59-78. [Ed. ingl.: "Just Another Night in a Shooting Gallery", en *Theory, Culture & Society*, 15-2, junio de 1998, pp. 37-66.]

19 La informalización de la economía norteamericana es un fenómeno estructural y no cíclico, estimulado por los sectores líderes. Véase Saskia Sassen, "New York City's Informal Economy", en Alejandro Portes, Manuel Castells y Lauren A. Benton (comps.), *The Informal*

asistido a una proliferación de los pequeños "negocios" subproletarios que son habituales en las ciudades del tercer mundo: vendedores ambulantes, revendedores de diarios, cigarrillos o bebidas por unidad, mandaderos, cuidadores de estacionamientos, chargines, etc. No existe vecindario en la zona sur sin sus "taxis gitanos", sus "mecánicos chapuceros", sus *after-hours clubs* (bares que funcionan sin licencia) y sus adolescentes que se ofrecen a cargar bolsas a la salida de un supermercado o a llenar el tanque del automóvil en la gasolinera por unas monedas. Todo puede comprarse o venderse en la calle, desde falsas carteras Louis Vuitton (a 25 dólares cada una) o autos robados y reciclados hasta armas de fuego (300 dólares por un revólver "limpio" es el precio habitual, y la mitad cuando es "sucio"), ropa con defectos de fabricación, comida casera típica del sur y chafalonerías por un dólar. La economía de las apuestas —el "juego de los números", la lotería, el loto y los juegos ilegales de cartas y de dados— no sabe de recesiones.

El desarrollo de esta economía irregular paralela está estrechamente vinculado a la desintegración del espacio público y la des-pacificación de la sociedad local. De acuerdo con el antropólogo Philippe Bourgois, las calles del gueto se han convertido en el crisol de una "cultura del terror" que crece funcionalmente con el negocio de la droga:

Se necesitan exhibiciones habituales de violencia para tener éxito en la economía subterránea, especialmente la del tráfico de drogas en el nivel callejero. La violencia es esencial para mantener la credibilidad y para prevenir las estafas de colegas, clientes o artistas del robo. En realidad, la conducta que se presenta como irracional-

Economy, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1989, pp. 60-77. Sin embargo, el crecimiento del sector informal de la economía del gueto también es "residual", es decir que se debe a la disminución del trabajo formal y asalariado y de las actividades económicas regulares.

Los criterios de definición varían, así como las estimaciones sobre la cantidad de personas que conforman el grupo, que fluctúan entre una modesta cifra de 500 mil y unos desmesurados 8 millones. Algunos analistas describen la *underclass* como una categoría que incluye a un vasto número y que está creciendo a un ritmo alarmante; otros sostienen, por el contrario, que su volumen es bastante restringido y que está paralizado e incluso en vías de reducirse. Pero casi todos concuerdan en un punto clave: la *underclass* es una nueva entidad, diferente de la tradicional "clase baja" y separada del resto de la sociedad, que mantiene una cultura específica o un nexo de relaciones que determina que sus integrantes compartan conductas patológicas de destrucción y de autodestrucción.

GÉNESIS DE UN MITO ACADÉMICO

¿De dónde viene la *underclass*? Desde una perspectiva estricta el nombre surgió en esa zona oscura situada en la intersección entre el campo político y el de las ciencias sociales, desde donde se pagó primero a los medios antes de emprender un retorno forzado a la sociología. Tomado en préstamo por los periodistas del economista sueco Gunnar Myrdal,²⁴ que lo utilizó para designar algo diferente —aquellas fracciones del proletariado marginadas del mercado laboral por un estigma étnico o racial y por los progresos tecnológicos del proceso productivo—, el término se convirtió prácticamente en sinónimo no de los "pobres indignos",²⁵ sino de los *negros* pobres e indignos. Pues, curiosamente, no parece existir una *underclass* blanca, y de haberla, es tan insignificante que casi no merece que se la mencione.

Se puede trazar la genealogía abreviada del tormentoso discurso sobre la *underclass* si se sigue su paso inicial por los medios, dado

24 Gunnar Myrdal, *Challenge to Affluence*, Nueva York, Pantheon, 1962. [Ed. cast.: *Reto a la pobreza*, Madrid, Ariel, 1974.]

25 Según el título del notable libro del historiador Michael Katz, *The Underserving Poor: From the War on Poverty to the War on Welfare*, Nueva York, Pantheon, 1989.

que a partir de ellos el término adquirió su notable poder de atracción. Su primera aparición nacional data del verano de 1977, cuando, tras los saqueos que estallaron durante el gran apagón de Nueva York en ese año, *Time Magazine* dedicó su tapa a "The American Underclass", a la que presentaba en estos términos y acompañaba con el retrato de un joven negro mostrando un gesto temible:

Detrás de sus paredes resquebrajadas vive un enorme grupo de gente que es más intratable, más ajena socialmente y más hostil de lo que cualquiera pueda haber imaginado. Son los inalcanzables, la *underclass* norteamericana.

Y destacaba las normas desviadas y las prácticas patológicas de sus miembros: "Su ambiente desangelado alimenta valores que suelen estar en la antípoda de los de la mayoría, incluso de la mayoría de los pobres".²⁶ Los periodistas de *Time* habían encontrado el término en el nuevo discurso de las principales organizaciones filantrópicas del país, para quienes el "descubrimiento" de un fluyente grupo de desposeídos que se caracterizaba por su falta de respuesta a "cualquier clase de estímulo" (como lo expresó Mitchell Sviridoff, vicepresidente de la Fundación Ford) ofrecía una buena justificación tanto para el fracaso de sus programas destinados a enfrentar la pobreza como para una renovada agenda de intervención con objetivos definidos.

En 1982, el periodista Ken Auletta publicó un libro sobriamente titulado *The Underclass* que causó sensación y que ayudó a que el término alcanzara un amplio uso en los debates públicos. Según este libro "definitivo y compasivo" los "nuevos millones de desaparecidos sociales" que "viven de nuestra comunidad" podrían convertirse en los principales culpables del "delito callejero, la dependencia de los subsidios públicos, el desempleo crónico y el comportamiento antisocial en los Estados Unidos de hoy".

26 "The American Underclass", en *Time Magazine*, 29 agosto de 1977, pp. 14-15.

Auletta, que trabajó libremente con tratados filantrópicos, investigaciones policiales, estudios de ciencias sociales, artículos periodísticos y sus propias impresiones empíricas, identificó los cuatro componentes de la *underclass* como "los pobres pasivos", "los delincuentes callejeros hostiles", "los buscavidas" y los "traumatizados alcohólicos, carteristas, *homeless*, arrebataadores de carteras y pacientes psiquiátricos en libertad". Y lamentaba el hecho de que "tanto los tradicionales programas contra la pobreza como el sistema penal hubieran fracasado en socializar a esos miembros de nuestra sociedad cada vez más desesperados y a menudo virulentos".²⁷

Muy rápidamente el flujo de historias más o menos sensacionalistas se convirtió en un torrente: se consolidaba la imagen de un nuevo grupo dotado de una cultura al mismo tiempo pasiva, hostil y destructiva, y quedaba afirmada la asociación entre negritud y *underclass*. En 1986, *US News and World Report* pudo presentar con autoridad a la *underclass* como "una nación aparte, una cultura de pobres que se aparta cada vez más de los valores fundamentales de los pobres" y cuyo "crecimiento constituye el problema principal de los centros urbanos del país". Al año siguiente, un artículo aparecido en *Fortune Magazine*, con un título que trasuntaba preocupación, "America's Underclass: What To Do?" [La *underclass* estadounidense: ¿qué hacer?], describía las "comunidades *underclass*" (pues el término ya se usaba entonces como adjetivo) como "nudos urbanos que amenazan con convertirse en enclaves

27 Ken Auletta, *The Underclass*, Nueva York, Random House, 1982. La enumeración indiscriminada de Auletta sirvió de base para afirmar la validez de la definición conductista del "grupo" que habría de dominar los debates tanto en los círculos políticos como en los científicos y que habría de sostener el *ethos* nacional estadounidense de individualismo moral: "Cualquiera que sea la causa —se trate de fallas en las personas o en la sociedad, sea la pobreza causa o efecto—, la mayoría de los estudiosos de la pobreza cree que la *underclass* sufre de deficiencias en la conducta y en los ingresos. La *underclass* suele operar fuera de los límites generalmente aceptados por la sociedad" (*idem*, p. 28).

de pobreza permanente y de vicio".²⁸ Y siempre esas fotografías de negros pobres, alternativamente amenazantes y dignos de compasión, prueba visual irrefutable de la emergencia y difusión de un animal social indomable.

Hacia 1989, la Comisión Mixta de Economía del Congreso norteamericano consideró urgente organizar una audiencia para alertar oficialmente a la nación acerca de la "tragedia de la *underclass*" y encender una alarma en "los vecindarios de la *underclass*" en los cuales "la pobreza está pasando de generación en generación". Lo que es destacable para un panel ostensiblemente preocupado por cuestiones económicas es que dos de los tres expertos a los que se pidió que declararan eran afroamericanos. El economista Ronald Mincy aportó crudas mediciones estadísticas acerca del tamaño, la evolución y el mapa demográfico del supuesto grupo; el politólogo Lawrence Mead adujo como causa de su aparición "una compleja combinación de aislamiento social, subsidios permisivos y actitudes contrarias al trabajo", y el sociólogo Elijah Anderson insistió en que "gran parte del problema de la *underclass* está relacionado hoy con la droga". Al lamentar que la "amenaza" de la *underclass* estuviera "comenzando a difundirse", el diputado Lee Hamilton, representante de Indiana, cerró la discusión planteando esto: "Se va a seguir precisando mucho más trabajo para comprender el fenómeno, ¿no es así?".²⁹

Realmente era así. Aún hoy, apenas se puede rastrear la cantidad de libros, artículos e informes dedicados a la *underclass*. Se organizan con regularidad conferencias en las que los especialistas más eminentes del país debaten áspidamente las características distintivas del "grupo", su alcance y ubicación, las causas de su formación y los modos de integrarlo a la sociedad norteamericana

28 Véanse "A Nation Apart", en *US News and World Report*, 17 de marzo de 1986, y Myron Magnet, "America's Underclass: What To Do?", en *Fortune*, 11 de mayo de 1987, p. 130.

29 *The Underclass, Hearing Before the Joint Economic Committee of the 101st Congress of the United States*, celebrada el 25 de mayo de 1989, Washington DC, US Government Printing Office, 1989, pp. 1, 19, 24, 47, 64-65.

promedio (es decir, domesticarlo). La mayoría de las grandes fundaciones públicas y privadas —Ford, Rockefeller, el Consejo de Investigación en Ciencias Sociales e incluso la Fundación Nacional de Ciencias— financian actualmente gigantesco programas de investigación sobre la *underclass*, organizan conferencias, difunden publicaciones y hacen sus recomendaciones políticas al respecto. Libros académicos impecables, como *The Truly Disadvantaged*, de William Julius Wilson; *The Urban Underclass*, compilado por Jencks y Peterson, y *Streetwork*, del etnógrafo Elijah Anderson,³⁰ han tomado y desarrollado este concepto, que garantiza (retroactivamente) sus títulos de nobleza académica. Aunque alguno de estos autores negase, en ciertos casos con buenas razones, compartir las tesis abiertamente culturalistas propagadas por los defensores de la reducción continua del Estado,³¹ prestaron credibilidad a la idea de que en el gueto había “cristalizado” un nuevo grupo que es, totalmente o en parte, responsable de la crisis de las ciudades. Y puede encontrarse incluso en los escritos de los más progresistas de entre ellos, con mayor o menor grado de eufemismos, una cantidad de elementos morales y moralizantes que explican la entusiasta bienvenida que dieron a su obra política e intelectual burócratas encargados de articular las políticas públicas de abandono urbano, cuyas primeras víctimas son los supuestos miembros de la *underclass*.

³⁰ William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged*, op. cit.; Christopher Jencks y Paul Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, Washington DC, The Brookings Institution, 1991; Elijah Anderson, *Streetwork: Race, Class and Change in an Urban Community*, Chicago, Chicago University Press, 1990.

³¹ Es el caso de William Julius Wilson, quien, más que cualquier otro autor, insiste con razón en las raíces económicas de la declinación de los guetos y recientemente se ha declarado dispuesto a abandonar el término *underclass* si éste restringe la investigación en lugar de facilitarla (“Studying Inner-City Social Dislocations: The Challenge of Public Agenda Research”, en *American Sociological Review*, 56-1, febrero de 1991, pp. 1-14).

PANDILLEROS Y “MADRES DE LA AYUDA SOCIAL”:

DOS AMENAZAS SOCIALES IMAGINARIAS

La iconografía de la *underclass* quedó rápidamente polarizada entre dos figuras paradigmáticas: por una parte, las “pandillas” (*gangs*) de jóvenes negros, arrogantes y violentos, que rehúsan tomar los escudos, no calificados y mal pagos puestos de trabajo a los que podrían aspirar, y ocupar de ese modo su lugar en lo más bajo de la escala social; por la otra, las “madres adolescentes” que subsisten a costa de los contribuyentes al recibir asistencia social y amplias viviendas públicas, habitualmente aparecen fotografiadas cómodamente sentadas y sin hacer nada, con los niños a sus pies y mirando televisión. Estas figuras emblemáticas no son sino dos rostros de la misma fantasía, la de la amenaza que los negros “incivilizados” —aquellos que no tienen lugar en la nueva división del trabajo entre castas y clases— representan para la integridad de los valores norteamericanos y para la nación misma; los “pandilleros” representan la disolución moral y la desintegración social en el espacio público, en las calles; las “madres de la ayuda social” personifican los mismos peligros en el espacio privado, dentro de la esfera doméstica. Concebido según una lógica punitiva, el manejo que hace el Estado de estas dos categorías se traduce “por exceso”, por una parte, en el crecimiento astronómico de las tasas de encarcelamiento y, por la otra, en la superpoblación de funcionarios sociales en el gueto. Pues el problema no es la pobreza y la desesperación, sino su *costo social*, que debe ser reducido por todos los medios disponibles.³²

Se puede encontrar una expresión hiperbólica de esta fantasía repulsiva en un texto de Charles Murray publicado en Inglaterra por el *Sunday Times* (por el que recibió honorarios principescos) y, por lo tanto, menos sujeto a la censura del campo académico nacional, donde el célebre autor de *Losing Ground*, la Biblia de la

³² A este respecto, la *underclass* es similar a los inmigrantes (norteamericanos) en el razonamiento sociopolítico francés: habitual (Adbelmalek Sayad, “‘Couts’ et ‘profits’ de l’immigration: les pré-supposés politiques d’un débat économique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 61, marzo de 1986, pp. 79-82).

política social reaganiana, pudo olvidarse por un momento de las reglas del decoro sociorracial que suelen gobernar el discurso político público norteamericano y decir claramente lo que la mayoría de los analistas de la *underclass* debe conformarse con escribir entre líneas. Entre dos párrafos destacados, tomados de su texto y puestos en enormes letras, "UNDERCLASS: THE ALIENATED POOR ARE DEVASTATING AMERICA'S INNER CITY - IS THE SAME HAPPENING HERE?"³³ [*Underclass*. Los pobres alienados están destruyendo los barrios marginales de las ciudades norteamericanas. ¿Está sucediendo lo mismo aquí?], se lee: "Los jóvenes son esencialmente bárbaros para quienes el casamiento es una fuerza civilizadora"; "Las jóvenes solteras quedan embarazadas porque les gusta el sexo y porque los bebés les resultan amorosos". El análisis de Murray (si es que puede llamárselo así), que presenta a los habitantes del gueto como una tribu de salvajes ocupados en canibalizar a su propia comunidad, no es tanto una *reductio ad absurdum* como un retorno de lo reprimido. ¿No se trata de la misma visión que proyectan imperdonablemente los blancos (italianos y judíos) de clase baja de los vecindarios próximos a los barrios marginados del centro de Nueva York, para quienes "el gueto es una jungla infestada de 'animales' de piel negra cuya sexualidad salvaje y cuyas familias destruidas desafían toda idea de conducta civilizada?"³⁴

Desde los "teóricos" decimonónicos de la cuestión racial hasta Charles Murray, pasando por Edward Banfield, existe una larga tradición de análisis pseudocientíficos que pretenden presentar a los negros del gueto como seres perezosos, perversos, amorales e inestables que nadan en una cultura patológica que está en discontinuidad radical con la cultura dominante norteamericana. Lo

33 Charles Murray, "The Alienated Poor are Devastating America's Inner City. Is the Same Happening Here?", en *Sunday Times Magazine* (Londres), 26 de noviembre de 1989, pp. 26, 39, 43.

34 Jonathan Rieder, *Canarsie: Italians and Jews of Brooklyn Against Liberalism*, Cambridge, Harvard University Press, 1985, pp. 25-26, 58-67.

nuevo es que la terminología de la *underclass* pretende ser *racialmente neutral*: su gran virtud es que permite hablar de los afroamericanos en un lenguaje superficialmente "desracializado". La teoría de la *underclass* presenta otra ventaja significativa, la de ser tautológica, dado que dos elementos que definen al "grupo" —una "cultura de la pobreza" desviada y desviante, una gama de prácticas patológicas y destructivas— se sostienen recíprocamente en un proceso de razonamiento circular: los miembros de la *underclass* se comportan de manera "aberrante" (otro término que se suele usar para describirlos) dado que sus valores son anormales; la prueba de que participan de una cultura anormal reside en su comportamiento aberrante.

CODA: ¿PARA QUÉ SIRVE LA UNDERCLASS?

Ya debe de haber quedado claro que la idea de una *underclass* no es ni más ni menos que lo que Pierre Bourdieu llama un "mito académico",³⁵ es decir, una formación discursiva que, bajo una coherencia científica, reelabora de una manera aparentemente neutral y basada en la razón fantasías sociales o preconceptos habituales que se relacionan con las diferencias de las así llamadas razas. El historiador Lawrence Levine ha mostrado que los amos de las plantaciones sureñas tenían mucho para ganar si enfatizaban la distancia cultural que los separaba de sus esclavos mediante calificativos como "bárbaros", "primitivos" e "infantiles", pues de ese modo podían justificar el hecho de reducirlos a ganado.³⁶ Del mismo modo, existe un "interés inconsciente" en exagerar la diferenciación cultural del subproletariado urbano negro, al punto

35 Para valernos de un concepto caro a Pierre Bourdieu, "Le Nord et le midi. Contribution a une analyse de l'effet Montesquieu", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 35, noviembre de 1980, pp. 21-25.

36 Lawrence W. Levine, "African Culture and US Slavery", en Joseph E. Harris (comp.), *Global Dimensions of the African Diaspora*, Washington DC, Howard University Press, 1982, pp. 128-129.

de que se plantea que se trata de una alteridad radical. Su demonización habilita que se los aísle y separe simbólicamente, y de ese modo se justifica una política estatal que combina medidas punitivas, como los programas de trabajo forzado o comunitario, la "guerra contra la droga" (que es sobre todo una guerrilla contra los adictos y traficantes de los vecindarios de los guetos) y políticas penales que han llevado a que en una década se duplique la población carcelaria, así como al confinamiento en los vecindarios marginados derruidos de ciudades o al abandono de éstos.

Como término borroso y maleable de contornos cambiantes y mal definidos, la idea de *underclass* debe su éxito a su *indeterminación semántica*, que permite todas las formas de manipulación simbólica que pretendan contraer o ampliar las fronteras del "grupo", según los intereses ideológicos que se manejen. ¿Pero cuál es entonces el principio de unidad de este concepto de geometría variable? Parece ser que, al igual que en el caso de los marginales de París en la alta Edad Media según Bronislaw Geremek, es principalmente "el sentimiento de animosidad, de desconfianza y desprecio"³⁷ que inspiran los guetos negros al resto de la sociedad norteamericana lo que sirve para cimentar esta categoría.

Las razones definitivas para el éxito del concepto de *underclass* no deben buscarse entonces en su base científica, que en el mejor de los casos es nula,³⁸ sino en sus efectos sociales, que tienen tres caras. El primer efecto es la *deshistorización* (o naturalización) del desamparo del gueto: la ilusión de la novedad radical de este grupo hace que se olvide que siempre ha existido en los Estados Unidos un subproletariado -blanco y negro- y que el "hipergueto" de los años ochenta no es sino la exacerbación socioespacial de una

doble lógica de exclusión, racial y de clase, que funcionaba como tendencia desde los orígenes mismos del gueto negro un siglo atrás. El segundo efecto es una *esencialización* de la cuestión racial/urbana: el desplazamiento de lo sustantivo a lo sustancial hace posible atribuir a los individuos -cuya mera agregación estadística constituye estas ficciones- propiedades del grupo que en realidad pertenecen a las estructuras mentales de los analistas o a las estructuras urbanas nacionales, y así circunscribir falsamente dentro del gueto mismo un problema que tiene sus raíces en la división racial de la política, la ciudad y el Estado norteamericanos. Tercero, y vinculado a esto, la temática de la *underclass* tiende a *despolitizar* el dilema planteado por la acelerada declinación de los vecindarios negros desposeídos de las metrópolis norteamericanas pues, si la *underclass* es en verdad una suma de individuos fracasados que llevan dentro de ellos el germen de su caída y del daño que causan a los demás, no se puede invocar la responsabilidad colectiva para hablar de causas o a la hora de buscar soluciones.

El discurso de la *underclass* es un instrumento disciplinario en el sentido foucaultiano del término, no tanto para los propios pobres sino para todos aquellos que luchan por no caer en el purgatorio urbano que simboliza la palabra (es decir, la clase obrera en sus varios componentes, especialmente negros y latinos), y el mejor reaseguro para la política de abandono de hecho del gueto por parte de las clases dominantes en el país. Lejos de esclarecer el nuevo nexo que vincula raza, clase y Estado en la metrópolis norteamericana, el cuento de la *underclass* contribuye a enmascarar la causa predominante de la descivilización del gueto en el sentido de Elias: la voluntad política de dejar que se destruya.

37 Bronislaw Geremek, *Les Marginaux parisiens aux XIVe et XVe siècles*, París, Flammarion, 1976, p. 361.

38 Se podría hacer una acusación que es de hecho negativa, pues la problemática prefabricada de la *underclass* impide una investigación ordenada de las bases sociales y la intersección entre la desproletarización y las divisiones raciales en la ciudad estadounidense y su articulación (y ocultamiento) en el discurso público y la política estatal.

III. "Una ciudad negra dentro de la ciudad blanca": revisitando el gueto norteamericano

Los blancos y los negros oponen resistencias muy profundas a que se presente el problema negro, aun verbalmente, en todo su espanto, en su significado más completo.

RICHARD WRIGHT, Prefacio a *Black Metropolis*, 1945.

El significado del término "gueto" en la sociedad y en las ciencias sociales norteamericanas ha cambiado a lo largo del tiempo según la manera en que las elites políticas e intelectuales del país fueron concibiendo los problemas entrelazados de la etnicidad y la pobreza en la metrópoli.¹ De modo esquemático, podemos distinguir tres etapas (consideradas con mayor detalle en el capítulo IV) en la trayectoria semántica del término hasta llegar a los debates contemporáneos.

DESTRIPIANDO EL GUETO²

De Jackson a Jefferson, el gueto importado de Europa se aplicó estrictamente a concentraciones residenciales de judíos provenientes de Europa oriental que se establecieron en los puertos que se encuentran a lo largo del Atlántico. Durante ese período inicial,

¹ David Ward, *Poverty, Ethnicity, and the American City, 1840-1925*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

² Juego de palabras intraducible: "Cutting the Ghetto", en inglés. [N. del T.]

se pensaba que los vecindarios física y socialmente degradados implicaban un obstáculo para los anhelos de progreso individual y grupal, por lo que se los etiquetó como *slums*.³

Mientras avanzaba la época progresista, el significado de "gueto" se expandió para designar el confinamiento socioespacial de los recién llegados exóticos a las ciudades: europeos de clase baja del sur y del este del continente, así como afroamericanos que huían del régimen opresivo del sur para instalarse en la "tierra prometida" del norte. El término se refería entonces en forma amplia a la *intersección* entre el vecindario étnico y el *slum*, donde la segregación se combinaba con las deficiencias habitacionales para exacerbar los males urbanos e impedir la participación en la vida social de sus habitantes.⁴

Tras la segunda posguerra, la dispersión residencial de los "blancos étnicos" y la segregación urbana de los descendientes de esclavos representaron espacialmente las asimetrías estructurales y existenciales entre la colonia europea y el cinturón negro. Entonces, la polisemia del término "gueto" se contrajo, y éste pasó a referirse exclusivamente a la *relegación forzada de afroamericanos* en los distritos deprimidos del centro de la ciudad. La "analogía inmigrante" quedaría finalmente expuesta como lo que siempre había sido: una falacia histórica, tanto como "el gran error de cálculo"⁵ de quienes habían esperado que la urbanización llegara a atenuar, si no a borrar, la línea de color en América.

En cualquiera de las tres reencarnaciones pasadas estadounidense, la noción de gueto abarcó y se entrelazó con las ideas de *divi-*

sión étnoracial y homogeneidad junto a las de *confinamiento espacial y cerrazón*.⁶ Los recientes análisis de raza y pobreza en las metrópolis norteamericanas se alinearon bajo el amplio estandarte de la *infraclass* [*underclass*] se apartaron claramente de su linaje semántico en la medida en que tendían a igualar el gueto con cualquier parámetro de extrema pobreza sin considerar su población o su forma organizativa.⁷ Este desplazamiento aparece como un reacomodamiento técnico, una flexibilización capaz de incluir estructuras de exclusión urbana emergentes que borran o atraviesan la línea de color. En un análisis más profundo, este desplazamiento léxico resulta un *coup de force* conceptual, orientado por consideraciones tácticas referidas a las políticas: en efecto, expurga la raza de la ecuación causal y funde el gueto en el *slum*, aunque todo indica que la división blanco/negro continúa siendo un determinante fundamental de la desposesión en el núcleo urbano.

El ingreso es visualizado por analistas y planificadores políticos como una variable "a-problemática". A juicio de estos agentes, es un dato estadístico, neutral y medible y operativo; por el contrario, la cuestión racial se presenta mucho menos manipulable y más compleja. El resultado es que, por primera vez en su larga vida en los Estados Unidos, el concepto de "gueto" ha quedado despojado de su referencia étnoracial y despegado de cualquier alusión a grupos de poder y de opresión. Cuando antes se lo concebía como una cápsula institucional que incluía múltiples aspectos

6 Recordemos que, cuando el término comenzó a usarse en forma habitual para referirse a los barrios judíos, primero, y luego a los de otros inmigrantes, los recién llegados a los Estados Unidos que no eran de origen inglés solían ser racializados: alemanes, italianos, polacos e irlandeses eran percibidos como agrupamientos diferentes en lo cultural y lo biológico, cada uno con sus costumbres y sus rasgos hereditarios.

7 Véanse, por ejemplo, Mark A. Hughes, "Formation of the Impacted Ghetto: Evidence from Large Metropolitan-Areas, 1970-1980", en *Urban Geography*, 11, 33, 1990, pp. 265-284; Christopher Jencks y Paul E. Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, Washington DC, The Brookings Institution, 1991, y James A. Devine y James D. Wright, *The Greatest of Evils: Urban Poverty and the American Underclass*, Nueva York, Aldine, 1993.

3 Roy Lubove, *The Progressives and the Slums: Tenement House in New York City, 1890 to 1917*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1962.

4 Esta concepción fue legitimada por el paradigma ecológico de la escuela sociológica de Chicago. Así, en *The Ghetto*, Louis Wirth asimilar el gueto a las "Little Italy, Little Poland, Chinatown y Black Belt", junto a las "áreas del vicio", de las cuales se decía que eran "áreas naturales" que cumplían una "función" en el organismo urbano en su totalidad (Chicago, The University of Chicago Press, 1928, p. 6).

5 Richard C. Wade, "The Enduring Ghetto: Urbanization and the Color Line in American History", en *Journal of Urban History*, 17, 1, noviembre de 1990, p. 6.

tos, se lo reformula ahora como un índice demográfico chato, unidimensional, que oculta la historia y la persistente realidad de la división racial en el país.

La obra de los más eminentes especialistas de la *underclass* y sus derivados conceptuales evidencia la supresión de la problemática racial.⁸ La desracialización del gueto basada en su redefinición a través de los ingresos y el problema de la pobreza encuentran (como se observa en el capítulo siguiente) sus defensores entre algunos científicos sociales⁹ y las autoridades encargadas del diseño de políticas públicas.¹⁰

LA METRÓPOLI NEGRA REVISITADA

Pero alcanza con volver a la historia para darse cuenta de que un gueto no es simplemente un conglomerado de familias pobres o una acumulación espacial de condiciones sociales indeseables —falta de ingresos, viviendas deficientes, delincuencia endémica y otras conductas marginales—, sino una *forma institucional*. Es el instrumento de la cerrazón etnoracial y del poder (*Schließung* y *Macht* en términos weberianos) por el cual una población considerada despreciable y peligrosa es, a la vez, recluida y controlada.

Al abarcar el medio siglo que transcurre entre la Primera Guerra Mundial y la revolución por los derechos civiles, el "gueto comunal" de la era fordista, hábilmente diseccionado por la escuela

8 William Julius Wilson, *When Work Disappears*, Nueva York, Knopf, 1996, p. 12.

9 Paul A. Jargowski y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty in the United States, 1970-1980", en Christopher Jencks y Paul E. Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, op. cit., pp. 235-273.

10 Para una discusión más completa de los costos analíticos y las caídas de las políticas destinadas a salvar la dimensión institucional del "gueto", véase Loïc Wacquant, "Three Pernicious Premises in the Study of the American Ghetto", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 20, junio de 1997, pp. 341-353, y los consiguientes "comentarios".

historiográfica de la "gueto síntesis",¹¹ fue producto de la confluencia de (i) la inmigración urbana del norte y (ii) la industrialización de los campesinos afroamericanos de los estados sureños que llevó a (iii) la proletarianización negra en el contexto de (iv) una rígida casta tejida en la fábrica simbólica y material de la metrópoli y reforzada por una combinación de leyes, costumbres y cruda violencia. El Harlem de Nueva York, el *South Side* de Chicago y el Paradise Valley de Detroit nunca fueron simplemente territorios desolados con deficiencias ecológicas y desposesión social: fueron, y todavía son, manifestaciones de una relación de poder entre la sociedad blanca dominante y su casta negra subordinada.

Al igual que el confinamiento forzoso de los judíos en la ciudad medieval, impulsado por la cristalización de un claro complejo institucional,¹² la imposición por parte de los blancos de una barrera inflexible de color como baluarte de la separación del grupo desembocó en la formación de una "ciudad artificial", con sus propias "escuelas, hospitales y otras instituciones unirraciales",¹³ instalada en el núcleo de las metrópolis norteamericanas pero socialmente separada de ellas. En ambos casos, la función que desempeñaba la constelación socioespacial resultante era la misma: permitir al grupo dominante —los gentiles en la ciudad-Estado de la Europa renacentista, los blancos en la metrópoli fordista de los

11 Esta perdida escuela de obras históricas, que comparten la impronta del Movimiento por los Derechos Civiles, incluye las conocidas monografías de Gilbert Osofsky sobre Harlem, Allan Spear sobre Chicago, David Katzman sobre Detroit y Kenneth Kusmer sobre Cleveland. Se ofrece una sinopsis crítica sobre el surgimiento y las limitaciones de esta "escuela" en Joe William Trotter Jr., "African American Urban History: A Critique of the Literature", en *Black Milwaukee: The Making of an Industrial Proletariat, 1915-45*, Urbana, University of Illinois Press, 1985, pp. 264-282.

12 Richard Sennett, *Flash and Stone: The Body and the City in Western Civilization*, Nueva York, W.W. Norton, 1994, pp. 212-253. [Ed. cast.: *Carnes y piedras: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza, 1997.]

13 Gunnar Myrdal, *An American Dilemma*, Nueva York, Harper and Row, 1945, 2 vols., p. 618.

Estados Unidos—maximizar los beneficios económicos que podía obtener de un grupo etnoracial subordinado y al mismo tiempo minimizar el contacto social con él, y con esto, el riesgo correlativo de contaminación y devaluación simbólica. Esta combinación de separación institucional y duplicación, de intrincación estructural y cerrazón experiencial—y no el dominio, la intensidad o la persistencia de la pobreza—es lo que distingue la urbanización de los negros del patrón metropolitano de cualquier otro grupo en la historia norteamericana.¹⁴

En verdad, esta cerrazón institucional compulsiva basada en el *finamiento espacial* ha sido puntualmente señalada —si no necesariamente destacada como tal— por los principales afonorteamericanos que se abocaron al estudio de los sufrimientos de los negros urbanos en el siglo XX. Como suplemento de su innovador relato *The Philadelphia Negro*, W. E. Du Bois desarrolló un estudio social sobre *The Black North* en 1901. Al observar que “el problema negro no es propiedad únicamente del sur”, describe la Nueva York negra como

un mundo en sí mismo, cerrado al mundo exterior y casi desconocido para él, con iglesias, clubes, hoteles, bares y lugares de caridad; con sus propias diferencias sociales, entretenimientos y ambiciones.¹⁵

La causa de este “peculiar e inusual ambiente social que en cierta medida afecta a todas las otras fuerzas sociales”¹⁶ es la exclusión sistemática de parte de los blancos basada en un difundido pre-

14 Para estudios amplios sobre la urbanización afonorteamericana que documentan oblicuamente este punto, véanse Joe W. Trotter, “African Americans in the City: The Industrial Era, 1900-1950”, en *Journal of Urban History*, 21, 4, mayo de 1995, pp. 438-457, y Kenneth L. Kusner, “African Americans in the City: From the Industrial to the Post-Industrial Era”, en *Journal of Urban History*, 21, 4, mayo de 1995, pp. 458-504.

15 W. E. B. Du Bois, *On Sociology and the Black Community*, introducción y edición de Dan S. Green y Edwin D. Driver, Chicago, University of Chicago Press, 1978, p. 152.

16 *Ibid.*, p. 75.

juicio de casta. En una comunicación sobre “The Negro Race in the United States of America”, presentada ante el Primer Congreso Universal de Razas celebrado en Londres en 1911,¹⁷ reitera así este punto: debido al rechazo blanco, “se ha generado un mundo negro en Norteamérica que tiene su propia vida económica y social, sus iglesias, escuelas y periódicos; su literatura, sus opiniones e ideales”. Lo que es más, “esta vida es ampliamente desconocida incluso en los Estados Unidos”.

Como resultado de su clásica descripción de la *Manhattan negra*, James Weldon Johnson¹⁸ repite sus opiniones al escribir:

Aquí tenemos a Harlem, ni meramente una colonia, ni una comunidad o un conglomerado, tampoco totalmente un “vecindario”, un *slum* o un suburbio, sino una ciudad negra, ubicada en el corazón del Manhattan blanco y que contiene más negros por metro cuadrado que ningún otro lugar del mundo.

Nuevamente, “el carácter aparentemente incoherente y sorprendente de esta metrópoli negra en el corazón de la gran metrópoli blanca occidental” se explica una vez que se considera la *longue durée* de las relaciones antitéticas que se fueron dando entre los blancos y los esclavos africanos y sus descendientes.

El esquema de “la ciudad negra dentro de la blanca” es por supuesto fundamental en la obra de St. Clair Drake y Horace Cayton. El título mismo de su libro más importante, *Black Metropolis*, resume las ideas combinadas de segmentación, alojamiento y paralelismo institucional. Drake y Cayton revelan en el primer capítulo que, hacia 1940, alrededor del 90% de los 337.000 negros de Chicago estaban “empaquetados sólidamente” en una “estrecha lengua de tierra de once kilómetros de largo por dos kilómetros y medio de ancho”, y se iban concentrando cada vez más a me-

17 *Ibid.*, p. 107.

18 James Weldon Johnson [1930], *Black Manhattan*, con una nueva introducción de Sondra Kathryn Wilson, Nueva York, Da Capo, 1981, pp. 3-4.

dida que "las comunidades de extranjeros se iban desintegrando" y dispersando a lo largo del paisaje urbano. El crecimiento, la organización interna y la textura existencial de esta metrópoli negra "en el vientre de la blanca" es el centro de su investigación. Su propósito es dilucidar los

patrones de vida y pensamiento, las actitudes y costumbres que hacen de la metrópoli negra una ciudad única y distinta dentro de otra ciudad. Si se comprende el cinturón negro de Chicago, se comprenden los cinturones negros de una docena de grandes ciudades norteamericanas.¹⁹

Tan intensa era esta sensación de vivir en una ciudad propia, distinta y separada de la metrópoli blanca que la rodeaba, que los morenos de Chicago —como se llamaban a sí mismos por entonces los afroamericanos— desarrollaron una elección paródica del "Alcalde de Bronzeville". Iniciado en 1930 como un mecanismo publicitario para aumentar la circulación del "periódico racial", el *Chicago Bee*, y más tarde auspiciado por su rival, el *Defender*, este concurso anual convocaba a mitad del siglo XX a decenas de miles de participantes. El ganador era generalmente un hombre de negocios cuya misión consistía en actuar como representante y vocero de la "ciudad negra dentro de la blanca". Durante su mandato se esperaba que sirviera de símbolo de las aspiraciones de la comunidad. Visitaba iglesias, encabezaba protestas contra el alcalde de la ciudad y actuaba como anfitrión oficial de los visitantes de Bronzeville.²⁰ El alcalde paródico de Bronzeville resultaba así la encarnación viviente del confinamiento comunitario y de la ubicación subordinada de los afroamericanos dentro de la metrópoli fordista. Expresaba la aspiración colectiva a la autono-

19 St. Clair Drake y Horace R. Cayton [1945], *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, 2 vols., p. 12, edición corregida y aumentada, Nueva York, Harper and Row, 1962.

20 *Ibid.*, p. 383.

mía y la dignidad de los residentes del gueto, así como su implacable negación.²¹

En su recorrido por la urbanización negra en el siglo XX, E. Franklin Frazier²² confirma que "la expansión de la comunidad negra ha asumido las características de una ciudad autocontenida", debido ante todo a los servicios que necesita organizar su población, a su vida sociocultural semiindependiente de la sociedad blanca, que la rechaza: hospitales, iglesias, comercios, lugares de diversión, incluso sociedades de caridad y beneficencia. Para que quede claro, la explicación que da Frazier de la estructura socioespacial de la población urbana negra no resulta unidimensional, debido a la pertinaz tensión entre el paradigma ecológico al que adhiere y la realidad empírica analizada.

Dado que está profundamente comprometido con el modelo radial de establecimiento metropolitano codificado por Ernest Burgess en *The City*, Frazier²³ plantea, por una parte, que "el carácter general de estas comunidades negras ha quedado determinado por las mismas fuerzas económicas y culturales que han marcado la organización de la comunidad como un todo". Aun- que los blancos rechazaban furiosamente la "invasión" de sus vecindarios por parte de los afroamericanos, Frazier sostiene que "ni la violencia ni la formación de asociaciones de propietarios ha sido capaz de detener la expansión de la comunidad negra en armonía con el crecimiento de la ciudad".²⁴ Pero, por

21 El Alcalde de Bronzeville es un análogo parcial y modernizado del jefe de la *Rathaus* en los guetos judíos de Frankfurt o Praga en el siglo XVIII, excepto en que la posición de este último estaba oficialmente codificada por una ley. Véase Ruth Gay, *The Jews of Germany: A Historical Portrait*, introducción de Peter Gay, New Haven, Yale University Press, 1992.

22 E. Franklin Frazier, *The Negro in the United States*, edición revisada, Nueva York, 1957, p. 262.

23 E. Franklin Frazier, *The Negro Family in the United States*, edición abreviada, Chicago, The University of Chicago Press, 1948, pp. 232-234.

24 Frazier (*ibid.*, pp. 232-233) ofrece una aplicación directa del marco de la ecología humana de Park y Burgess cuando afirma que los modelos socioespaciales urbanos surgen "a causa de la competencia por la

otro lado, es un observador demasiado perspicaz y cuidadoso de la vida urbana como para no reconocer que "la selección y salida de población, las clases ocupacionales y las instituciones" tomaron un giro bastante peculiar en el caso de los afroamericanos, dado que ocurrieron completamente *dentro de los límites del cinturón negro*. En un trabajo paradigmático al estilo de Chicago titulado "Negro Harlem: An Ecological Study", basado en su trabajo como director de la comisión municipal encargada de investigar las causas de los disturbios de Harlem en 1935, Frazier propone la siguiente corrección a las clásicas hipótesis ecológicas sobre la distribución espacial de las actividades humanas en la ciudad:

Quando un grupo racial o cultural es rigurosamente segregado y mantiene una vida comunitaria más o menos independiente, esas comunidades locales pueden llegar a desarrollar el mismo patrón de zonas que la comunidad urbana mayor.²⁵

Pero luego esto se da estrictamente dentro del territorio separado al que son confinados, y no en toda la extensión de la metrópoli. Con esta pirueta conceptual, Frazier pone a salvo el modelo ecológico, pero deja sin explicar un hecho molesto y persistente: de todos los grupos etnoraciales presentes entonces en las metrópolis norteamericanas, sólo los negros viven dentro de un complejo

tierra a medida que se incrementa la población y la ciudad se expande" y que "la ubicación de la comunidad negra (en las ciudades del norte), como la de otros grupos raciales y culturales, encaja en los patrones de la comunidad mayor". Se trata de la ortodoxia de Chicago: Park y Wirth "creían y enseñaban a sus alumnos a creer que todos los vecindarios étnicos eran —o alguna vez habían sido— guetos, como el cinturón negro. Consideraban a los negros otro grupo étnico, cuya segregación fue mayoritariamente voluntaria y mostró ser sólo temporaria". (Véase Thomas Lee Philpott, *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle-Class Reform, Chicago 1880-1930*, Nueva York, Oxford University Press, 1978, p. 136.)

25 E. Franklin Frazier, "Negro Harlem: An Ecological Study", en *American Journal of Sociology*, 43, julio de 1937, pp. 72-88.

urbano propio y autocontenido, cuyas organizaciones reproducen las de la ciudad que lo rodea.

El carácter distintivo de este patrón es reiterado por August Meier y Elliott Rudwick en su rápido retrato del viaje afroamericano *From Plantation to Ghetto*. Allí describen cómo "las estructuras institucionales de la comunidad negra—las iglesias, los clubes, las hermandades—estaban centradas en el gueto" y actuaban como un poderoso mecanismo de atracción y cohesión internas.²⁶ Pero, y este punto merece destacarse, *la afinidad dentro del grupo se derivaba de la historia externa al grupo*: "Las actitudes blancas de animosidad racial, que exigían la exclusión de los negros de las zonas residenciales de los blancos, fueron básicamente el factor responsable de la creación y la expansión de los guetos". Y los guetos, a su vez, alimentaron la aparición de un nuevo liderazgo negro que creó nuevos vehículos organizativos para presionar por la defensa de los intereses de su comunidad. Entre ellas figuran la Urban League [Liga Urbana], la National Association for the Advanced of People of Color [Asociación Nacional por el Progreso de la Gente de Color], la Brotherhood of Sleeping Car Porters [Hermandad de Mozos de Coches-Cama] y varios grupos de ayuda mutua y solidaridad racial, como la Marcus Garvey's Universal Negro Improvement Association.

Posiblemente, en el análisis de Kenneth Clark se halle la formulación más contundente respecto a que el gueto es la objetivación organizacional de una relación de poder asimétrica entre dos grupos etnoraciales en articulación conflictiva.

Norteamérica ha contribuido al concepto de gueto con la restricción de personas a un área especial y con la limitación de su libertad de elección a partir del color de su piel. Las paredes invisibles del gueto negro han sido erigidas por la sociedad blanca, por aquellos que detentan el poder.²⁷

26 August Meier y Elliott Rudwick, *From Plantation to Ghetto*, Nueva York, Hill and Wang, 1976, p. 237.

27 Kenneth B. Clark, *Dark Ghetto: Dilemmas of Social Power*, Nueva York, Harper, 1965, p. 11.

El libro considera que el doble "rechazo basado en la clase y la raza" por parte de la sociedad de clase media blanca es la causa radical del deterioro habitacional, el flagrante desempleo, la inestabilidad familiar y la inseguridad endémica, tanto económica como física, que invade y define el gueto como un sistema social y un nexo psicoemocional.²⁸ Para caracterizar esto último, en lugar de valerse del criterio neutral de la caída del ingreso, Clark apela al altamente connotado idioma del colonialismo y la esclavitud, dos de las más brutales instituciones de violencia social: "Los guetos negros son colonias sociales, políticas, educativas y sobre todo económicas". En consecuencia, sus habitantes "son *personas sometidas*, víctimas de la codicia, la crueldad, la insensibilidad, la culpa y el miedo de sus amos".²⁹

Finalmente, al reflexionar sobre la persistencia de una rígida clausura etnoracial en 1976, Oliver C. Cox³⁰ subraya que "el núcleo del gueto tiende a constituir una sociedad externa, identificada racialmente", que resulta de la "tendencia a excluir a los negros de los procesos sociales dominantes [que se remontan] a los días anteriores a la Guerra Civil". El ostracismo blanco es, según el sociólogo nacido en Jamaica, la fuerza impulsora de las distorsionadas relaciones sociales y valores dominantes entre los negros urbanos.

Las patologías culturales del gueto pueden considerarse un logro proyectado de los grupos de poder blancos. [...] De no ser por la presión inherente de la sociedad,

28 La tesis de que las raíces del gueto deben buscarse en la dominación blanca fue desarrollada por la Kerner Commission on Civil Disorders, como lo testimonia el pasaje citado con frecuencia de su justamente famoso informe: "Lo que los blancos norteamericanos no han comprendido por completo -pero que los negros nunca pueden olvidar- es que la sociedad blanca está profundamente implicada en el gueto. Lo crearon las instituciones blancas, las instituciones blancas lo mantienen y la sociedad blanca lo aprueba" (Kerner Commission [1968], *The Kerner Report. The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989, p. 2).

29 Kenneth B. Clark, *id.* [El destacado es mío.]

30 Oliver Cromwell Cox, *Race Relations: Elements and Social Dynamics*, Detroit, Michigan, Wayne State University Press, 1976, p. 144.

el gueto no existiría; y, no lo olvidemos, el modelo no ha sido en modo alguno derrotado. Existen poderosos intereses a lo largo de toda la nación que están dedicados permanentemente a su perpetuación.³¹

HACER DE LA NECESIDAD POLÍTICA UNA VIRTUD CONCEPTUAL

La combinación única de ostracismo grupal, duplicación institucional y homogeneidad cultural reunidos y "encerrados" durante los años de entreguerras fue clave para el nacimiento del "Nuevo negro".³² Y ha determinado la forma peculiar y la trayectoria de las "relaciones raciales", así como también de las metrópolis de los Estados Unidos. Esto es así pues la reclusión territorial forzada y el encapsulamiento organizativo de los afro-norteamericanos urbanos aceleraron el surgimiento de la elite mulata junto a las masas más oscuras. Esto produjo una conciencia etnoracial unificada, así como una cultura urbana claramente diferenciada apoyada por amplias instituciones grupales que luego servirían de matriz de la protesta organizada contra la dominación blanca.³³

El gueto ha sido desde entonces tanto cuna como prisión de la civilización negra norteamericana. No sólo dictó el destino de millones de negros urbanos pobres que viven hoy en lo que queda de él. Su fuerte presencia impacta asimismo de formas múltiples y profundas en las trayectorias y experiencias incluso de los afro-norteamericanos de clase media que escaparon de la red urbana de pobreza radicalizada de los barrios marginados de las ciudades

31 *Ibid.*, p. 143.

32 Nathan Irvin Huggins (comp.), *Voices from the Harlem Renaissance*, Nueva York, Oxford University Press, 1976.

33 Véanse Roger D. Abrahams, *Positively Black*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1970, y Aldon Morris, *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*, Nueva York, Free Press, 1984.

para ascender en la estructura de clases y en la jerarquía de los sitios de la ciudad. Ellos también viven a la sombra extensa y lúgubre del gueto, aunque ya no residan en su núcleo histórico.

A manera de conclusión, debe subrayarse que la elisión de la dimensión etnoracial de la cuestión de la relegación urbana por parte de la fábula de la *underclass* del gueto —a la que retornaremos en el capítulo siguiente— no es casual ni inocente. Es emblemática de la *creciente supresión de la cuestión racial en las investigaciones orientadas a la formulación de políticas* en las décadas de 1980 y 1990, a medida que la “guerra a la pobreza” iniciada por Lyndon Johnson dio lugar a la “guerra a la asistencia social” lanzada por Ronald Reagan y extendida por sus sucesores.³⁴ En continuidad con el brusco giro a la derecha de la política norteamericana como reacción a las transformaciones sociales estimuladas por las protestas populares de los sesenta, las políticas destinadas a combatir la desigualdad racial han quedado descalificadas y se mantuvieron como medidas cosméticas, como la Acción Afirmativa que se ocuparía de aplacar a los segmentos políticamente activos y privilegiados de los grupos subordinados y de aliviar así la mala conciencia racial de los liberales blancos. Con el abandono del “sueño integracionista”,³⁵ la cuestión de la raza ha quedado expulsada de la agenda nacional y la segregación ha puesto límites al análisis y a la intervención.³⁶ Los

programas estatales han pasado de combatir las disparidades etnoraciales y de clase a acomodar sus resultados a una estrategia doble de “descuido benigno” en los sectores más altos de la estructura social y de “descuido maligno” en los más bajos.³⁷

Este retroceso conceptual del debate sobre la raza al de la *underclass* no ocurre porque la raza se haya convertido en un factor causal menos importante en la determinación de las posibilidades de vida en las zonas más bajas del espacio social norteamericano, sino en realidad porque no es un tema que resulte apropiado difundir abiertamente para los académicos que pretenden ser “relevantes” e “influir” sobre las habituales preocupaciones de las elites estatales.³⁸ Sus motivos no son intelectuales sino tácticos: no reflejan imperativos cognitivos sino una censura política autoimpuesta en la medida en que el debate público sobre estos temas se corre cada vez más a la derecha.

Así como “grupos”, “impuestos”, “gran gobierno”, “delito”, “guerra a las drogas” y “reforma de la asistencia social” han funcionado como una terminología codificada por medio de la cual los políticos pueden atizar y atraer a las fuerzas de la reacción racial y de

organizacionales y estadísticos que indican que el perfil etnoracial aparece en todos los procedimientos, categorías y actividades de la policía, los tribunales y los sistemas carcelarios y, como si fuera poco, se ha *incrementado* en los últimos años con el lanzamiento de la “guerra a las drogas” (Michael Tonry, *Malign Neglect: Race, Class, and Punishment in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1995).

37 Loïc Wacquant, “De l'Etat charitable à l'Etat pénal: notes sur le traitement politique de la misère en Amérique”, en *Regards sociologiques*, 11, 1996, pp. 30-38.

38 El último episodio de la “reforma del bienestar” debería estimular a académicos con ambiciones políticas a un mínimo de sobriedad (si no a un saludable escepticismo o a un desembozado cinismo). Demuestra, aunque sea de modo experimental, que los políticos *nunca* se dejan influir por “la fuerza de las verdaderas ideas” (para recordar la expresión de Spinoza) y no pueden preocuparse menos por la investigación rigurosamente científica de los “problemas sociales”. En verdad, de los académicos disponibles eligen aquellos argumentos y descubrimientos que se acomodan a las políticas a las que adhieren y simplemente se dedican a ignorar los demás. En resumen, lejos de estar “influenciados” por los investigadores, los *usan*.

34 Véanse Joel F. Handler, *The Poverty of Welfare Reform*, New Haven, Yale University Press, 1995; Loïc Wacquant, “Three Pernicious Premises in the Study of the American Ghetto”, *op. cit.*, y “Les pauvres en pâture: la nouvelle politique de la misère en Amérique”, en *Hérodote*, 36-2, primavera de 1997, pp. 48-60.

35 Gary Orfield, “Race and the Liberal Agenda: The Loss of the Integrationist Dream, 1965-1975”, en Margaret Weir, Ann Shola Orloff y Theda Skocpol (comps.), *The Politics of Social Policy in the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1988, pp. 313-355.

36 Una supresión similar de la cuestión de la raza ha afectado a las investigaciones recientes sobre justicia penal, que han quedado contaminadas por la academia de la *underclass*. Jerome Miller (*Search and Destroy: African-American Males in the Criminal Justice System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 59) señala que Wilson y Jencks han aceptado la polémica tesis econométrica de Alfred Blumstein acerca de la “ceguera de color” del aparato de control del delito a pesar de la cantidad de estudios de campo,

clase al terreno político,³⁹ “*underclass*” y otros términos supuestamente desracializados, derivados de la concepción del gueto basada en los ingresos, han servido a los académicos para referirse a los indios e indomables negros sin tener que recurrir a un lenguaje que se revele flagrantemente como “de color”.⁴⁰ Quienes han ayudado a la reducción de la noción de gueto a la de *shum han hecho de una necesidad política una virtud conceptual* han borrado con diligencia de su marco analítico el único nexo causal que el Estado norteamericano rehúsa reconocer, enfrentar y mitigar cuando se ocupa de la disparidad y la marginación: la raza. Igualar el gueto con la extrema pobreza sin mencionar sus bases etnorraciales es formar parte, si no de una academia del retroceso, al menos de una academia de la retracción y la condescendencia frente a la estructura concreta e hipersegregada de la ciudad y la sociedad estadounidenses.

Traducción de Marcos Mayer

IV. Destripando el gueto Censura política y recorte conceptual en el debate norteamericano sobre marginalidad urbana

Existe una ironía que ha pasado inadvertida en el pánico moral que ha arrasado a Europa durante la última década frente a la posibilidad de una “guetización”. Es que los analistas de la escena urbana del Viejo y del Nuevo Mundo se han estado moviendo en direcciones opuestas sin darse cuenta, aunque hayan usado una terminología cada vez más parecida mientras compartían las semejanzas, modalidades o realidades de la convergencia transatlántica. Pues cuando los académicos y expertos gubernamentales estaban importando desde los Estados Unidos el concepto de “gueto” para esclarecer con angustia la supuesta *racialización* del espacio social y físico en sus metrópolis, los científicos sociales norteamericanos se ocupaban de *desracializar* ese concepto eliminando tajantemente toda mención a divisiones y dominaciones etnorraciales. Pero, aunque su lenguaje conceptual ha rehuido cualquier referencia directa al color, los investigadores urbanos estadounidenses han mantenido su enfoque empírico y político sobre las dificultades de los afroamericanos. El resultado ha sido una enorme confusión a ambos lados del Atlántico respecto de qué es lo que define a un gueto y sobre el modo de eliminar o mejorar aquello que es la causa principal del surgimiento de semejante institución.¹

1 En los capítulos anteriores y en otros trabajos previos he intentado clarificar los términos y los límites de este debate siguiendo la genealogía crítica de la infraclass [*underclass*] en el imaginario social y científico de los Estados Unidos, y hacer una disección de los compromisos preconceptuales sobre el gueto a partir de una

39 Thomas Byrne Edsall y Mary D. Edsall, *Chain Reaction*, Nueva York, Norton, 1991.

40 “Conceptos como ‘pobreza’, ‘inner city’ y ‘los verdaderos desaventajados’ encubren intencionadamente la real naturaleza de su agenda. Así, asistimos al espectáculo de un debate nacional acerca de la raza que ha sido expurgado de toda mención a la raza” (Stephen Steinberg, *Turning Back: The Retreat from Racial Justice in American Thought and Policy*, Boston, Beacon Press, 1995, p. 214).

Aquí se ofrece un examen crítico de una extraña tendencia a adoptar un criterio sobre el gueto sobre la base de los aportes del debate norteamericano acerca de la marginalidad urbana. Si se sigue la trayectoria semántica del término "gueto" en los Estados Unidos a lo largo del siglo XX se comprueba que este desplazamiento marca de hecho una fuerte ruptura con el significado establecido del término: desde 1860 hasta 1970, el gueto había conjugado siempre la separación etnoracial con la cerrazón socioespacial. No es sino hasta la década de 1980 que la raza abandona la escena, cuando un número de influyentes analistas propone que se iguale el concepto de "gueto" con algún parámetro de "extrema pobreza", cualquiera que sea su composición étnica o su conformación institucional.

Este "destripamiento" de la noción de gueto —la *expurgación de la cuestión de la raza de un concepto expresamente forjado para denotar un mecanismo de dominación racial*— no es reflejo de una brusca transformación de la dinámica de la relegación urbana en Norteamérica. En verdad, es una expresión de la creciente heteronomía de la investigación de la pobreza y de la intensificación de la eliminación de la cuestión de la raza entre los académicos con intereses políticos de ese país (así como una retraducción académica del tabú que pesa sobre la segregación en el campo político). También muestra la obstinada incapacidad de las ciencias sociales norteamericanas para conceptualizar la "guetización" como una forma distintiva de dominación etnoracial que se ha impuesto en forma exclusiva a los negros.²

comprobación empírica de la evolución y de consideraciones comparadas sobre el "cinturón rojo" y el "cinturón negro" norteamericanos. Véanse Loïc Wacquant, "L' 'underclass' urbaine dans l'imaginaire social et scientifique américain", en Serge Paugam (comp.), *L'exclusion: l'état des savoirs*, París, Éditions La découverte, 1996, pp. 248-262; *id.*, "Three Pernicious Premises in the Study of the American Ghetto", *International Journal of Urban and Regional Research*, 20, junio de 1997; *id.*, "Red Belt, Black Belt: Racial Division, Class Inequality, and the State in the French Urban Periphery and the American Ghetto", en Enzo Mingione (comp.), *Urban Poverty and the "Underclass"*, Oxford y Nueva York, Basil Blackwell, 1996, pp. 234-274.

² Véase el cap. III, "Una ciudad negra dentro de la ciudad blanca", de este libro.

LOS TRES ROSTROS DEL GUETO EN LA SOCIEDAD Y LA HISTORIA NORTEAMERICANAS

Como expusimos en el capítulo anterior, el significado del término "gueto" en la sociedad y las ciencias sociales norteamericanas se ha modificado a lo largo del tiempo en función del modo en que las elites políticas e intelectuales del país han considerado los problemas interrelacionados de la etnicidad y la pobreza en la metrópoli.³

Importada de la Europa medieval, la palabra "gueto" se aplicó al principio estrictamente a las concentraciones residenciales de judíos del este europeo, que fueron ubicados en diferentes puertos a todo lo largo del Atlántico a finales del siglo XIX. Durante ese período, los vecindarios en los que imperaba la degradación física y social, creados para entorpecer los esfuerzos de ascenso individual y mejora social, fueron denominados "*slums*".⁴ En esos territorios tristemente célebres, se consideraba que el aislamiento moral y la desolación ambiente se combinaban con la inferioridad genética para producir depravación, marginación, corrupción popular y pobreza. Este "descubrimiento" del *slum* durante el período 1840-1875 fue la causa fundamental del crecimiento de la filantropía, de la reforma moral y de la investigación urbana, como queda demostrado por la creación de la Asociación Norteamericana de Ciencias

³ Este excursus no pretende ser un recorrido completo por los usos cambiantes y contradictorios de los términos "gueto", "*slum*", "enclave", "barriada", "colonia", "vivienda", etc., a lo largo del siglo XIX. Su división triádica describe únicamente la tendencia predominante en cada época con el objetivo de trazar los antecedentes del abandono actual de una concepción etnoracial del gueto. Ward ofrece una amplia explicación de los giros y cambios que experimentó la historia de "gueto" y "*slum*" en los Estados Unidos, mientras que Philpott explora esta dualidad con mayor profundidad en el caso paradigmático de Chicago. Véanse David Ward, *Poverty, Ethnicity, and the American City, 1840-1925*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, y Thomas Lee Philpott, *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle-Class Reform, Chicago 1880-1930*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.

⁴ Thomas Bender, *Toward an Urban Vision: Ideas and Institutions in Nineteenth Century America*, Lexington, University of Kentucky Press, 1975.

Sociales en 1865 y por la fundación del movimiento para la construcción de viviendas unas pocas décadas después.

Durante el siglo XX, el uso del término "gueto" se expandió "para describir la segregación de las minorías exóticas en los sectores más poblados de los barrios marginados".⁵ Este nuevo significado expresaba un gran escepticismo ante la posibilidad de que las nuevas corrientes inmigratorias —provenientes de la Europa del sur, del centro y del este, y de composición social baja— logaran asimilarse a los patrones predominantemente anglosajones mediante los que los Estados Unidos les otorgaban la nacionalidad. También daba cuenta de la creciente y evidente hostilidad hacia los afroamericanos, cuyo número iba en aumento a medida que huían del régimen opresivo de los estados sureños para alcanzar la "tierra prometida" de la ciudad nortea, luego del estallido de la Primera Guerra Mundial.⁶ En esta segunda fase, el gueto quedó redefinido como la *intersección entre la vecindad étnica y el slum*, donde la segregación se combinaba con la escasez de viviendas para exacerbar los males urbanos y excluir a sus habitantes de una participación plena en la vida social.⁷

Los términos (alemanes, suecos, rusos, griegos, etc.) "colonia" y "cinturón" (negro) se usaron también para diferenciar los barrios de inmigrantes europeos de los enclaves afroamericanos de la ciudad.⁸ "Colonia" aludía a la propensión de ciertos grupos de

5 David Ward, *Poverty, Ethnicity, and the American City, 1840-1925*, op. cit., p. 95.

6 James Grossman, *Land of Hope: Chicago, Black Southerners, and the Great Migration*, Chicago, The University of Chicago Press, 1989.

7 Roy Lubove, *The Progressives and the Slums: Tenement House in New York City, 1890 to 1917*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1962.

8 Véase la designación empleada por Park, Burgess y McKenzie en su famoso mapa concéntrico de las "áreas naturales" de la ciudad en Robert E. Park y Ernest Burgess, *The City*, Chicago, The University of Chicago Press, 1925. [Ed. cast.: *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Madrid, Del Serbal, 1999.] La expresión "pequeña África" se usaba también en algunas ciudades para referirse a los agrupamientos de negros segregados. (Véase Richard C. Wade, "The Enduring Ghetto: Urbanization and the Color Line in American History", en *Journal of Urban History*, 17, 1, noviembre de 1990, pp. 4-13.)

inmigrantes, particularmente los irlandeses, los sicilianos y los polacos, a establecerse juntos y dar lugar a agrupamientos, aldeas o regiones que tenían un parentesco de origen. Por el contrario, "cinturón" apuntaba al carácter comprimido y contiguo de los distritos concedidos con reticencia a los afroamericanos; el concepto de "cinturón negro" designaba originariamente aquellas regiones del sur en las que dominaba la economía de la plantación debido al suelo oscuro y fértil, apto para el cultivo del algodón.

Pero "gueto" se fue usando cada vez más para designar los barrios de clase baja blancos y negros, así como hispanos y asiáticos, donde a las privaciones se agregaba la segmentación étnica, racial o religiosa. Esto reflejaba la perspectiva (errónea) de los expertos urbanos recientemente profesionalizados de que los afroamericanos habían constituido la última corriente inmigratoria en llegar al ámbito de la ciudad y que, al igual que sus predecesores, lograrían asimilarse a la sociedad norteamericana. Así, los fundadores de la Escuela de Sociología de Chicago "creían y enseñaban a sus estudiantes a creer que toda vecindad étnica era —o alguna vez había sido— un gueto, como el cinturón negro. Consideraban a los negros un grupo étnico más, cuya segregación era principalmente voluntaria y que sería de carácter temporal".^{9/10}

Como adelantamos en el capítulo III, sólo después de la Segunda Guerra Mundial el rango semántico del término "gueto" volvió a contraerse para referirse casi exclusivamente a la *relegación forzada de afroamericanos* a distritos compactos y a menudo en estado ruinoso en el centro de la ciudad.¹¹ Las disrupciones institucionales y cognitivas generadas por la guerra, el creciente flujo

9 T. Philpott, *The Slum...*, op. cit., p. 136.

10 En *The Ghetto*, Wirth asimila al gueto las "Little Italy, Little Poland, Chinatown y Black Belt", "áreas de vicio" a las que califica como "áreas naturales" que desempeñan una "función" en el organismo urbano total. (Véase Louis Wirth, *The Ghetto*, Chicago, The University of Chicago Press, 1928.)

11 Robert Weaver, *The Negro Ghetto*, Nueva York, Russell and Russell, 1948; Ulf Hannerz, *Soulside: Inquiries into Ghetto Culture and Community*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.

de los negros sureños hacia las ciudades del norte y la tensión resultante en torno a la vivienda y a otras prerrogativas de la ciudadanía, el notorio contraste entre la pacífica dispersión residencial de los "blancos étnicos" y la persistente separación espacial de los afroamericanos, el creciente rechazo al dominio de las castas de los negros movilizados contra la violencia de la exclusión y las políticas estatales, todo esto colaboró para profundizar las diferencias estructurales y existenciales entre los agrupamientos étnicos y el gueto negro.

Para que quede claro, seguían existiendo referencias a los "guetos blancos" en la década de 1960 y aún después,¹² y fuentes influyentes persistían en negar cualquier especificidad institucional o cultural de la inserción de los afroamericanos dentro del sistema metropolitano: los más célebres fueron Glazer y Moynihan en *Beyond the Melting Pot*¹³ y Edward Banfield en *The Unheavenly City*.¹⁴ Pero la irrupción de la militancia negra y la revolución historiográfica que la acompañó solidificaron la identificación del término con los cinturones negros uniformemente segregados de la ciudad industrial. La tesis de la Escuela de Chicago, repetida por Oscar Handlin en *The Newcomers: Negroes and Puerto-Ricans in the Metropolis*¹⁵ y actualizada por Milton Gordon en *Assimilation in American Life*,¹⁶ de que sólo era cuestión de tiempo para que los afroamericanos sacaran beneficios del "ascensor urbano" y

12 Por ejemplo, Sam Bass Warner Jr. y Colin B. Burke, "Cultural Change and the Ghetto", en *Journal of Contemporary History*, 4, octubre de 1969, pp. 173-188; Robert E. Forman, *Black Chettos, White Chettos, and Slums*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1971; David Goldfield y James B. Lane (comps.), *The Enduring Ghetto*, Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1973, y Joe Darden (comp.), *The Ghetto: Readings with Interpretations*, Port Washington, Nueva York, Kennikat Press, 1981.

13 Nathan Glazer y Daniel Moynihan, *Beyond the Melting Pot*, Massachusetts, MIT Press, 1963.

14 Edward C. Banfield, *The Unheavenly City: The Nature and Future of our Urban Crisis*, Boston, Little Brown, 1970.

15 Oscar Handlin, *The Newcomers: Negroes and Puerto-Ricans in the Metropolis*, Harvard University Press, 1959.

16 Milton Gordon, *Assimilation in American Life*, Nueva York, Oxford University Press, 1964.

encontraran el lugar que les correspondía en el orden metropolitano multiétnico, quedó refutada firme y repetidamente por una ola de rigurosos estudios acerca de la formación histórica de los guetos de Nueva York, Chicago, Detroit y Cleveland.¹⁷ La "analogía inmigrante" quedó al descubierto al mostrarse como lo que había sido siempre: una falacia histórica al mismo tiempo que "el mayor de los errores" de quienes habían creído que la urbanización podría llegar a atenuar, si no a eliminar, la línea de color norteamericana.

Para la época en que Kenneth Clark publicaba su aclamado trabajo sobre el "gueto oscuro", la expresión estaba reservada casi exclusivamente a denotar —y denunciar— la forma increíblemente virulenta de la exclusión territorial, económica y sociocultural impuesta a los negros urbanos por los blancos:

Los Estados Unidos han aportado al concepto de "gueto" la restricción de las personas a un área determinada y la limitación de su libertad de elección a partir del color de la piel. Las paredes invisibles del gueto negro han sido erigidas por la sociedad blanca, por aquellos que detentan el poder.¹⁸

17 Véanse, respectivamente, Gilbert Osofsky, *Harlem: The Making of a Ghetto-Negro New York, 1890-1930*, Nueva York, Harper, 2ª ed., 1971; Allan H. Spear, *Black Chicago: The Making of a Negro Ghetto, 1890-1920*, Chicago, The University of Chicago Press, 1968; Thomas Lee Philpott, *The Slum...*, op. cit.; David M. Katzman, *Before the Ghetto: Black Detroit in the Nineteenth Century*, Urbana, University of Illinois Press, 1973, y Kenneth L. Kusmer, *A Ghetto Takes Shape: Black Cleveland, 1870-1930*, Urbana, University of Illinois Press, 1976. Sobre las modificaciones y las extensiones de la "síntesis del gueto" a otras ciudades y regiones de los Estados Unidos en la bibliografía de los años noventa, véanse Joe W. Trotter, "African Americans in the City: The Industrial Era, 1900-1950", en *Journal of Urban History*, 21, 4, mayo de 1995, pp. 438-457, y Kenneth L. Kusmer, "The Enduring Ghetto: Urbanization and the Color Line in American History", en *Journal of Urban History*, 21, 4, mayo de 1995, pp. 458-504.

18 Kenneth B. Clark, *Dark Ghetto...*, op. cit., p. 11.

La conjugación entre división racial y marginalidad urbana como el rasgo distintivo del sufrimiento de los negros de las ciudades ha sido reiterada con fuerza por la Kerner Commission en su minucioso análisis de los "desórdenes civiles" en las ciudades del país: "El término 'gueto' tal como se lo usa en este informe corresponde a un área dentro de la ciudad caracterizada por la pobreza y una aguda desorganización social, y *habitada por miembros de un grupo racial o étnico en condiciones de segregación involuntaria*".¹⁹ Y en un pasaje citado con frecuencia, la comisión no deja dudas en cuanto a que el origen del gueto se vincula a la dominación entre grupos:

Lo que los blancos norteamericanos nunca han entendido por completo, pero que los negros nunca pueden olvidar, es que la sociedad blanca está fuertemente implicada en el gueto. Fueron las instituciones blancas las que lo crearon y fue la sociedad blanca la que lo avaló.²⁰

En las tres encarnaciones norteamericanas conocidas, el concepto de gueto abarca y conecta las ideas de *división (y homogeneidad) étnico-racial* con las de *concentración espacial y cerrazón social*.²¹ El Harlem de Nueva York, la zona sur de Chicago y el Paradise Valley de Detroit nunca fueron simples territorios desolados descuidados ecológicamente y en los que imperaba la marginación social: fueron (y son) manifestaciones de una relación de poder entre la sociedad blanca dominante y la casta negra subordinada, materializada por medio de las condiciones paralelas de rígida segregación y pobreza excesiva que pesan sobre sus habitantes.

19 Kerner Commission [1968], *The Kerner Report. The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, p. 12. [El destacado es mío.]

20 *Ibid.*, p. 2.

21 Recordemos que el término "gueto" se usó al principio para referirse a los judíos y luego a otros barrios de inmigrantes. Los recién llegados a los Estados Unidos que no tuvieran origen inglés solían ser racializados: judíos, alemanes, italianos, polacos e irlandeses eran percibidos como grupos diferentes en lo cultural y en lo biológico, cada uno con sus hábitos y sus características hereditarias.

LA EXPURGACIÓN DE LA CUESTIÓN DE LA RAZA EN LA INVESTIGACIÓN DE LA UNDERCLASS

Los estudios de los años noventa sobre raza y marginalidad urbana en los Estados Unidos se desarrollaron en torno a la *underclass*, un concepto desviado claramente de su linaje ideológico, pues tiende a igualar el gueto con cualquier parámetro de extrema pobreza sin prestar atención a las características de la población y a su marco organizativo.²² Es como si de pronto, en menos de una década, una institución centenaria de control étnico-racial se hubiese transformado en un conglomerado de hogares muy pobres cuya posición en la casta jerárquica norteamericana es en cierto modo irrelevante para el proceso de relegación urbana que los afecta.

A primera vista, podría parecer que esta redefinición implicaba meramente un necesario ajuste técnico destinado tal vez a aprehender las estructuras emergentes de la exclusión urbana que se dibujan o atraviesan la línea de color. Sin embargo, en un análisis más detenido, se ve que este cambio lexical aparentemente anodino es un verdadero *coup de force* conceptual impulsado por consideraciones de táctica "política": en efecto, *se elimina la cuestión de la raza* de la ecuación causal y *se hace coincidir el gueto con el caserío*, aun cuando todo indique que el abismo entre blancos y negros si-

22 Entre otros, Mark A. Hughes, "Formation of the Impacted Ghetto: Evidence from Large Metropolitan Areas, 1970-1980", en *Urban Geography*, 11, 33, 1990, pp. 265-284; Paul A. Jargowski y David Ellwood, "Ghetto Poverty: A Theoretical and Empirical Framework", Malcolm Wiener Center for Social Policy, Presentación H-90-7, octubre de 1990; William Julius Wilson, "The Challenge of Public Agenda Research", en *American Sociological Review*, 1991; *id.*, *Michigan Quarterly Review*, 33, 2, primavera de 1994; *id.*, *When Work Disappears*, Nueva York, Knopf, 1996; Christopher Jencks y Paul E. Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, Washington DC, The Brookings Institution, 1991; Lawrence Mead, *The New Politics of Poverty*, Nueva York, Basic Books, 1992; John D. Kasarda, "The Severely Distressed in Economically Transforming Cities", en Adele V. Harrell y George E. Peterson (comps.), *Drugs, Crime, and Social Isolation*, Washington DC, The Urban Institute Press, 1992, y James A. Devine y James D. Wright, *The Creation of Evils: Urban Poverty and the American Underclass*, Nueva York, Aldine, 1993.

que siendo un determinante principal de la desposesión en el núcleo urbano. Al hacer esto, se transforma un concepto *relacional* que designa un "entramado racial de dominación-subordinación profundamente arraigado", para usar la expresión de Herbert Blumer,²³ en una construcción graduada, falsamente neutral, cuyo carácter se define por el nivel de ingresos.²⁴ Todo esto se debe a que el ingreso es una variable a la que los analistas y ejecutores políticos consideran más "amigable": es al mismo tiempo irrefutable, ideológicamente inocua y en apariencia fácil de medir y de manejar, características de las que la raza carece en absoluto. El resultado es que, por primera vez en su larga vida estadounidense, el concepto de "gueto" ha sido *despojado de su referencia étnoracial y se calla toda mención de grupos de poder u opresión*. De este modo, una concepción institucional multifacética se reformula mediante un indicador demográfico plano y unidimensional que borra la historia y esconde la permanente realidad de la división racial de los Estados Unidos.

La eliminación de la cuestión de la raza se detecta de inmediato en las obras de los principales especialistas de la *underclass* y sus derivados. Así, en la continuación de su muy aclamado libro *The Truly Disadvantaged: The Underclass, the Inner City, and Public Policy*, William Julius Wilson²⁵ señala con beneplácito que "en los intentos de analizar empíricamente el problema de la pobreza del gueto a lo largo del país, los científicos sociales han tendido a definir las zonas de gueto como aquellas ubicadas dentro de los criterios de *pobreza de los guetos*", es decir, criterios "según los cuales al menos el 40% de los residentes son pobres". La autoridad más importante del país en la cuestión adhiere a esta alteración concep-

23 Herbert Blumer, "Race Prejudice as a Sense of Group Position", en *Pacific Sociological Review*, 1, 1958, pp. 3-7.

24 Para una lúcida explicación de la diferencia entre atributos relacionales y graduados (gonádicos) de inequidad, véase Eric Wright, "Inequality", en *Rethinking Inequality*, Londres, Verso, 1995.

25 William Julius Wilson, *When Work Disappears*, op. cit. p. 12. [Destacado en el original.]

tual, que justifica citando investigaciones de dos especialistas en políticas públicas de la Harvard's Kennedy School, Paul Jargowski y Mary Jo Bane. Y en verdad Jargowski y Bane²⁶ ofrecen un ejemplo de esta elisión creciente y compartida de la dimensión racial e institucional del gueto cuando escriben:

Hemos definido al gueto como un área en la cual la cifra total de pobreza en un censo es mayor al 40%. El gueto pobre lo forman por lo tanto esos pobres, de *cualquier raza o grupo étnico*, que viven de acuerdo con esos índices del censo. [...] Visitas a varias ciudades confirmaron que el criterio del 40% resulta bastante preciso para identificar áreas que *parecen guetos* en términos de sus condiciones de *vivienda*. Más aún, las áreas seleccionadas según el criterio del 40% se corresponden con bastante exactitud con los vecindarios que *los funcionarios municipales y de la oficina local del censo consideran guetos*. [...] Es importante diferenciar nuestra definición de las características del gueto, basada en el criterio de la pobreza, de aquella que se basa en la composición racial. No toda mayoría de características negras conforma un gueto ni todos los guetos son negros.

Esta (re)definición del término merecía una cita extensa, primero, porque acumula casi todos los problemas que han afectado a esos usos del "gueto" y, segundo, debido a que se trata de una referencia constante en otros especialistas en pobreza urbana. Su cuidadosa disección ofrece una oportunidad única de detectar las múltiples anomalías empíricas y el severo recorte teórico a que se somete el objeto de estudio en nombre de la eficacia operativa y la aceptación política.

26 Paul A. Jargowski y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty in the United States, 1970-1980", en Christopher Jencks y Paul E. Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, op. cit., pp. 239 y 241. [Los destacados son míos.]

Primero, esta especificación del gueto es impecablemente arbitraria (tal como admiten sin problemas Jargowsky y Bane en la página 239): ¿por qué usar los criterios del censo en lugar de los ser-vicios de la ciudad como las áreas de desagüe y la "línea de la pobreza" como una forma de medición y un porcentaje del 40% de personas pobres como límite? Una observación de campo sistemática en varias áreas de los barrios pobres del centro de las ciudades muestra que los criterios del censo están bastante lejos de lo que los residentes arman y construyen como vecindarios en su recorrido cotidiano.²⁷ La "línea de pobreza" federal no cuantifica la marginación, las necesidades ni la capacidad de mantenerse por sí mismo. "Una categoría burocrática destinada a facilitar la recolección rutinaria de estadísticas y a determinar quién es candidato a recibir ayuda pública"²⁸ se adecua a las preocupaciones del manejo del Estado y es claramente inadecuada para aprehender las estructuras y estrategias sociales urbanas.²⁹ Por otra parte, no existe el menor aporte de la teoría sociológica o alguna observación que permita fundamentar que el 40% (o cualquier otro porcentaje de pobreza) constituya un "umbral" más allá del cual se dan cierta dinámica y ciertos patrones sociales. Por el contrario, existen fuertes evidencias empíricas, así como sólidas formulaciones teóricas, que indican que altos niveles de segregación racial (definida por un índice de disimilaridad por encima de 60) producen distintas constelaciones y procesos socioeconómicos. ¿Por qué, entonces, sustituir un instrumento pertinente y adecuado por otro mal formulado y altamente inexacto?

27 Martín Sánchez-Jankowski, "Change and Persistence in Low-Income Communities", trabajo inédito, Departamento de Sociología, Berkeley, University of California, 1996.

28 Michael B. Katz, *The Underserving Poor*, Nueva York, Pantheon, 1989, p. 117.

29 Esto es reconocido por Wilson, quien ofrece dos páginas completas de críticas que exponen la inadecuación de la "línea de pobreza" como una herramienta de investigación, pero luego la utiliza a lo largo del libro como fundamento para sus conceptos clave de "gueto" y "nueva pobreza" (*When Work Disappears*, op. cit., pp. 254-256).

Segundo: ¿por qué dejar de lado las zonas rurales y suburbanas, donde encontramos una privación extrema en los ingresos? ¿Qué hay de tan especial en la desposesión del centro de la ciudad que hace que debamos garantizarle la exclusividad en el análisis de la concentración de la pobreza, si es esto lo que realmente nos interesa? Ni Jargowsky y Bane ni Wilson ofrecen razones para esta exclusión que es habitualmente aceptada como algo dado por los estudiosos de la *underclass*, aun cuando la pobreza esté cada vez más concentrada y sea cada vez más persistente en todos los grupos étnicos en las áreas no metropolitanas. En 1985, la tasa de pobreza de los afroamericanos era del 32% en las ciudades centrales y del 42,6% en las áreas no metropolitanas (lo que convertía a estas áreas en inmensos "guetos", si nos atenemos a la definición de Jargowsky-Bane); las cifras correspondientes a mexicanos y estadounidenses eran del 30,7 y del 38,7%, respectivamente.³⁰ Sólo el 8% de los negros urbanos que eran "persistentemente pobres" (es decir, pobres al menos durante ocho años en el período 1974-1983) vivían en distritos con tasas de pobreza del 40% o más. Esto significa que al centrarnos en los habitantes de áreas de extrema pobreza, dejamos de lado a la abrumadora mayoría (tal vez nueve de cada diez) de los ciudadanos negros persistentemente pobres.³¹

El prolongado viaje sociomental por las penurias urbanas norteamericanas desde la era de Jackson a la de Clinton nos acerca la probable explicación de por qué las regiones estancadas de los bosques apartados del Misisipi y las desoladas reservas indígenas de los estados del norte y el centro no califican como "guetos", pese a que sus tasas de pobreza exceden la marca del 40%; la miseria rural nunca ha sido considerada moralmente corrosiva ni socialmente amenazante, en la medida en que su contrapartida ur-

30 Gary Sandefur, *In Quiet Riots: Race and Poverty in the United States*, en Fred Harris y Roger Wilkins (comps.), Nueva York, Pantheon, 1988, pp. 54-57.

31 Adams, Duncan y Rogers, *In Quiet Riots: Race and Poverty in the United States*, en Fred Harris y Roger Wilkins (comps.), Nueva York, Pantheon, 1988, p. 88.

vana sí lo es. Por esto es que no se habla de una "*underclass* rural", sino sólo de una "*underclass* urbana".

En tercer lugar, la concepción que tienen Jargowsky y Bane del gueto es fundamentalmente *asociológica*, en la medida en que está atada al ingreso del hogar —un ítem claramente poco confiable en encuestas estandarizadas, especialmente entre poblaciones con empleo irregular— y al estado visual del contexto de las viviendas, sin atender al sistema de relaciones sociales y económicas que los determinan. Un sector de viviendas en mal estado es fuera de toda discusión un serio problema urbano, pero no constituye en sí mismo un gueto. "Vidrios rotos, desorden, automóviles destruidos y abandonados y muchos jóvenes a la deriva en las esquinas"³² pueden ser claros "signos de decadencia urbana", pero esos signos no dan cuenta de qué los produjo. Un uso irreflexivo de la "línea de pobreza" como dato conceptual clave asegura la eliminación de la estructura y las instituciones sociales,³³ precisamente aquello de lo que se ocupa el análisis sociológico.

En cuarto lugar, y esto da cuenta de su vacuidad sociológica, el concepto de gueto basado en el ingreso es esencialmente burocrático, pues deriva de categorías y prácticas administrativas: su contenido y su viabilidad se basan por entero en la existencia y la disponibilidad de datos y mediciones gubernamentales, como la definición de "área de pobreza" de la Oficina de Censos.³⁴ Al importar esta construcción administrativa al terreno de la investigación académica, Jargowsky y Bane transforman vergonzadamente un concepto histórico-analítico en las *concepciones torpes sostenidas por las élites municipales y estatales* ("lo que los funcionarios municipales y de la oficina local del censo consideran guetos"). Y lo hacen sin explicar lo que son esas per-

32 Paul A. Jargowsky y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty...", *op. cit.*, p. 240.

33 Sanford Schram, *Words of Welfare*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, pp. 79-84.

34 Por este motivo los análisis sobre "el crecimiento de la *underclass*" y la diseminación del "gueto" (redefinidos como rasgos de extrema pobreza) sólo llegan hasta 1970, el año en que la Oficina de Censos computó porcentajes de pobreza por área.

cepciones, si se mantienen estables y uniformes a lo largo de las localidades, y, lo que es más importante, por qué servirían de garantía para definir el objeto de estudio. Nótese que tampoco explican lo que tienen en mente las autoridades municipales cuando "señalan en el mapa a los que consideran guetos":³⁵ usan como criterios la pobreza, la segregación, el deterioro habitacional, la decadencia comercial, el delito, la mala reputación, el estatus histórico del gueto o alguna combinación de ellos? Sabemos que la definición de Jargowsky y Bane coincide con la de los burócratas del censo, pero desconocemos los fundamentos de esta coincidencia.

Y para terminar, aunque no de forma definitiva, la noción de gueto basada en los ingresos está ostensiblemente "desracializada", pues en realidad denota enclaves de pobreza de color con la casi total exclusión de las áreas pobres blancas. Wilson³⁶ apela al trabajo de Jargowsky y Bane como justificación para eliminar la cuestión de la opresión racial de su caracterización del gueto. ¿Pero qué razones aduce para esta eliminación? Los dos académicos de Harvard recurren al significado común del término, tal como aparece en el *Random House Dictionary*: "un área baja habitada predominantemente por miembros de una minoría, a menudo como resultado de restricciones sociales y económicas". Pero luego, desconociendo olímpicamente tres décadas de investigaciones sobre el gueto negro norteamericano, se apuran a afirmar que "sin embargo, en el uso corriente casi siempre se refiere a residentes empobrecidos y viviendas en mal estado"³⁷ e, inexplicablemente, ¡se valen de ese "uso corriente" para eliminar la restricción y la homogeneidad étnoraciales de la definición que usan!

Ante la ausencia de todo argumento teórico y empírico, debe concluirse que la única razón para eliminar la segregación de la escena es el consenso dentro de un círculo de académicos que tienen ideas similares y la misma orientación política, y para quienes

35 Paul A. Jargowsky y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty...", *op. cit.*, p. 238.

36 William Julius Wilson, *When Work...*, *op. cit.*

37 Paul A. Jargowsky y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty...", *op. cit.*, p. 237.

la mención de la raza resulta superflua, desagradable y básicamente equivocada.³⁸ Al recuperar sigilosamente la falacia inmigratoria, Jargowsky y Bane han redefinido el gueto como algo *en nada diferente del slum*, si no algo especialmente malo: un área caracterizada por una intensa pobreza, una concentración de hogares vulnerables, viviendas y condiciones de vida por debajo del promedio, independientemente de la dominación etnoracial.

CAMUFLAJE CONCEPTUAL COMO CENSURA POLÍTICA AUTOIMPUESTA

Pero la realidad social es insistente y la división racial no se puede hacer desaparecer tan fácilmente. En realidad, en cuanto se la echa por la puerta regresa por la ventana. Luego de reiterar que su definición de "gueto" es inmune a la raza, Jargowsky y Bane proceden a limitar sus análisis a negros e hispanos sobre la base de que "el porcentaje de blancos pobres que viven en guetos es extremadamente bajo y varía muy poco entre regiones y ciudades".³⁹

Pues la "pobreza del gueto" es una condición que afecta de hecho casi exclusivamente a grupos etnoraciales subordinados. Y, aunque lo intentan, Jargowsky y Bane no pueden ocultar que la raza figura

38 Por cierto, el "uso corriente" invocado por Jargowsky y Bane en 1990 no es el de los científicos sociales: según la entrada de "gueto" de la edición de 1988 del *Dictionary of Race and Ethnic Relations* (Barry Troyna; Ellis Cashmore comp., Routledge, 2ª ed., 1998), "la mayoría de los analistas concuerda en que, técnicamente, un gueto debe implicar un alto grado de homogeneidad" o una población que presente "características étnicas y culturales comunes" al igual que "vivir en medio de la pobreza en relación con el resto de la población de la ciudad" (la entrada de 1966 no ha sido modificada). Del mismo modo, el *Oxford English Dictionary* menciona la segregación y la homogeneidad étnica entre los rasgos que definen un gueto.

39 La única variación significativa se daba entre blancos que residían en "ciudades educativas, como Madison, Wisconsin (sic) y Texas, donde muchos de los blancos eran probablemente hispanos" (véase Paul A. Jargowsky y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty...", *op. cit.*, p. 243, nota 17).

entre sus primeras causas. Pues no sólo "la proporción de pobres que vive en el gueto (varía) dramáticamente según la raza", con sólo el 2% de pobres blancos que residen en uno, contra el 16% de latinos pobres y el 21% de negros pobres. El patrón de crecimiento de la "pobreza del gueto" (es decir, personas pobres que viven en áreas muy pobres) sugiere también la presencia de una dinámica racial: ocho de las diez ciudades en las que se registra el mayor aumento (Nueva York, Chicago, Filadelfia, Newark, Detroit, Columbia, Baltimore, Paterson y Nueva Jersey) son centros industriales del noroeste y del oeste medio con extensos y arraigados "cinturones negros" de larga data.⁴⁰ Más aún, esos incrementos se dieron "mayoritariamente entre negros" (y secundariamente entre los latinos de las ciudades sureñas). Por último, el hecho de que las áreas de pobreza del "gueto" se expandieran desde un núcleo segregado establecido e incorporaran "rasgos adyacentes vinculados al ingreso" es un indicio más de un proceso de cambio coherente con el gueto racial y no una variante socioespacial aleatoria en los niveles de ingreso.

En resumen, los propios datos que exhiben Jargowsky y Bane en defensa de su supuesta concepción no racial del gueto reclaman que se recupere la cuestión de la raza para su definición. Si "las características del gueto son un subconjunto de características mayoritariamente negras o hispanas de una ciudad" y si el "patrón de dispersión" (o concentración) de los pobres surge de la interacción entre "cambios en la tasa de pobreza y los niveles de segregación racial persistentemente altos",⁴¹ entonces *la segregación debe ser un rasgo constitutivo y no derivado del gueto*.⁴² Sostener lo contrario es

40 Jon C. Teaford, *Cities of the Midwest*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1993.

41 Paul A. Jargowsky y Mary Jo Bane, "Ghetto Poverty in the United States, 1970-1980", en Jencks, Jaynes y Williams, *A common destiny: Blacks and American Society*, Washington DC, National Academic Press, 1991, pp. 241 y 268.

42 En una nota que tiene un poco de lapsus freudiano, Jargowsky y Bane ("Ghetto Poverty...", *op. cit.*, p. 238, nota 7) dan vuelta su concepción no racial del gueto cuando sin darse cuenta aceptan: "La raza y la pobreza están ambas implicadas en la creación de los guetos". El mismo error analítico se encuentra en el reciente trabajo de William Julius Wilson (*When Work Disappears...*, *op. cit.*, Nueva York, Knopf, 1996).

embarcarse en un juego de manos conceptual. Así, se desfigura el gueto y se lo torna inescrutable.

Las distintas etiquetas e indicadores desplegados para reflejar los tipos de marginación supuestamente nuevos y las poblaciones a las que se supone han incorporado dentro y alrededor del núcleo metropolitano en las dos últimas décadas ("la *underclass*" y "el vecindario de *underclass*", "la desviación concentrada" y "la conducta antisocial", "los severamente afectados" y "los pobres desempleados", "el aislamiento social" y "la nueva pobreza urbana") no son más que eufemismos *para no hablar de la exclusión racial*, aunque en realidad los acelerados análisis sociales —y el brazo disciplinario del Estado— sobre las familias negras y latinas atrapadas en los territorios de relegación socioétnica los han convertido ante la ciudad en emblemas de peligro durante el último ciclo de pánico moral. Y, así como la fijación de la angustia urbana por los barrios pobres del centro de las ciudades que siguió a los levantamientos raciales de los años sesenta comparte una tradición centenaria de inquietud por la intersección entre clase y etnicidad en las metrópolis, la reticencia a reconocer y tematizar el papel de la segregación racial por parte de los académicos de la *underclass* refleja la falta de disposición congénita de los científicos sociales norteamericanos para enfrentarse a la persistencia, a la naturaleza forzosa y a las consecuencias destructivas de la reclusión espacial como forma de *dominación etnoracial* prevaliente y diferenciada del prejuicio y la discriminación (aunque íntimamente vinculada con éstos).⁴³

43 Entre las valiosas y escasas excepciones a esta miopía colectiva, deben citarse *Patterns of Negro Segregation* (Nueva York, Crowell, 1943), de Charles Johnson (que sirvió de punto de partida para el capítulo sobre segregación y discriminación social de *An American Dilemma*, de Myrdal); el trabajo de legistas durante los años sesenta y los historiadores posteriores a los derechos civiles de la urbanización afroamericana; la corriente de estudios sobre las disparidades raciales en la vivienda y la educación urbanas de Gary Orfield (por ejemplo, *Public School Desegregation in the United States, 1968-1980*, Washington DC, Joint Center for Political Studies, 1983), y el estupendo trabajo de Douglas Massey y Nancy Denton (*American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Harvard University Press, 1993).

En la década de 1930, Louis Wirth prefería hablar de aislamiento antes que de segregación, pues aquél se vinculaba a la inveterada creencia liberal de que la modernización de los Estados Unidos —impulsada por las fuerzas combinadas de la urbanización y la industrialización— habría de terminar con todas las limitaciones enorracionales y llevaría en última instancia a la integración residencial de los negros.⁴⁴ En la década de 1980, William Julius Wilson reintrodujo el mismo concepto, "aislamiento social", con el propósito de eliminar la desacreditada noción de "cultura de la pobreza",⁴⁵ pero también, de manera consciente o no, como una protección conceptual para evitar tener que aceptar la concreta —y no simplemente "histórica"— realidad de la segregación. En consecuencia, en *When Work Disappears*, Wilson⁴⁶ reconoce explícitamente la segregación racial, pero sólo como una condición inerte y "contextual" o una presión estática cuando no inmutable, no como una *fuerza activa*, un nexo entre recursos y prácticas institucionalizados que determinará los destinos y las estrategias sociales dentro de los barrios pobres del centro de las ciudades y, por lo tanto, a mantener en el centro del escenario analítico.⁴⁷ Y hasta este tímido reconocimiento queda denegado por la adopción y el uso de la noción de "gueto" basada en el ingreso.

Así, Louis Wirth confunde una relación de poder etnoracial, mantenida por una hostilidad inflexible de casta y por la violencia estatal, con una mera "especialización de intereses y tipos culturales" alimentada por una dinámica ecológica.⁴⁸ La redefinición del gueto como un área extremadamente pobre en el centro de la

44 Z. L. Miller, "Pluralism, Chicago School Style: Louis Wirth, the Ghetto, the City, and Integration", en *Journal of Urban History*, 18, 3, 1992, pp. 251-279.

45 William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987, pp. 61-62, 137-138.

46 William Julius Wilson, *When Work Disappears*, op. cit.

47 Un indicio del estatus residual de la segregación en el análisis de Wilson es el hecho de que no figura en el índice, mientras que "bienestar" tiene 18 entradas, "pobreza" 13, "familia" 11 y "violencia" 4.

48 Louis Wirth, *The Ghetto*, op. cit., p. 285.

ciudad contribuye a la negación de la dominación racial en la sociedad y en las ciencias sociales norteamericanas contemporáneas. La primitiva Escuela de Chicago legó la segregación al presentarla como el resultado natural de un "proceso de competencia" biológico por el espacio urbano, "similar a la competencia que subyace a la comunidad de las plantas".⁴⁹ Consideraba que la distancia física entre los grupos era un "producto del crecimiento (urbano) antes que un objetivo deliberado" y teorizaba que sería en definitiva beneficioso para todos los grupos en la medida en que permitiría que cada uno preservara sus "propios códigos morales" y encontrara su nicho propio en un mosaico geográfico simbiótico.⁵⁰

La problemática de la *underclass* contribuye del mismo modo a la *naturalización de la división racial* al excluirla como causa primera y convertirla en correlato (cuando acepta su existencia): de mecanismo social estructurante, pasa a funcionar como un rasgo axiomático del orden metropolitano de las cosas. La separación residencial entre afonorteamericanos y blancos "existe entre nosotros hace tanto tiempo que parece una parte natural del orden social, una característica normal e inadvertida del paisaje urbano norteamericano".⁵¹ Tan inadvertida que *The Urban Underclass*⁵² contiene un capítulo sobre segregación *de clase entre negros*, pero ninguno sobre la segregación *racial entre blancos y negros* (o latinos). Y que Jencks y Peterson no la incluyeron en la ponencia presentada en la "Conference of the Truly Disadvantaged", organizada por uno de los principales estudiosos de la segregación en los Estados Unidos,

49 *Ibid.*, pp. 284-285.

50 La única diferencia entre la comunidad de los hombres y la de las plantas es que los miembros de la primera son "más móviles y, valiéndose de la locomoción, pueden buscar aquellas áreas en las que podrán gratificar más satisfactoriamente sus intereses y necesidades fundamentales". Despegado de su fundamento material en la segregación, el gueto se convierte "no tanto en un hecho físico como en un estado mental" benigneamente enraizado en "la ausencia de intercomunicación" (*ibid.*, pp. 283-284, 285, 287).

51 Douglas Massey y Nancy E. Denton, *American Apartheid...*, op. cit., p. 17.

52 Christopher Jencks y Paul Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, op. cit.

Douglas Massey, y plantearon que la separación residencial de los afonorteamericanos es, junto al creciente desempleo, una causa fundamental del aumento de la llamada "*underclass*".

Los analistas sociales de los sesenta no eran tan quisquillosos a la hora de reconocer el papel determinante de las relaciones de poder enorraciales en la estructuración de la desigualdad y la marginalidad urbanas. "Se encontrarán dos elementos implicados de una manera u otra en cada gesto y en cada palabra dicha en ese gueto", señalaba Michael Harrington⁵³ en su descripción de la promesa de Harlem: "la doble indignidad de la discriminación racial y la opresión económica, esa amalgama única que es la pobreza negra dentro del mundo de la pobreza norteamericana". Kenneth Clark no fue menos directo en su acusación sobre la *conjugación* entre división de clases y exclusión de casta impuestas a los habitantes del gueto. Su diagnóstico, formulado hace treinta años, sigue siendo sorprendentemente vigente:

Los pobres siempre son alienados de la sociedad normal, y cuando el pobre es negro, como sucede con mayor frecuencia en las ciudades norteamericanas, existe un doble trauma: el rechazo por la clase y por la raza resulta un peligro para la estabilidad de la sociedad en su conjunto.⁵⁴

Los economistas John Kain y Joseph Persky, al escribir en 1969 para un número de *The Public Interest* acerca de "El futuro del gueto", afirmaron que resultaba igualmente claro que la segregación forzosa de los negros urbanos tenía un papel protagónico en el estado peligroso de sus comunidades y la correlativa "distorsión del desarrollo metropolitano". A partir de una comparación entre diversos patrones de agrupamientos habitacionales cercanos a los lugares de trabajo de negros y blancos, concluían que la "inferen-

53 Michael Harrington, *The Other America*, Nueva York, Pantheon, 1962, p. 74.

54 Kenneth B. Clark, *Dark Chello...*, op. cit., p. 21.

cia es inevitable: *los barrios del centro son pobres principalmente por ser negros y no al revés*.⁵⁵ Anticipando varios de los "descubrimientos" de los últimos exploradores de la *underclass*, Kain y Persky sostienen que confinar a los negros a distritos separados y exclusivamente de gente de color trunca su "acceso al mercado laboral", limita el gueto a los métodos de búsqueda de trabajo informal y lo cierra a los trabajos suburbanos (dado el costo y el deterioro de los sistemas de transporte públicos). Por otra parte, la segregación limita a los afroamericanos a escuelas totalmente inferiores y da por tierra con sus expectativas y aspiraciones al concentrar "la adicción a las drogas, el crimen violento y la desorganización" dentro de sus barrios. El remedio que recomiendan para combatir estos males sociales y fiscales que asuelan a las grandes ciudades con rígida segregación racial es "una importante dispersión de la población de bajos ingresos, en particular los negros". Y plantean que la "dispersión de los guetos" no es simplemente la "solución preferible a largo plazo", sino la única solución "coherente con los objetivos establecidos por la sociedad norteamericana".⁵⁶

¿Cómo se explica el camuflaje del gueto (racial) tras las vestiduras del *slum* (pobre) a medida que entramos en los años ochenta? ¿Por qué la segregación quedó reducida al estatus de una "nota al pie menor en el debate actual sobre la *underclass*" cuando los estudiosos del gueto en los sesenta daban por sentado su lugar protagonista?⁵⁷ Esta esclerosis conceptual no puede deberse a la dilución de las divisiones etnoraciales en la metrópoli: se ha demostrado que los patrones de segregación entre blancos y negros han sido persistentes y siguen casi tan vigentes hoy como hace medio siglo. Esto es así al punto de que los demógrafos se han visto obligados a acuñar el concepto de "hipersegregación" para esclarecer la extraordinaria resistencia

y el carácter abarcador de la segregación negra en la Norteamérica actual.⁵⁸

La eliminación de la dimensión etnoracial de la relegación urbana en la leyenda de la "*underclass* del gueto" es, como argumentamos en el capítulo III, un emblema de la *creciente supresión de la cuestión de la raza de la investigación orientada por la política* durante las dos últimas décadas. La ablación de la raza del gueto es la (re)traducción conceptual, en la problemática especializada de la investigación con intereses políticos, del estricto tabú que pesa sobre la segregación en la esfera política. La retirada conceptual de la raza en el debate de la *underclass* no ocurre porque la raza sea un factor causal menos importante en la determinación de la forma de vida en las regiones más bajas del espacio social norteamericano, sino porque se trata de un tema poco apropiado para los académicos que pretenden ser "relevantes" e "influir" sobre las preocupaciones actuales de las elites estatales.

Es importante evitar caer en la lógica de la condena y no leer esta crítica al deslizamiento descontrolado hacia una noción falsamente desracializada de "gueto" como una acusación a los académicos. Pues este cuestionamiento no se dirige a sus perspectivas o sus omisiones. En realidad, expresa el efecto de censura que resulta de la *subordinación estructural* del campo de la investigación a los campos político y periodístico.⁵⁹ Como dominio de investigación intermedio y mixto, la razón de ser de los estudios sobre políticas públicas es transliterar las exigencias habituales de los funcionarios estatales (amplificadas de manera selectiva por los medios) al lenguaje deliberadamente neutral y racional de la investigación social para aportar así a esas políticas criterios de validez aparentemente científicos.

58 Douglas Massey y Nancy Denton, "Hypersegregation in US

Metropolitan Areas: Black and Hispanic Segregation Among Five Dimensions", en *Demography*, 26, 3 agosto de 1989, pp. 373-391.

59 Véase Pierre Bourdieu ("Champ politique, champ des sciences

sociales, champ journalistique", en *Cahiers de recherche du GRS,*

Université Lumière-Lyon II, 1996, pp. 5-42) para un análisis

convinciente aunque no terminado de las relaciones estructurales de dominación y subordinación entre los campos de la política, el periodismo y las ciencias sociales.

55 John Kain y Joseph Persky, "Alternatives to the Gilded Ghetto", en *The Public Interest* 14, invierno de 1969, pp. 75. [Destacado en el original.]

56 *Ibid.*, pp. 75, 87.

57 Douglas Massey y Nancy Denton, *American Apartheid...*, op. cit., p. 16.

Para cumplir con esto, los estudiosos deben aceptar y trasladar a sus marcos de análisis las categorías, preocupaciones y prejuicios de las elites administrativas encargadas de manejar a "las poblaciones problemáticas" encerradas en el gueto. Por lo tanto, no sorprende que sus herramientas analíticas cubran el caparazón vacío de conceptos sociológicos con el sentido común burocrático y ordinario constitutivo de la *doxa* política del momento.

Tampoco es casualidad que algún historiador veterano, es decir, un académico cuyos fundamentos intelectuales y profesionales están absolutamente alejados de los dictados del campo de las políticas públicas, exprese en términos claros el secreto de los debates sobre la raza y la pobreza en las metrópolis estadounidenses de la década pasada.

A medida que las condiciones empeoraban, un nuevo grupo de estudiosos, periodistas y grupos de intelectuales mayoritariamente neoconservadores descubrió de pronto lo que todo el mundo señalaba en la década de 1960: que el gueto no sólo constituye una amenaza para sus propios habitantes, sino que perturba la tranquilidad general de nuestras ciudades. Esos autores no suelen usar la palabra "gueto", que suena a raza, sino que adoptan el tendencioso término *underclass*, que suena indiferente al color. Pero al identificar esta *underclass* en ochocientos datos computarizados del censo, descubrieron que casi todos los que viven en las áreas infectadas son negros o hispanos. Al resultarles incómodas las connotaciones explosivas de la raza, han inventado su propia definición de los vecindarios *underclass*.⁶⁰

Así como en los años treinta la segregación no era una palabra clave en la sociología de las relaciones raciales, "principalmente

porque no se había convertido en un tema político o legal",⁶¹ hoy nuevamente debe retroceder o desaparecer del estudio social de la desigualdad y la marginalidad urbanas dado que es políticamente intocable y un tema intratable. Cincuenta años después de que se escribieran, los Estados Unidos siguen parafraseando las agudas palabras de St. Clair Drake y Horace Cayton,⁶² "helados y paralizados ante el problema negro", incapaces de reconocer que los así llamados nuevos pobres urbanos no sólo cargan con la cruz de la desposesión económica, sino que además "llevan la marca del color".

Traducción de Marcos Mayer

61 James B. McKey, *Sociology and the Race Problem: The Failure of a Perspective*, Urbana, University of Illinois Press, 1993, p. 132.

62 St. Clair Drake y Horace R. Cayton [1945], *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, 2 vols., pp. 765-766 y 206, edición corregida y aumentada, Nueva York, Harper and Row, 1962.

60 Richard C. Wade, "The Enduring Ghetto: Urbanization and the Color Line in American History", en *Journal of Urban History*, 17, 1, noviembre de 1990, p. 11.

V. Las dos caras de un gueto Construyendo un concepto sociológico

Resulta paradójico que, aunque las ciencias sociales han hecho un amplio uso de la palabra "gueto" como *término descriptivo*, no hayan logrado forjar un *concepto analítico* robusto de él. En la historiografía de la diáspora judía a comienzos de la Europa moderna y bajo el nazismo, en la sociología de la experiencia negra norteamericana en las metrópolis del siglo XX y en la antropología de los excluidos por motivos étnicos en Asia oriental, sus tres dominios tradicionales de aplicación, el término remite a veces a un sector urbano marginado, otras, a una variedad de instituciones específicas de un grupo dado y, según las circunstancias, a una constelación cultural y cognitiva (valores, símbolos, maneras de pensar o mentalidades) que implican el aislamiento sociomoral de una categoría estigmatizada así como la amputación sistemática del espacio y de las posibilidades de vida de sus miembros. Pero ninguna de esas corrientes de investigación se ha tomado el trabajo de especificar qué es lo que distingue a un gueto *como* forma social, cuáles de sus características son constitutivas y cuáles, derivadas. En cada época se han conformado con aceptar y adoptar el *concepto popular* existente en la sociedad que está siendo examinada, lo cual explica que la idea, aparentemente clara, no figure en la mayoría de los diccionarios de ciencias sociales.

UNA NOCIÓN VAGA Y CAMBIANTE

Así, el rango semántico del término "gueto" en la sociedad y las ciencias sociales norteamericanas, que han dominado la investi-

gación acerca del tema tanto cuantitativa como temáticamente, se ha expandido y contraído sucesivamente de acuerdo con la manera en la que las elites políticas e intelectuales de ese país percibían la espínosa relación entre etnicidad y pobreza en la ciudad.¹

Al principio, en la segunda mitad del siglo XIX, designaba las concentraciones residenciales de judíos europeos en los puertos marítimos del Atlántico, y se distinguía claramente del *slum* como área de graves problemas de vivienda y de patología social. Se amplió durante la era progresista para englobar todos los barrios pobres del centro de las ciudades (*inner city*) en los cuales se encontraban reunidos los recién llegados "exóticos", los inmigrantes provenientes del sudeste europeo y los afroamericanos que huían del brutal régimen de castas del sur estadounidense. Como modo de expresar las preocupaciones de la clase dominante acerca de si estos grupos podrían o deberían asimilarse al patrón anglosajón predominante en el país, el término se refirió entonces a la intersección entre el vecindario étnico y el barrio bajo, donde la segregación se combinaba con el deterioro de viviendas y calles y el hacinamiento para exacerbar males urbanos como la delincuencia, la descomposición de la familia y la pauperización, y obstaculizaba la participación en la vida nacional. Como observamos en el capítulo IV, el paradigma ecológico de la Escuela de Sociología de Chicago le dio autoridad científica a esta concepción. En su clásico *The Ghetto*, Wirth² lo asimila al gueto judío de la Europa medieval, las "Little Italy, Little Poland, Chinatown y Black Belt", junto con las "áreas de vicio" que albergan a tipos sociales desviados, como vagabundos, bohemios y prostitutas, a las que se caracteriza como "áreas naturales" nacidas del deseo universal de diferentes grupos de "preservar sus formas culturales peculiares", haciendo que cada

1 David Ward, *Poverty, Ethnicity, and the American City, 1840-1925*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

2 Louis Wirth, *The Ghetto*, Chicago, University of Chicago Press, 1928, p. 6.

una de ellas cumpla una "función" especializada en el organismo urbano general.³

La noción de "gueto" se restringió después de la Segunda Guerra Mundial por la presión del movimiento de los derechos civiles para designar principalmente los compactos y congestionados enclaves a los que los afroamericanos eran forzosamente relegados al emigrar a los centros industriales del norte. El crecimiento de una "metrópoli negra en el vientre de la blanca", en la que los negros desarrollaban instituciones paralelas y claramente distintas para compensar y protegerse de la imparable exclusión de los blancos,⁴ contrastaba de manera aguda con la pacífica dispersión residencial de los norteamericanos de ascendencia europea en la misma época. Como mencionamos previamente, en el momento más álgido de los levantamientos negros de los años sesenta, Kenneth Clark hizo de esta relación de subordinación étnorracial el epicentro de su disección del *Dark Ghetto* y de sus dificultades, para denunciar a los blancos detentadores del poder como responsables.⁵

Este diagnóstico fue plenamente confirmado por la Kerner Commission, un grupo de trabajo tripartito nombrado por el presidente Lyndon Johnson, cuyo célebre informe acerca de los "desórdenes civiles"⁶ que acababan de sacudir hasta lo más profundo de las metrópolis estadounidenses se alarmaba porque, dada la intransigencia racial de los blancos, Norteamérica "se enca-

3 Se encontrará una excelente reseña analítica de los trabajos de la Escuela de Chicago sobre este punto en Ulf Hansferz (1980), *Explorer la ville. Elements d'anthropologie urbaine*, París, Minuit, 1983, cap. 2 [ed. cast.: *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, cap. 2: "Etnógrafos de Chicago"] y una crítica firme de su naturalismo biológico en John R. Logan y Harvey L. Noltch, *Urban Fortunes. The Political Economy of Place*, Berkeley, University of California Press, 1987, cap. 1.

4 St. Clair Drake y Horace R. Clayton [1945], *Black Metropolis: a Study of Negro Life in a Northern City*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, 5 Véase cap. IV, p. 91.

6 Kerner Commission [1968], *The Kerner Report. The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989, p. 2.

minaba hacia dos sociedades, una negra y otra blanca, separadas y desiguales".⁷

Pero durante las siguientes dos décadas, el gueto negro se fue derrumbando y se convirtió en un territorio yermo de temor y disolución debido a la desindustrialización y a las políticas estatales de reducción de la ayuda social y el aislamiento urbano. Y a medida que la dominación racial se volvió más difusa y era refractada a través de un prisma de clase, la categoría fue desplazada por el eufemismo geográfico de "ciudad interior" (*inner city*) y el neologismo "infraclass" [*underclass*], definida como el subestrato de residentes del gueto marcados por conductas antisociales, desempleo agudo y aislamiento social.⁸ Para los años noventa, la neutralización del concepto de "gueto" en la investigación orientada hacia políticas públicas culminó en la eliminación de toda mención de las divisiones raciales y de las relaciones de poder, para terminar por redefinirlo como cualquier zona de pobreza extrema ("en la que más del 40% de personas viva por debajo de la línea de pobreza oficial"), independientemente de su composición poblacional e institucional, y disolviendo nuevamente al gueto negro en el *slum*.⁹

La extensión del término al estudio de los modelos socioculturales distintivos elaborados por los homosexuales en las ciu-

7 Esta fórmula pretendía ser el eco invertido de la sentencia histórica de la Corte Suprema, *Plessy v. Ferguson*, que, en 1896, declaró que la segregación racial era conforme a la Constitución del país y, por lo tanto, que las instituciones dobles así creadas fuesen "separadas e iguales" (lo que no fueron jamás, pues la corte omitió cuidadosamente especificar todo criterio de igualdad). Esta sentencia ofreció el sustento jurídico para la instauración de seis décadas de segregación legal en los Estados Unidos, hasta que el fallo *Brown v. el Board of Education*, de 1954, decretó que la separación implica por sí misma una desigualdad contraria al derecho constitucional.

8 William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.

9 Sobre la paradoja de la "desracialización" del gueto, las investigaciones norteamericanas acerca del tabú público que pesa sobre la segregación continua de los negros (juzgada intocable por el Estado), véase el cap. IV.

10 Martin P. Levine, "Gay Ghetto", en *Journal of Homosexuality*, 4-4

dades de las sociedades avanzadas "en respuesta tanto al estigma como a la liberación *gay*" después de las revueltas de Stonewall¹⁰ y su reciente resurgimiento en Europa occidental en acalorados debates científicos y políticos acerca de los vínculos entre la inmigración poscolonial, la reconstrucción económica postindustrial y la dualización urbana¹¹ parecerían solamente hacer más confuso su significado. Sin embargo, se pueden extraer hilos comunes y propiedades recurrentes de estas variadas literaturas para *construir un concepto relacional* del gueto como *instrumento de encierro y control* que aclara gran parte de la confusión que lo rodea y lo convierte en una poderosa herramienta para el análisis social de la dominación etnoracial y la desigualdad urbana. Para ello basta con retornar al origen histórico de la palabra y del fenómeno que describía en la Venecia del Renacimiento.

UNA INSTITUCIÓN DE DOS CARAS: DE CERRAZÓN Y CONTROL ÉTNICOS

Acuñada por derivación de los vocablos italianos *giudeca*, *borghetto* o *ghetto* (o del alemán *Gitter* o el hebreo talmúdico *get*: la etimología se sigue discutiendo), la palabra "gueto" se refiere inicialmente al confinamiento forzoso de los judíos a zonas especiales realizado por las autoridades políticas y religiosas de las ciudades. En la Europa medieval, a los judíos se les adjudicaban comúnmente espacios en las ciudades en las que residían, lo que les permitía administrar sus propios asuntos y mantener sus cos-

(verano), reeditado en una versión ampliada con el título "YMCA": The Social Organization of Gay Male Life", en *Gay, Macho: The Life and Death of the Homosexual Clone*, Nueva York, New York University Press, 1979, pp. 30-54, cita p. 31.

11 Enzo Mingione (comp.), *Urban Poverty and the "Underclass"*, Oxford, Basil Blackwell, 1996.

tumbres. Esos espacios eran otorgados o vendidos como un privilegio para atraerlos a los pueblos o principados en los que ocupaban lugares clave como prestamistas, recaudadores de impuestos y organizadores del comercio con otros territorios. Pero entre los siglos XIII y XIV, en respuesta a los efectos causados por las Cruzadas, lo que era un privilegio se convirtió gradualmente en una obligación.¹² En 1516, el Senado de Venecia ordenó que se reuniera a los judíos dentro del *ghetto nuovo*, una fundición abandonada en una isla aislada encerrada por dos altos muros, cuyas ventanas y puertas al exterior fueron cerradas y en la que varios guardias los vigilaban desde sus dos puentes y patrullaban los canales adyacentes en botes. A partir de ese momento se permitió a los judíos dedicarse a sus ocupaciones en el exterior durante el día, pero tenían que vestir un atuendo distintivo y volver a entrar antes de que se pusiera el sol, bajo pena de serios castigos. Estas medidas fueron diseñadas como una alternativa a la expulsión, para permitirle a la ciudad-Estado cosechar los beneficios económicos de la presencia de los judíos (incluyendo rentas, impuestos especiales y levas forzadas) y al mismo tiempo proteger a sus residentes cristianos del contacto contaminante con cuerpos percibidos como sucios y peligrosamente sensuales, portadores de sífilis y vectores de la herejía, además de cargar consigo la málcula de ganar dinero mediante la usura, lo que la Iglesia católica colocaba en el mismo nivel que la prostitución.¹³

Conforme el modelo veneciano se diseminó en las ciudades de Europa y alrededor de la cuenca del Mediterráneo,¹⁴ la fijación territorial y el aislamiento llevaron, por un lado, al hacinamiento, el deterioro de la vivienda y el empobrecimiento, así como a un índice excesivo de enfermedades y de mortalidad y, por

otro, al florecimiento institucional y la consolidación cultural, al responder los judíos a las restricciones cívicas y ocupacionales que se multiplicaban mediante la creación de una densa red de organizaciones específicas que funcionaban como instrumentos de socorro y solidaridad colectiva, desde mercados y asociaciones de negocios hasta sociedades de caridad y ayuda mutua, lugares de culto y de estudio. El *Judenstadt* de Praga, el mayor gueto europeo del siglo XVIII, tenía incluso su propio edificio municipal, el *Rathaus*, emblema de la relativa autonomía y fuerza comunitaria de sus residentes, y sus sinagogas tenían a su cargo no sólo la guía espiritual, sino también la supervisión administrativa y judicial de la población. La vida social en el gueto judío se volvió hacia dentro y estuvo cerca de la "sobreorganización",¹⁵ de manera que reforzaba tanto la integración interna como el aislamiento respecto del exterior.

Se pueden discernir en ese momento inaugural los cuatro elementos constitutivos del gueto, a saber, la *estigmatización*, la *presión*, el *confinamiento espacial* y el *enclaustramiento institucional*. El gueto es un dispositivo socioinstitucional que utiliza el espacio para conjugar dos destinos antinómicos: 1) maximizar los beneficios materiales extraídos a un grupo considerado contaminado y contagioso y 2) minimizar todo contacto íntimo con sus miembros de manera de aislar la amenaza de corrupción y contagio simbólicos que se supone traen con ellos. La misma lógica dual de *explotación económica* y *ostracismo social* gobernó la génesis, la estructura y el funcionamiento del gueto afronorteamericano en las metrópolis fordistas durante la mayor parte del siglo XX.

Los negros fueron reclutados en las ciudades del norte de los Estados Unidos porque su mano de obra no calificada era indispensable para las fábricas, que formaban la columna vertebral de la creciente economía industrial. Pero ni se pensaba siquiera en que se mezclaran o se asociaran con los blancos, que los consideraban inherentemente desagradables, congénitamente in-

12 Kenneth R. Stow, *Alienated Minority: The Jews of Medieval Europe*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992.

13 Richard Sennett, "Fear of Touching", cap. 7, en *Flesh and Stone: The Body and the City in Western Civilization*, Nueva York, W. W. Norton, 1994, pp. 212-251, especialmente p. 224. [Ed. cast.: *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza, 1997.]

14 Paul Johnson, "Ghetto", en *A History of the Jews*, Nueva York, Harper Perennial, 1987, pp. 230-310, especialmente pp. 235-245.

15 Louis Wirth, *The Ghetto*, op. cit., p. 62.

feriores y desprovistos de honor étnico debido a la mancha de la esclavitud. A medida que millones de negros salían del sur, crecía la hostilidad blanca, y las formas de discriminación y segregación que hasta entonces habían sido informales e incoherentes se endurecieron en el terreno de las viviendas, las escuelas y los servicios públicos, y se extendieron a la economía y a la organización política.¹⁶ A los afroamericanos no les quedó más alternativa que buscar refugio dentro del perímetro limitado del cinturón negro y desarrollar en él una red de instituciones separadas para satisfacer las necesidades básicas de la desterrada comunidad. Así surgió una ciudad paralela sostenida en iglesias para negros y diarios para negros, clubes de barrio y logias para negros, escuelas y negocios para negros y asociaciones cívicas y política para negros, alojada en el centro de la metrópoli blanca pero separada de ella por una infranqueable valla hecha de costumbres, disuasión legal, discriminación económica (por los agentes de bienes raíces, los bancos y el Estado) y por la violencia manifestada en las golpizas, las bombas incendiarias y las revueltas que detenían a aquellos que se hubieran atrevido a salirse de la línea de demarcación racial [*color line*].

Este paralelismo institucional forzado y basado en el encierro y en una inflexible separación espacial —y no la pobreza extrema, los graves problemas de vivienda, la diferencia cultural o la simple separación residencial— es lo que ha distinguido a los afroamericanos de todos los demás grupos en la historia de los Estados Unidos, como lo han hecho notar los más importantes estudiosos de la experiencia negra urbana, desde W. E. B. Du Bois y E. Franklin Frazier hasta Kenneth Clark y Oliver Cox, pasando por St. Clair Drake y Horace Cayton.¹⁷ También caracteriza la trayectoria de los *burakumin* en las ciudades japonesas

después del fin de la era Tokugawa.¹⁸ Como descendientes de los *éta*, la más baja de las cuatro castas que formaban el orden de propiedad del Japón feudal, los *burakumin* eran intocables a los ojos de las religiones budista y sintoísta, y estaban legalmente confinados, del amanecer al anochecer, en caseríos alejados (*buraku*), obligados a usar un collar amarillo y a caminar descalzos, a postrarse sobre sus manos y rodillas cuando se dirigieran a la gente común y restringidos a casarse sólo entre ellos. Aunque fueron oficialmente emancipados en 1871, al mudarse a las ciudades fueron empujados contra su voluntad a vecindarios de mala fama cercanos a basureros, crematorios, cárceles y mataderos, considerados, generalmente, nidos de delincuencia e inmoralidad. En esos lugares eran excluidos de los empleos en la industria y estaban limitados a empleos sucios y mal pagos, enviados a escuelas separadas y obligados a mantener la endogamia por la indeleble mancha de su sangre que era rastreada a través de "registros de familia".¹⁹ A finales de los años setenta, de acuerdo con la Liga de Defensa Burakumin, se estimaba que eran tres millones, atrapados en seis mil guetos en alrededor de mil ciudades de la isla principal.

Diseminados en tres continentes y a lo largo de cinco siglos, los casos de los judíos, los afroamericanos y los *burakumin* demuestran que el gueto no es un "área natural" que surge a través de una adaptación ambiental gobernada por una lógica biótica "similar a la competencia cooperativa que subyace a la comunidad de las plantas".²⁰ El error de la primera Escuela de Chicago consistía aquí en "convertir la historia en historia natural" y sostener que la formación de guetos era "una manifestación de la naturaleza humana", que ocupaba virtualmente el mismo espacio

18 Misiko Hane, *Peasants, Rebels, and Outcasts: The Underside of Modern Japan*, Nueva York, Pantheon, 1982.

19 George De Vos e Hiroshi Wagatsuma (comps.), *Japan's Invisible Race: Caste in Culture and Personality*, Berkeley, University of California Press, 1966.

20 Louis Wirth, *The Ghetto*, op. cit., pp. 284-285.

16 Véanse Allan H. Spear, *Black Chicago: The Making of a Negro Ghetto, 1890-1920*, Chicago, Chicago University Press, 1968, y Gilbert Osofsky, *Harlem: The Making of a Ghetto-Negro New York, 1890-1930*, Nueva York, Harper & Row, 2ª ed., 1971.

17 Véase en este volumen el cap. III.

que "la historia de la migración",²¹ cuando, en realidad, se trata de una forma de urbanización altamente peculiar distorsionada por las relaciones asimétricas de poder entre grupos etnoraciales, una forma especial de *violencia colectiva concretada en el espacio urbano*. Después de la Segunda Guerra Mundial quedó bien en claro que la formación de guetos no era un proceso "no controlado y no diseñado", como afirmaba Robert E. Park en su prefacio a *The Ghetto*, de Louis Wirth,²² cuando el gueto negro estadounidense fue reconstruido "de arriba abajo" a través de políticas estatales de vivienda pública, renovación urbana y desarrollo económico suburbano cuya intención era reforzar la rígida separación entre los negros y los blancos.²³ Es incluso más evidente en el caso de las "ciudades de casta" construidas por los poderes coloniales para inscribir en el espacio la organización de jerarquías étnicas de sus posesiones de ultramar, como Rabat bajo el dominio francés de Marruecos y Ciudad del Cabo después de la aprobación de las Leyes de Áreas de Grupos [*Group Areas Acts*] bajo el régimen del *apartheid* en Sudáfrica.²⁴

Reconocer que es un producto y un instrumento del poder de grupo permite apreciar que, en su forma más desarrollada, el gueto es una *institución de dos caras*, ya que cumple funciones opuestas para los dos colectivos a los que une en una relación de dependencia asimétrica. Para la categoría dominante, su lógica es *confinar y controlar*, lo que se traduce en lo que Max Weber llama la "cerrazón excluyente" [*exclusionary closure*] de la categoría dominada. Para esta última, sin embargo, es un *instrumento integrador y protector* en la medida en que alivia a sus miembros del contacto con el grupo dominante y fomenta la asociación y la construcción de la comunidad dentro de la restringida esfera de relaciones que

21 *Ibid.*, p. 285.

22 *Ibid.*, VIII.

23 Arnold Hirsch, *Making the Second Ghetto: Race and Housing in Chicago 1940-1970*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.

24 Janet Abu-Lughod L., *Rabat: Urban Apartheid in Morocco*, Princeton, Princeton University Press, 1980; John Western, *Outcast Cape Town*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1981.

crea. El aislamiento impuesto desde el exterior lleva a la intensificación del contacto social y a compartir la cultura en el interior. Los guetos son el producto de una dialéctica móvil y llena de tensiones, de hostilidad externa y afinidad interna, que se expresa como ambivalencia en el nivel de la conciencia colectiva. Así, aunque los judíos europeos protestaron con buenos argumentos contra la relegación dentro de sus distritos excluidos, estaban también profundamente apegados a ellos y agradecidos por la relativa seguridad que les ofrecían y las formas especiales de vida colectiva que mantenían: el gueto de Frankfurt en el siglo XVIII era "no sólo un mundo de confinamiento y persecución, sino un lugar donde los judíos estaban completa y sumamente en casa".²⁵ De manera similar, los negros norteamericanos se enorgullecían de haber "erigido una comunidad a su propia imagen", aun cuando les molestara el hecho de que lo habían hecho bajo presión, como resultado de una incesante exclusión de los blancos cuyo objetivo era alejar el espectro de la "igualdad social", esto es, la mezcla sexual.²⁶

Esta sensación de estar en casa dentro del gueto, en un espacio protegido y protector, es expresada con entusiasmo en el relato en folletín de las desventuras cotidianas de Jesse B. Semple o Simple, el personaje creado por el poeta Langston Hughes para otorgar voz a las aspiraciones de los afroamericanos de las ciudades a mediados del siglo XX. Así es como se expresa respecto a Harlem:

Está completamente lleno de negros, eso me da la sensación de estar protegido.

—¿De qué?

—De los blancos —dice Simple—. Amo a Harlem porque me pertenece. [...] Dices que los edificios no me pertenecen. Pues las calles sí son mías, y te pido que no te

25 Ruth Gay, *The Jews of Germany: A Historical Portrait*, New Haven, Yale University Press, 1992, p. 67.

26 St. Clair Drake y Horace R. Clayton, *Black Metropolis*, *op. cit.*, p. 115.

burles. Ni siquiera los policías se atreven a decir "Circulen". Los tumultos de Harlem les han enseñado algo. [...] No tengo miedo a votar, es otra cosa que amo de Harlem [...]. Las personas son amigables en Harlem, ¡tengo la sensación de tener el mundo en mi cantimplora y el corcho en la mano! Bebamos a la salud de Harlem.²⁷

DESENMAÑANDO EL GUETO

Articular el concepto de gueto permite desenmarañar la relación entre guetización, pobreza urbana y segregación, y por tanto clarificar las diferencias estructurales y funcionales entre los guetos y los vecindarios étnicos. Nos permite también enfatizar el papel del gueto como una incubadora y matriz simbólica para la producción de una identidad estigmatizada en el sentido de Goffman.²⁸

1. *La pobreza es una característica frecuente pero derivativa y variable de los guetos*: el hecho de que la mayoría de los guetos hayan sido históricamente lugares de miseria endémica y con frecuencia de miseria aguda debido a la escasez de espacio, la densidad de población y la explotación económica y el maltrato generalizado de sus residentes no implica que un gueto sea necesariamente un lugar de marginación ni que esté empobrecido de manera uniforme. El *Judengasse* de Frankfurt, instituido en 1490 y abolido en 1811, pasó por períodos tanto de prosperidad como de penuria, y mantenía segmentos de extrema opulencia cuando los judíos de la corte contribuían a que la ciudad se convirtiera en un vibrante centro del comercio y las finanzas: parte de su glamour hasta la fe-

cha proviene de haber sido el hogar ancestral de la dinastía Rothschild.²⁹ James Weldon Johnson insistía en que el Harlem de los años treinta "no era un barrio bajo ni una zona marginal", sino la "capital cultural" de la Norteamérica negra, donde "las ventajas y las oportunidades del negro son mayores que en cualquier otro lugar del país".³⁰ De la misma manera, la "Bronzeville" de Chicago era mucho más próspera a mediados de siglo que las comunidades negras del sur, y albergaba a la mayor y más acaudalada burguesía afronorteamericana de su época.³¹ El hecho de que un gueto sea pobre o no depende de factores externos como la demografía, la ecología, las políticas estatales o la situación de la economía que lo rodea.

Por otra parte, no todas las áreas urbanas desposeídas y decadentes son guetos. Los vecindarios blancos en decadencia de las ciudades en proceso de desindustrialización en el medio oeste de los Estados Unidos y las Midlands británicas, los pueblos rurales deprimidos de la antigua Alemania Oriental y el sur de Italia, y las despreciadas villas miseria del área urbana de Buenos Aires al final del siglo XX son territorios de degradación y descomposición de la clase trabajadora, no reservorios étnicos dedicados a mantener a un grupo excluido en una relación de subordinación y aislamiento.³² No son guetos más que en un sentido metafórico, no importa cuán empobrecidos estén: si las tasas extremas de pobreza bastaran para hacer un gueto, entonces, grandes porciones de la antigua Unión Soviética y la mayoría de las ciudades del tercer mundo serían guetos gigantes. Las *favelas* de las metrópolis brasileñas, frecuentemente descriptas como segregadas madriguera de decadencia y desorganización, resultan ser pabellones de clase trabajadora con redes finamente estratificadas vinculadas

29 Louis Wirth, *The Ghetto*, op. cit., cap. 4.

30 James Weldon Johnson [1930], *Black Manhattan*, Nueva York, Da Capo, 1981, p. 4.

31 St. Claire Drake y Horace R. Clayton, *Black Metropolis*, op. cit.

32 Véase, por ejemplo, el caso de Buenos Aires, analizado por Javier Auyero, *Poor People's Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*, Durham, Duke University Press, 2000. [Ed. cast.: *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 2001.]

27 James Langston Hughes, *Simple Stakes a Claim*, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1957, pp. 20-21.

28 Erving Goffman, *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 1963. [Ed. cast.: *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.]

a la industria y a las zonas acaudaladas, a las que proporcionan mano de obra para el servicio doméstico. Como en los ranchos de Venezuela y las poblaciones de Chile, las familias que habitan esos asentamientos informales abarcan todo el espectro de color y mantienen extensos lazos genealógicos con hogares con mayores ingresos; son "no social y culturalmente marginados, sino que están estigmatizados y excluidos de un sistema de clases cerrado".³³ Dado que no todos los guetos son pobres y que no todas las áreas pobres son guetos, no podemos reducir y confundir el análisis de la formación de guetos con el estudio de los barrios bajos y las zonas de clase baja de la ciudad. Es el error elemental que cometen todos los observadores que, teniendo en mente una imagen vaga del gueto negro norteamericano como zona de desolación urbana, concluyen que hay en Europa una guetización de las zonas populares de la periferia urbana que fundamentan con el crecimiento evidente de la desocupación y la miseria. De allí deducen su segregación o, lo que es peor, lo hacen a partir de las impresiones fugaces de sus habitantes (alcanzaría con que éstos usaran el lenguaje del "gueto" para que sus barrios se convirtieran ipso facto en guetos; también bastaría con que cambiaran de discurso para invertir la guetización).

2. Si bien todas los guetos son segregados, no todas las áreas segregadas son guetos. Los barrios selectos del oeste de París, los exclusivos suburbios de clase alta de Boston, Berna o Berlín, y los "barrios cerrados" que se han multiplicado en ciudades como San Pablo, Toronto o Miami son monótonos en términos de riqueza, ingresos, ocupación y con frecuencia etnia, pero todo eso no basta para que sean guetos. La segregación en ellos es totalmente voluntaria y electiva, y por esa razón no es completamente inclusiva ni perpetua. Los enclaves de lujo fortificados ofrecen "seguridad, sepa-

³³ Janice Perlman, *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Rio de Janeiro*, Berkeley, University of California Press, 1976, p. 195; Aníbal Quijano, *Notas sobre el concepto de marginalidad social*, Comisión para el Reporte Latinoamericano, Santiago de Chile, 1968.

ración, homogeneidad social, equipamiento y servicios" para permitir que las familias burguesas escapen de lo que perciben como "el caos, la suciedad y el peligro de la ciudad".³⁴ Estas islas de privilegio sirven para aumentar y no limitar las oportunidades y proteger los estilos de vida de sus residentes, e irradian un aura positiva de distinción, no una sensación de infamia y temor.

Esto sugiere que la segregación espacial es una condición necesaria pero no suficiente para la formación de un gueto. Para que surja un gueto el confinamiento espacial debe, primero, ser impuesto y abarcar a todos, y segundo, tener sobrepuesta una serie distintiva y duplicativa de instituciones que le permitan al grupo así encerrado reproducirse dentro del perímetro que les fue asignado. Si los negros son el único grupo "hipersegregado" en la sociedad norteamericana, según la expresión de Massey y Denton,³⁵ es porque son la única comunidad que ha combinado la segregación involuntaria con un paralelismo institucional que los atrapan en su propio cosmos social separado e inferior, lo que a su vez reforzó su aislamiento habitacional.

Que incluso la segregación involuntaria al último escalón de la organización urbana no produce *por sí sola* guetos lo demuestra la suerte de las *banlieues* francesas a partir de los años ochenta. Aunque el discurso público las ha denigrado al considerarlas guetos, y sus habitantes comparten una vívida sensación de estar apartados en un "espacio penalizado" plagado por el aburrimiento, la angustia y la desesperanza,³⁶ la relegación a estas deprimidas concentraciones de vivienda pública en la periferia urbana está basada en la clase, no en la etnia; como resultado, son culturalmente heterogéneas y suelen albergar a familias nacidas en Francia junto con inmigrantes de dos docenas de nacionalidades. Sus habi-

³⁴ Teresa Caldeira, *City of Walls: Crime, Segregation and Citizenship in São Paulo*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 264-265.

³⁵ Douglas Massey y Nancy Denton, *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.

³⁶ Colette Pétonnet, *Espaces habités. Ethnologie des banlieues*, París, Calixte, 1982.

tantes sufren no una duplicación institucional sino, por el contrario, la falta de una estructura organizacional creada en el interior que pueda sostenerlos en ausencia de un empleo bien pago y de servicios públicos adecuados. Como las ciudades internas británicas u holandesas y los conglomerados de inmigrantes en las ciudades de Alemania e Italia, las *banlieues* francesas son, sociológicamente hablando, *antiguetsos*.³⁷

Existe un único caso en el viejo continente que se parece hoy a una dinámica clásica de guetización según las cuatro dimensiones especificadas aquí: los rumanos de Europa oriental luego de la caída de la hegemonía soviética y la "transición" a la economía de mercado.³⁸ Los comentaristas franceses, quienes, llevados por el humor político y el rumor mediático, se alarman por la emergencia de los así llamados "guetos de inmigrantes" en los barrios obreros en decadencia de la periferia urbana, muestran confusión conceptual y amnesia histórica.

Por una parte, confunden territorio de pobreza (o degradación del aspecto y de la imagen colectiva) con segmentación étnica, e interpretan equivocadamente una simple segregación, producto combinado del nivel de clase y del origen etnonacional, como un paralelismo institucional (cuya ausencia queda oportunamente disfrazada por la categoría indigesta e indefinida de "comunitarismo"). Por otra parte, olvidan que las poblaciones étnicamente marcadas y provenientes del imperio colonial estaban más segregadas desde el punto de vista espacial y socialmente más aisladas durante las décadas de 1960 y 1970 que en la actualidad, y que entonces llevaban vidas paralelas encerradas en un sector acotado

37 Loïc Wacquant, *Urban Outcasts: A comparative Sociology of Advanced Marginality*, Cambridge, Polity Press, 2008. [Ed. cast.: *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado*, Buenos Aires, México, Madrid, Siglo XXI Editores, 2007.]

38 Nicolae Gheorghe, "Roma-Gypsy Ethnicity in Eastern Europe", en *Social Research* 58, 4, invierno de 1991, pp. 829-844; Iván Szelényi y János Ladányi, *Akirekess-teljeség Válasz Formát*, Budapest, Napvilág, 2004; János Ladányi e Iván Szelényi, "La formation d'un sous-proletariat rom", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 160, diciembre de 2005, pp. 67-88.

del mercado de trabajo poco calificado y en sus instituciones propias de barrios precarios y de las ciudades de la Sonacotra.³⁹ A la inversa del gueto negro norteamericano, justamente esta mezcla de poblaciones autóctonas e inmigrantes en la parte baja de la estructura de clases y de sitios y la suma correlativa de las disparidades que los separan en el contexto de descomposición estructural y funcional de los "territorios obreros" son la fuente de las tensiones y los conflictos que marcan actualmente a esas zonas urbanas.⁴⁰

3. *Los guetos y los vecindarios étnicos tienen estructuras divergentes y funciones opuestas*: ir más allá de una perspectiva gradual para analizar el peculiar modelado de las relaciones sociales dentro del gueto, así como entre éste y la ciudad que lo rodea, pone de manifiesto las diferencias entre el gueto y los conglomerados étnicos o vecindarios de inmigrantes que han formado los recién llegados a las metrópolis en muchos países. Las "colonias" extranjeras de la Chicago de entreguerras que Robert Park, Ernest Burgess y Louis Wirth —y después de ellos la tradición liberal de la sociología y la historiografía asimilacionistas— confundieron con guetos blancos eran constelaciones desperdigadas y móviles nacidas de la afinidad cultural y la concentración ocupacional. La segregación era en ellas parcial y porosa, un producto de la solidaridad de los inmigrantes y la atracción étnica, y no impuesta por una hostilidad desde fuera del grupo. En consecuencia, la separación residencial no fue ni uniforme ni rígida para esos grupos: en 1930, cuando la totalmente negra "Bronzeville" albergaba el 92% de la población afronorteamericana de la ciudad, la pequeña Irlanda de Chicago era "un revoltijo étnico" de 25 nacionalidades, compuesto de sólo un tercio de irlandeses y con un escaso 3% de los habitantes de

39 Aldemayek Sayad y Ellane Dupuy, *Un Nanterre algérien, terre de bidonvilles*, Paris, Autrement, 1995.

40 Loïc Wacquant, "Urban Outcasts: Stigma and Division in the Black American Ghetto and the French Urban Periphery", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 17, 3, septiembre de 1993, pp. 366-383.

ascendencia irlandesa de la ciudad.⁴¹ Lo que es más, las instituciones distintivas de los enclaves de inmigrantes europeos miraban hacia fuera: operaban para facilitar la adaptación al entorno no vedoso de la metrópoli estadounidense. No reproducían las organizaciones de su país de origen ni perpetuaban el aislamiento social y la distinción cultural, y así fueron desapareciendo a lo largo de dos generaciones, según sus usuarios lograban el acceso a sus contrapartes norteamericanas y trepaban en el orden social y la correspondiente escala social⁴² (un proceso similar de difusión espacial mediante la incorporación de clase es presentado por Gérard Noiriel para el caso de los inmigrantes belgas, italianos, polacos y españoles en las ciudades industriales francesas durante la primera mitad del siglo XX).⁴³ Todo esto se halla en agudo contraste con la inmutable exclusividad racial y la duradera otredad institucional del cinturón negro. El ejemplo de Chicago muestra con mucha claridad que el vecindario de inmigrantes y el gueto tienen funciones diametralmente opuestas: uno es un trampolín para la *asimilación* mediante el aprendizaje cultural y la movilidad social y espacial, y el otro es un pabellón de aislamiento material y simbólico orientado hacia la *disimilación*. Al primero lo puede representar un puente y al segundo, un muro.⁴⁴

41 Thomas Lee Philpott, *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle-Class Reform, Chicago 1880-1930*, Nueva York,

Oxford University Press, 1978, pp. 141-145.

42 Humbert S. Nelli, *Italians in Chicago: A Study in Ethnic Mobility*, Nueva York, Oxford University Press, 1970.

43 Gérard Noiriel, *Le Cruel français*, París, Seuil, 1988.

44 Para una demostración detallada de la divergencia profunda entre el gueto negro y las "colonias" de inmigrantes europeos de la primera mitad del siglo XX (judíos de los países del este, polacos, italianos e irlandeses), véanse Stanley Lieberman, *A Piece of the Pie: Blacks and White Immigrants since 1880*, Berkeley, University of California Press, 1980; John Bochar, Roger Simon y Michael P. Weber, *Lives of Their Own: Blacks, Italians and Poles in Pittsburgh*, Urbana, University of Illinois Press, 1982; Olivier Zunz, *The Changing Face of Inequality: Urbanization, Urban Development, and Immigration in Detroit, 1880-1920*, Chicago, University of Chicago Press, 1986, y Gary Gerstle, *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 2001, sobre todo el cap. 5.

UNA MÁQUINA DE PRODUCIR IDENTIDADES MANCHADAS

El gueto no es sólo el medio concreto y la materialización de la dominación etnoracial a través de la segmentación espacial de la ciudad, sino también una potente *máquina de identidad colectiva* por derecho propio, pues contribuye a incrustar y elaborar la división misma de la cual es una expresión de dos formas complementarias y que se refuerzan mutuamente. Primero, el gueto agudiza la frontera entre la categoría excluida y la población que la rodea al profundizar el abismo sociocultural entre ellas: hace a sus residentes objetiva y subjetivamente más disímiles respecto de otros habitantes de la ciudad al someterlos a condicionamientos especiales, de manera que los patrones de cognición y conducta a los que dan lugar tienen todas las posibilidades de ser percibidos desde afuera como singulares, exóticos, incluso aberrantes,⁴⁵ lo que alimenta las creencias prejuiciosas acerca de ellos. Segundo, el gueto es una máquina de combustión cultural que derrite las divisiones entre el grupo confinado y alimenta su orgullo colectivo al mismo tiempo que profundiza el estigma que se cierne sobre él. El entrapamiento espacial e institucional desvía las diferencias de clase y corroe las distinciones culturales en el interior de la categoría etnoracial relegada. Así, el ostracismo de los cristianos fundió a los judíos *ashkenazim* y a los sefaradíes en una sola identidad judía, de manera que desarrollaron un "tipo social" y un "estado mental" comunes en los guetos de Europa.⁴⁶ De manera similar, el gueto norteamericano aceleró la amalgama sociosimbólica de mulatos y negros en una sola "raza" y convirtió la conciencia racial en un fenómeno de masas que alimentó la movilización comunitaria en contra de la continuación de la exclusión de casta.⁴⁷ Sin embargo, esta identidad unificada no puede evitar llevar la

45 Richard Sennett, "Fear of touching", *op. cit.*, p. 244; William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged*, *op. cit.*, pp. 7-8.

46 Louis Wirth, *The Ghetto*, *op. cit.*, pp. 71-88, y Louis Wirth [1956], "The Ghetto", en Albert J. Reiss, Jr. (comp.), *On Cities and Social Life*, Chicago, The University of Chicago Press, 1964, pp. 84-98.

47 St. Clair Drake y Horace R. Clayton, *Black Metropolis*, *op. cit.*, p. 390.

marca de la ambivalencia, ya que sigue estando teñida por el hecho mismo de que la formación del gueto proclama lo que Weber llama la "evaluación negativa del honor" asignada al grupo confiado. Tiene, por lo tanto, una tendencia a fomentar entre sus miembros sentimientos de duda y odio hacia sí mismos; la disimulación del origen, lo que implica que se hacen pasar por otros; la perniciosa derogación de la propia clase, e incluso, una fantasmagórica identificación con la clase dominante.⁴⁸ Y debido a que la formación del gueto suele estar ligada de manera estrecha con la etnicidad, la segregación y la pobreza, es difícil discernir de forma empírica cuáles de las propiedades que presentan los habitantes del gueto son "rasgos culturales específicos del gueto", a diferencia de las propiedades que expresan clase, comunidad o masculinidad.⁴⁹ Asimismo, las formas culturales forjadas en el gueto atraviesan sus fronteras y circulan en la sociedad que los rodea, donde con frecuencia se convierten en signos externos de rebelión cultural y excentricidad social, como lo indica la fascinación de los adolescentes burgueses de todo el mundo por el *rap gángster* de los negros estadounidenses. Esto hace difícil distinguir entre formas culturales efectivamente existentes entre los residentes del gueto y su imagen pública en la sociedad en general (incluyendo la que presentan los escritos académicos).

Es útil pensar en el gueto y el conglomerado étnico como *dos configuraciones ideales típicas situadas en extremos opuestos* de un continuo a lo largo del cual diferentes grupos se pueden ubicar o viajar a través del tiempo, dependiendo de la intensidad con la que se combinen entre sí y los afecten las fuerzas del estigma, la restricción, el confinamiento espacial y la organización institucional. La formación de guetos puede convertirse entonces en una *variable multinivel* para el análisis comparativo y la especificación empírica. Puede ser atenuada hasta el punto en que, a través de la erosión gradual de sus fronteras espaciales,

48 Kenneth B. Clark, *Dark Ghetto*, op. cit., pp. 63-67.

49 Ulf Hannerz, *Soulside: Inquiries into Ghetto Culture and Community*, Nueva York, Columbia University Press, 1969, p. 79.

sociales y mentales, el gueto se convierte en una concentración étnica electiva que opere como un trampolín para la integración estructural y la asimilación cultural en una formación social más amplia.

Esto describe muy bien la trayectoria de los barrios chinos de los Estados Unidos de principios a fines del siglo XX⁵⁰ y el estatus del enclave de inmigrantes cubanos de Miami, que fomentó la integración a través del biculturalismo después del éxodo de Mariel en 1980.⁵¹ También caracteriza las "ciudades Kimchee", en las que los coreanos han convergido en las áreas metropolitanas del Japón, que muestran una mezcla de características que las hacen un híbrido entre el gueto y el conglomerado étnico:⁵² son lugares de infamia que surgieron primero como consecuencia de la enemistad y la restricción, pero a lo largo de los años su población se ha vuelto étnicamente mixta y ello les ha permitido a los coreanos socializar y casarse con vecinos japoneses, así como obtener la ciudadanía japonesa por medio de la naturalización. Este esquema también se ajusta al así llamado gueto *gay*, que estaría mejor caracterizado como una comunidad cuasiétnica, ya que "la mayoría de la gente *gay* puede 'pasar por heterosexual' y no tiene que estar confinada a interactuar con su 'propio tipo', y ninguno se ve forzado a residir en las áreas de concentración visible de instituciones *gay*."⁵³ Las dos caras del gueto, como arma y como escudo, implican que, en la medida en que la solidez de sus instituciones y su autonomía se reducen, su papel protector para el grupo su-

50 Min Zhou, *Chinatown: the Socioeconomic Potential of an Urban Enclave*, Filadelfia, Temple University Press, 1992.

51 Alejandro Portes y Alex Stepick, *City on the Edge: The Transformation of Miami*, Berkeley, University of California Press, 1993.

52 George De Vos y Deakun Chung, "Community Life in a Korean Ghetto", en Changsoo Lee y George De Vos, *Koreans in Japan: Ethnic Conflict and Accommodation*, Berkeley, University of California Press, 1981, pp. 225-251.

53 Stephen O. Murray, "The Institutional Elaboration of a Quasi-Ethnic Community", en *International Review of Modern Sociology*, 9, julio de 1979, p. 169.

bordinado disminuye y corre el riesgo de ser avasallado por su modalidad excluyente. En los casos en que los residentes dejan de tener un valor económico para el grupo dominante, el encapsulamiento etnoracial puede llegar al punto en el que el gueto sirva como un aparato para almacenar al grupo arruinado o prepararlo para la forma final de ostracismo, esto es, la aniquilación física. El primer escenario se ajusta a la evolución del "hipergueto" negro norteamericano en la era posterior a la lucha por los derechos civiles: habiendo perdido su función de reserva de fuerza de trabajo no calificada, ha quedado simbióticamente vinculado al hipertrofiado sistema carcelario de los Estados Unidos mediante una triple relación de homología estructural, sustitución funcional y fusión cultural.⁵⁴ El segundo escenario es el instrumentado por la Alemania nazi que revivió el *Judenghetto* entre 1939 y 1944, primero para empobrecer y concentrar a los judíos con el propósito de reubicarlos y luego, cuando la deportación masiva resultó ser impracticable, para empujarlos hacia los campos de exterminio.⁵⁵ La intensificación descontrolada de su impulso excluyente sugiere que el gueto podría ser estudiado de manera más productiva no en analogía con los barrios bajos urbanos, los vecindarios pobres y los enclaves de inmigrantes, sino en paralelo con la reserva militar, el campo de refugiados y la prisión, como perteneciente a una clase más amplia de instituciones creadas para el confinamiento forzado de grupos desposeídos y deshonrados.

No es coincidencia que el Bridewell de Londres (1555), el Zuchthaus de Amsterdam (1654) y el Hospital General de París (1656), diseñados para infundir la disciplina del trabajo asalariado a los vagabundos, pordioseros y delincuentes físicamente aptos, fueran inventados alrededor de la misma época que el gue-

54 Loic Wacquant, *Deadly Symbiosis: Race and the Rise of Neoliberal Penalty*, Cambridge, Polity Press, 2010.

55 Véanse Philip Friedman, "The Jewish Ghettos of the Nazi Era", en *Roads to Extinction: Essays on the Holocaust*, Nueva York, The Jewish Publication Society of America, 1980, pp. 59-87, y Christopher R. Browning, "Nazi Ghettoization Policy in Poland, 1939-1941", en *Central European History*, 19, 4, 1986, pp. 343-368.

to judío, y que los campos de refugiados de hoy en Ruanda, Sri Lanka y los territorios ocupados de Palestina se parezcan cada vez más a una cruz entre los guetos de la Europa de finales de la Edad Media y gigantescos gulags.

Traducción de Moisés Silva

VI. La penalización de la pobreza y el surgimiento del neoliberalismo

Existe un vínculo estrecho entre el crecimiento del neoliberalismo como ideología y práctica gubernamental, que apoya la sumisión al mercado y la celebración de la "responsabilidad individual" en todos los dominios, y el despliegue y la difusión de las políticas públicas de seguridad activas y ultrarrepresivas, primero en los Estados Unidos y más tarde en Europa; evolución que se puede resumir con la siguiente fórmula: difuminación del Estado económico, debilitamiento del Estado social, fortalecimiento y glorificación del Estado penal.¹

Esta fórmula pretende recordar que no se pueden entender las políticas policiales y penitenciarias en las sociedades avanzadas sin colocarlas en el marco de una transformación más amplia del Estado, ligada a las mutaciones del empleo y al vaivén de la relación de fuerzas entre clases y grupos que luchan por su control. En esta lucha, el gran empresario y las fracciones "modernizadoras" de la burguesía y de la nobleza del Estado son las que, aliadas a la bandera del neoliberalismo, tomaron ventaja y emprendieron una amplia campaña de remodelación de la fuerza pública. La desregulación social, el aumento del trabajo asalariado precario (en un marco de desempleo masivo en Europa y "de miseria laboral" en los Estados Unidos) y el resurgimiento del Estado punitivo van de la mano: la mano invisible del mercado de trabajo precari-

1 Para un análisis más profundo de las causas, los mecanismos y los efectos de la política de penalización de la miseria, inventada y perfeccionada en los Estados Unidos y difundida luego en Europa y América Latina, véase mi libro *Les Prisons de la misère*, Paris, Raison d'agir Éditions, 1999. [Ed. cast.: *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000; Madrid, Alianza Editorial, 2001.]

zado encuentra su complemento institucional en el "puño de hierro" estatal, que vuelve a mostrarse de tal manera que *frena los disturbios generados por la difusión de la inseguridad social*.

La regulación de las clases populares a través de lo que Pierre Bourdieu llama "la mano izquierda" del Estado,² simbolizada por la educación, la salud, la asistencia y la vivienda social, es *sustituida* por —en los Estados Unidos— o *sobreañadida* a —en Europa occidental— la regulación que realiza la "mano derecha" —política, justicia y cárcel—, cada vez más activa e inserta en las zonas inferiores del espacio social. La reafirmación obsesiva del "derecho a la seguridad", correlativa al abandono del "derecho al trabajo" en su antigua forma (esto es, de tiempo completo, con todos los derechos, por un período indeterminado y un salario viable), y el interés en las funciones de mantenimiento del orden y los mayores medios otorgados para ese fin, llegan también en el momento oportuno para satisfacer el *déficit de legitimidad* que sufren los responsables políticos por el hecho mismo de que renunciaron a llevar adelante la misión del Estado en materia económico-social.

El viraje acerca de la seguridad pública negociado por el gobierno de Lionel Jospin en Francia en 1997, por el de Tony Blair en Gran Bretaña y por el de Massimo D'Alema en Italia no tiene mucha relación con la presunta "explosión de la delincuencia de los jóvenes", cuya estadística oficial muestra que sólo es un pequeño petardo, ni con las famosas "violencias urbanas" (término que es un absurdo estadístico y sociológico) que han invadido recientemente los medios de comunicación. En cambio, tiene mucho que ver con la generalización del trabajo asalariado sin sentido social y la instauración de un régimen político que permite imponerla. Régimen que califico de "liberal-paternalista" porque es *liberal* hacia arriba, con respecto a las empresas y las clases privilegiadas, y *paternalista* y punitivo hacia abajo, con los que se encuentran entre la espada y la pared a causa de la reestructuración del empleo y el

2 Pierre Bourdieu, *Contre-feux*, París, Raisons d'agir Éditions, 1998. [Ed. cast.: *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama, 1999.]

retroceso de la protección social o su reconversión en instrumento de vigilancia.

En los Estados Unidos este proceso de recomposición del Estado está más avanzado y es más visible, ya que la desregulación de la economía y el desmantelamiento de la ayuda social fue acompañado por un desarrollo prodigioso del sistema carcelario en un período en que la criminalidad se estanca y luego disminuye.³ Como consecuencia de este viraje político y racial de la década de 1970, que llevó a Ronald Reagan a la Casa Blanca, Estados Unidos se dedicó a sustituir su semiestado providencial⁴ por un Estado policial y penitenciario en el seno del cual la criminalización de la pobreza y el enclaustramiento de las clases desheredadas desempeñaron el papel de una política social hacia los más desposeídos.

Se puede describir de una manera sucinta este advenimiento del Estado penal en los Estados Unidos según cinco modalidades. La primera es el crecimiento apabullante de la población carcelaria: se cuadruplica en 25 años hasta alcanzar hoy dos millones de prisioneros, de los cuales más de un millón fueron condenados por infracciones no violentas. Esta cifra representa casi 800 presos por cada 100.000 habitantes, ocho veces más que en Francia, Italia o Alemania —era dos veces más en 1960— y dos veces el porcentaje de Sudáfrica durante el auge de la lucha contra el *apartheid*.⁵

La segunda es el aumento continuo de la tutela judicial a través de la conmutación de la pena y de la libertad condicional, tutela que se ejerce en la actualidad sobre seis millones de estadounidenses.

3 Véase Waquant, Loïc, "L'ascension de l'Etat pénal en Amérique", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 124, septiembre de 1998, pp. 7-26.

4 Se traduce *État-providence* como Estado providencial, en vez de Estado benefactor (al que se hace referencia más comúnmente), a fin de mantener la consonancia con el "Estado penitencia", en *État-pénitence*, términos que aparecen en *Les prisons de la misère*, op. cit. [N. del T.]

5 Representa el segundo récord mundial detrás de Rusia, que regresó también a niveles de encarcelamiento dignos de la era del Gulag desde su conversión a la economía de mercado.

ses, es decir, uno de cada 20 hombres y un joven negro de cada tres, y que ha ido aumentando también por la existencia del fichaje genético y la proliferación de bancos de datos de delincuentes, algunos disponibles en Internet. (Una nueva era del panoptismo penal comenzó en 1994 con la votación, por parte del Congreso estadounidense, de la Ley de Identificación mediante ADN, que creó, bajo el amparo del FBI, un banco nacional de datos genéticos que empezó a funcionar en 1998 y que en cierto tiempo contendrá el "perfil de ADN" de todos los que tengan una condena penal e incluso de las personas detenidas por los servicios de policía.) La tercera tendencia es la decuplicación de los medios de las administraciones penitenciarias, que se han convertido en el tercer empleador del país, con más de 600.000 funcionarios, apenas por debajo de la primera compañía del mundo por su volumen de negocios, General Motors, y del gigante de la distribución, Wal-Mart, cuando en el mismo período los presupuestos de los servicios sociales, de salud y de educación sufren recortes drásticos: 41 % menos para la ayuda social contra un aumento del 95 % para las cárceles solamente durante la década de 1980.

Sin embargo, aun sin el recorte del presupuesto a los servicios sociales, el "gran encierro" de los pobres e indigentes en los Estados Unidos no hubiera sido posible sin la contribución del sector privado: el encarcelamiento con fines lucrativos aparece nuevamente en 1983 para adueñarse del duodécimo lugar del "mercado" nacional, es decir, el equivalente a unos 150.000 presos, tres veces la población penitenciaria de Francia. Estas compañías, que coizan en la bolsa en el mercado Nasdaq, anuncian niveles de crecimiento y ganancias récord y son las consentidas de Wall Street. La "nueva economía" estadounidense consta no sólo de Internet y las tecnologías de la información, ¡es también la industria del castigo! A título informativo, las cárceles estatales de California emplean dos veces más asalariados que Microsoft. La última tendencia no es menos reveladora, ya que se trata del "ennegrecimiento" continuo de la población penitenciaria, lo que hizo que en 1989, por primera vez en la historia, la población afroamericana haya aportado la mayoría de los presos, cuando antes representaba el 7 % de la población del país. La cárcel se volvió un

sustituto del gueto cuando éste entró en crisis como consecuencia de la ola de disturbios urbanos de los años sesenta.⁶

La política de seguridad pública llamada *law and order* [ley y orden], que se desarrolló durante este período y alimentó la hiperinflación carcelaria, fue primero una respuesta a los movimientos sociales, y particularmente a los avances del movimiento negro de reivindicación (lo atractivo de las políticas de seguridad pública proviene en gran parte del hecho de que permiten expresar en un discurso aparentemente cívico —asegurar la paz y la tranquilidad de los ciudadanos— el rechazo a la demanda negra de igualdad, como en Europa hoy en día el rechazo xenófobo a los inmigrantes del tercer mundo). La derecha estadounidense se lanzó entonces a un amplio proyecto de rearmamento intelectual mediante la creación de los *think tanks*, comités de asesoramiento en políticas públicas que servirían de plataforma de lanzamiento ideológico a la guerra contra el Estado providencial, indisociable del rechazo a la integración de los afroamericanos.

Una vez ganada la batalla contra el sector asistencial del Estado, estos institutos se dedicaron a promover su sector represivo: a "menos Estado" social y económico le corresponde "más Estado" policial y penal en materia de justicia. Por ejemplo, en Nueva York, fue el Manhattan Institute, creado en 1978 por exhortación de Anthony Fischer, mentor de Margaret Thatcher, el que resucitó y promovió la llamada teoría de las "ventanas rotas" (científicamente desacreditada) a fin de legitimar la política de "tolerancia cero" del alcalde republicano Rudolph Giuliani.

Justificada por la teoría de las "ventanas rotas", esta política efectuó una nueva "limpieza de clase" del espacio público al echar a los

6 En cuanto a este aspecto controversial acerca del hipercarcelamiento en los Estados Unidos, véase Wacquant, Loïc, "La prison comme substitut du ghetto: la nouvelle 'institution particulière' de l'Amérique", en *Agone. Philosophie, Critique, Littérature*, 24, octubre de 2000, pp. 17-33. [Ed. cast.: "La nueva 'institución peculiar' de los Estados Unidos. Sobre la prisión como sustituto del gueto", en *Pollach. Cuaderno de Antropología y Semiótica*, II, 2, 2005, pp. 157-168.]

7 Se encontrará una refutación teórica y empírica devastadora de esta supuesta teoría (que nunca recibió ni la más mínima prueba en los

pobres amenazantes (o percibidos como tales) fuera de calles, parques, trenes, y al apelar al arresto masivo y a la denuncia sistemática a la autoridad penal por los más mínimos desórdenes o perturbaciones en el espacio público. A fin de aplicarla, el jefe de la policía de Nueva York transformó su administración en una verdadera empresa de seguridad, para lograr cumplir a toda costa con objetivos cuantitativos mensuales de disminución de la delincuencia, gracias a la contratación de 12.000 nuevos agentes, para llegar a un total de 48.000. Esta cifra se puede comparar con los 13.000 empleados de los servicios sociales de la ciudad que quedaron después de una importante disminución del 30% de sus efectivos durante cinco años. Esto se traduce en hostigamiento permanente a jóvenes negros e inmigrantes en la calle, arrestos masivos y a menudo abusivos en los barrios pobres, el colapso inaudito de los tribunales, el crecimiento continuo de la población penitenciaria (130.000 personas pasan por las puertas de Rikers Island cada año, casi dos veces las entradas en prisión registradas en toda Francia) y un clima de desconfianza y hostilidad abiertas entre la policía y los neoyorquinos afroamericanos y latinos. Luego de la muerte de Amadou Diallo, Malcolm Ferguson y Patrick Dorismond, tres jóvenes negros asesinados sin motivo en un año por policías –incidentes reveladores de la banalización de la violencia policial–, esta política agresiva de mantenimiento del orden fue muy criticada en la propia ciudad de Nueva York, incluso por sus principales beneficiarios, la clase media blanca. No obstante, esto no impidió a algunos de nuestros políticos, finos criminólogos, proponer importarla a Francia.

De igual manera que la ideología neoliberal en materia económica descansa en la separación hermética entre lo económico (sustentablemente regido por el mecanismo neuro, fluido y eficiente del mercado) y lo social (habitado por lo arbitrario e imprevisible de las pasiones y los poderes), la nueva *doxa* penal que se difunde hoy

Estados Unidos y que los ideólogos franceses de la nueva corriente penalista *made in USA*, sin embargo, se apresuraron a importar al hexágono) en el artículo de Bernard E. Harcourt, "Reflecting on the Subject: a Critique of the Social Influence Conception of Deterrence, the Broken Windows Theory, and Order Maintenance Policing New York Style", en *Michigan Law Review*, noviembre de 1998, pp. 291-389.

desde los Estados Unidos por el continente europeo, pasando por el Reino Unido, postula un corte claro y definitivo entre las circunstancias (sociales) y el acto (delictivo), las causas y las consecuencias, la sociología (que explica) y el derecho (que regula y sanciona). El mismo modo individualista de razonar sirve para devaluar el punto de vista sociológico, implícitamente denunciado como algo que desmoviliza y vuelve irresponsable –por lo tanto, infantil e incluso feminizante–, para sustituirlo por la retórica viril de la rectitud y la responsabilidad individual, hábilmente planteada para desviar la atención de las renuncias colectivas en materia de ordenamiento urbano, escolar y económico, empezando por las del Estado. Es lo que indica la declaración ideal-típica del primer ministro francés Lionel Jospin en una entrevista paradójicamente titulada "Contre la pensée unique internationale" [Contra el pensamiento único internacional], que parecería haber salido de boca de un ideólogo de la derecha estadounidense:

Desde nuestra toma de posesión, hemos insistido en los problemas de seguridad. Prever y sancionar son los dos polos de la acción que llevamos. Estos problemas están ligados a fenómenos graves de urbanismo mal controlados, de desestructuración familiar, de miseria social, pero también de falta de integración de una parte de la juventud que vive en los barrios bajos de la periferia. Pero éstos no son, sin embargo, una excusa para que se den comportamientos individuales delictivos. No hay que confundir la sociología con el derecho. Cada cual sigue siendo responsable de sus actos. Mientras se admitan excusas sociológicas y no se denuncie la responsabilidad individual, no se resolverán esas cuestiones.⁸

Las causas colectivas son reducidas a la categoría de "excusas" a fin de justificar ciertas sanciones individuales, las cuales, puesto que

8 "Mr. Jospin contre la pensée unique internationale. Un entretien avec le Premier Ministre", en *Le Monde*, 7 de enero de 1999.

son claramente incapaces de influir en los mecanismos generadores de conductas delictivas, no pueden tener otra función que la de reafirmar en un nivel simbólico la autoridad del Estado (con miras a conseguir dividendos electorales) y reforzar en lo material su sector penal, en detrimento de su sector social. Por eso, no sorprende volver a encontrar esta misma filosofía individualista y liberal en una gran cantidad de discursos del ex presidente norteamericano George Bush padre, entre ellos la "Alocución a los alumnos a propósito de la guerra contra la droga" de 1989:

Debemos elevar la voz y corregir una tendencia insidiosa, la tendencia que consiste en imputar el delito a la sociedad en vez de atribuirlo al individuo. [...] En lo que a mí concierne, como la mayoría de los estadounidenses, pienso que podremos empezar a construir una sociedad más segura si primero nos ponemos de acuerdo en cuanto al hecho de que *no es la sociedad misma la responsable del delito: los responsables del delito son los delincuentes*.⁹

En marzo de 1999, durante una intervención en video en los "Rencres nationaux des acteurs de la prévention de la délinquance"—designación que merecería por sí sola toda una exégesis: su función es hacer un contrapeso discursivo a la "policialización" debida a la miseria en los ex barrios obreros abandonados por el Estado—, la ministra de Justicia francesa Élisabeth Guigou pone énfasis en la necesidad imperativa de disociar las causas sociales de la responsabilidad individual, conforme al esquema básico de la visión neoliberal del mundo social. En su discurso utiliza incluso formas reaganianas para fustigar una "cultura de la indulgencia" custodiada por los

⁹ Citado por Katherine Beckett y Bruce Western, "Crime control, American style", en Penny Green y Andrew Rutherford (comps.), *Criminal Justice in Transition*, Oxford, Hart Publishing, 2000, pp. 15-32. [El destacado es mío.] ¿Será por tener mala conciencia por seguir la *doxa* penal neoliberal llegada de los Estados Unidos o más bien por denegación sincera por lo que Jospin se ensaña en afirmar en esta entrevista que "el mundo necesita una Francia que no sea banal, que no sea la del pensamiento único internacional"?

programas de "prevención", lo que remite en forma categórica de la precariedad al utopismo a los partidarios de las políticas de tratamiento social:

Nuestro viraje decisivo debe ser para todos un viraje hacia el *principio de realidad*. ¿Quién no ve que ciertos métodos de prevención cultivan, a veces en forma inadvertida, cierta cultura de la indulgencia que hace *irresponsables* a los individuos? ¿Se puede construir la autonomía de un joven concediéndole siempre que sus infracciones tienen causas *sociológicas*, incluso *políticas*—en las cuales muchas veces no hubiera pensado solo— cuando una multitud de sus semejantes, que viven exactamente en las mismas condiciones sociales, no cometen ningún delito?¹⁰

El propio Ronald Reagan no olvidaba mencionar este mismo "principio de realidad", como lo indican sus observaciones durante la cena del Comité de Acción Conservador en 1983:

Es demasiado evidente que lo esencial de nuestro problema de delincuencia fue causado por una filosofía social que concibe al hombre principalmente como producto de su entorno material. Esta misma filosofía de izquierda, que tenía la intención de hacer surgir una era de prosperidad y de virtud a través del gasto público masivo, ve a los criminales como productos, víctimas de malas condiciones socioeconómicas o del hecho de ser descendientes de un grupo no favorecido. Es la sociedad, decían, y no el individuo, quien falla cuando se comete un delito. La culpa es nuestra. Pero bueno, hoy un nuevo consenso rechaza totalmente ese punto de vista.¹¹

¹⁰ "Le gouvernement veut allier prévention et répression contre la délinquance", en *Le Monde*, 20 de marzo de 1999. [El destacado es mío.]

¹¹ Citado por Catherine Beckett y Bruce Western, "Crime control, American style", *op. cit.* El "nuevo consenso que ya no se limita a la sociedad estadounidense".

En fin, nos damos cuenta de hasta qué punto esta visión individualista de la justicia social y penal trasciende la separación política tradicional entre gobiernos de derecha e izquierda en Francia al constatar que el diputado de Essonne¹² y miembro del gabinete político del *Rassemblement pour la République*,¹³ Nicolas Dupont-Aignan, hacía exhortaciones idénticas a las de Elisabeth Guigou casi en el mismo momento en una cátedra titulada "Violencia urbana: el engraje", publicada en una columna central del periódico *Le Figaro*.

A fuerza de disculpar siempre a los autores de la violencia urbana, se corre el riesgo de fomentar los fenómenos de delincuencia. [...] Sea cual fuere la razón profunda y real de la fractura social, es inaceptable buscar excusas para actos inexcusables. ¿Los tres millones de desempleados están autorizados hoy a robar, saquear y dañar? [...] ¿Por qué Francia no seguiría el ejemplo del ministro del Interior de Gran Bretaña, quien lanzó el programa "No más excusas"? En pocas palabras, no dejar pasar nada, sancionar desde el primer delito.¹⁴

Este diputado temerario, al exhortar a la guerra contra los nuevos bárbaros de la ciudad, ironizaba –pero sin saberlo–, en segundo término: "Es cierto que este ministro debe de ser un poco fascista: ¡es un laborista inglés!". Ignoraba, así, por las necesidades de la causa política, que el ministro del Interior del gobierno de la "izquierda plural" en el poder ya había mostrado su deseo de imitar el modelo inglés, durante el Coloquio de Villepinte sobre la seguridad de las ciudades (presunto antónimo de las "violencias urbanas") en noviembre de 1997.

La importación transatlántica de la retórica neoliberal de la "responsabilidad" individual, el despliegue de la doctrina neoyorquina

12 Provincia al sur de la región parisina. [N. del T.]

13 Partido político de derecha. [N. del T.]

14 Nicolas Dupont-Aignan, "Violence urbaine: l'engrenage", en *Le Figaro*, 20 de mayo de 1999, p. 2.

de "tolerancia cero" y la canonización precipitada de la seguridad como tema electoral prioritario y terreno de reafirmación de la potencia de un Estado que se afectó a sí mismo de impotencia económica y social no significa que Francia, y con ella los demás países de Europa con una tradición estatal fuerte, católica o socialdemócrata, se dirijan hacia una duplicación servil del modelo estadounidense, es decir, que vaya a dar un vuelco claro y abrupto del tratamiento social al tratamiento penal de la pobreza incrementado por una *penitenciación* a ultranza. Francia está más bien inventando a tientas una "vía europea" (francesa, italiana, alemana) hacia el Estado penal, la cual se caracteriza por una doble acentuación conjunta de la regulación social y penal de la inseguridad social. Así es como se hace a la vez más social y más penal: por un lado, se multiplican los contratos *emploi solidarité* y los empleos sociales para jóvenes, se aumentan simbólicamente algunos beneficios sociales básicos, se amplían la Retribución Mínima para la Inserción y la cobertura médica, entre otras acciones. Por otro, se ubica a policías de la Compañía Republicana de Seguridad en puestos fijos en los barrios "sensibles", se sustituye al educador por un juez cuando hay que hacer un llamado a la ley; se adoptan decretos contra la mendicidad totalmente ilegales; se niega el ajuste de las normas de detención provisional, en el caso de las comparecencias inmediatas, a las normas de los casos de instrucción porque hay que luchar contra la supuesta "violencia urbana" (concediendo de hecho a los jóvenes de los barrios periféricos en decadencia una "prima de encarcelamiento"); se acrecientan las penas por reincidencia; se acelera la deportación de extranjeros sometidos a la doble pena y prácticamente se elimina la libertad condicional.

La segunda diferencia entre los Estados Unidos y Francia (más los otros países de Europa continental) es que la penalización de la miseria a la francesa se lleva a cabo más a través de la policía y de los tribunales que por medio de la cárcel, ya que se tiende antes a la vigilancia diferencial que al encarcelamiento generalizado. Esto es, obedece a una lógica panóptica más que segregativa y retributiva. Resulta que los servicios sociales (y con ellos los demás órganos del Estado social: institutos de viviendas sociales, educación nacional, ayuda social, etc.) están orientados a tomar parte activa en

esta lógica, ya que disponen de los medios informáticos y humanos para ejercer un seguimiento cercano de las poblaciones consideradas difíciles, lo que llamo el "panoptismo social". Ahora bien, este deslizamiento hacia la tutela policial y penal "suave" de las clases y los grupos marginados marca una ruptura fundamental del pacto social republicano, ya que crea nuevamente ciudadanos de segunda categoría, sometidos a un control permanente, activo y puntilloso de las autoridades. Aún nos falta averiguar si esta vía europea es una verdadera alternativa a la penitenciaria al estilo estadounidense o si es sólo una etapa hacia el encarcelamiento masivo: si se saturan de policías los barrios relegados sin que allí mejoren la calidad de vida y el empleo, es seguro que aumentarán los arrestos y las condenas penales y, por lo tanto, después de cierto tiempo, la población penitenciaria. ¿En qué proporciones y con qué efectos?

Por eso es imperativo abrir un debate sobre los costos y las consecuencias a mediano y largo plazo de la tendencia al tratamiento penal de un conjunto de problemas y de condiciones que todavía hace poco tiempo dependían de los sectores educativo, social y aun político (la creciente represión judicial de las acciones sindicales encuentra una ilustración caricaturesca en el proceso de José Bové y los militantes de la Confederación Campesina implicados en el desmantelamiento del McDonald's de Millau). Ni el trabajo asalariado precario, que algunos intentan presentarnos como una especie de necesidad natural (también llegada de los Estados Unidos), ni el hecho de recurrir a la policía y a la cárcel son una fatalidad: es cuestión de elecciones políticas, que conviene hacer con pleno conocimiento de causa y de consecuencia.

Oponerse a la penalización de la precariedad requiere efectuar una triple batalla. Primero, en el nivel de las palabras y los discursos, es necesario someter la importación de pseudoteorías elaboradas por comités de expertos en políticas públicas estadounidenses a un control aduanero que posea la forma de una crítica lógica y empírica rigurosa, y frenar los desplazamientos semánticos que llevan, por un lado, a comprimir el espacio del debate (al limitar, por ejemplo, la noción de inseguridad a la de inseguridad física, con lo que se excluye la inseguridad social y económica) y, por otro, a hacer común el tratamiento policial y judicial de las tensio-

nes relacionadas con el aumento de las desigualdades sociales (gracias al empleo de nociones confusas e incoherentes como la de violencia urbana). En el campo de las políticas, y después en el de las prácticas judiciales, es necesario oponerse a la multiplicación de los dispositivos que tienden a "ampliar" la red penal y proponer, cada vez que sea posible, una alternativa social, sanitaria o educativa que muestre cómo estas últimas tratan el problema desde su raíz, cuando la vigilancia policial y el encarcelamiento a menudo no hacen más que agravar y acrecentar los problemas que se supone van a resolver. Se sabe que el encarcelamiento, además de afectar sobre todo a las capas sociales más desprovistas (desempleados, indigentes, extranjeros), es de por sí una formidable maquinaria para pauperizar.¹⁵ Es útil, de paso, no olvidar las condiciones y los efectos deletéreos de la detención hoy en día, no sólo en los reos, sino también en sus familias y barrios.

En fin, urge crear vínculos entre militantes e investigadores de los campos penal y social, entre sindicalistas y militantes de los sectores social y educativo, y sus homólogos que actúan en torno a las cuestiones policial y penitenciaria, tanto en el ámbito francés como en el del resto de Europa, a fin de optimizar los recursos intelectuales y prácticos que hay que invertir en esta lucha. Hay un formidable cúmulo de conocimientos prácticos, políticos y científicos que explotar y compartir a escala continental. Porque la verdadera alternativa a la tendencia a la penalización de la miseria, suave o dura, sigue siendo la construcción de un Estado social europeo digno de tal nombre.

Traducción de Bertrand Borgo Sallabardenne

15 Véanse Anne-Marie Marchetti, *Pauprétés en prison*, Cérès, Ramonville Saint-Ange, 1997, y Francine Cassan, Laurent Toulemon y Annie Kensey, "L'histoire familiale des hommes détenus", en *INSEE Première*, 706, abril de 2000.

VII. La escoria de la sociedad de mercado

Los Estados Unidos viven un sobreencarcelamiento que sirve más para administrar a la "gentuza" que incomoda que para luchar contra los crímenes violentos, cuyo espectro atormenta a los medios de comunicación y nutre una floreciente industria cultural del miedo a los pobres, entre otros.

Los programas de televisión *Los más buscados*, *Rescate 911* (el número de emergencias) y *Policías* difunden en los horarios centrales videos reales de agentes de la policía que intervienen en los barrios pobres de negros y latinos, para detener a personas y, con el mayor desprecio por sus derechos, humillarlas frente a las cámaras.¹ Una prueba de tal sobreencarcelamiento es el número de condenados a prisión por crímenes violentos, que aumentó el 86% entre 1985 y 1995, mientras que el número de detenidos por disturbios en la vía pública y por infracción a la legislación sobre estupefacientes experimentó un aumento del 187% y el 478%, respectivamente. Los primeros contribuyeron con el 39% al crecimiento de la población carcelaria durante ese período; los segundos, con el 43%.²

1 Mark Fishman y Gray Cavender (coords.), *Entertaining Crime: Television Reality Programming*, Nueva York, Aldine, 1998.

2 Christopher J. Mumola J. y Allen J. Beck, *Prisoners in 1996*, Washington: United States Department of Justice/Office of Justice Programs/Bureau of Justice Statistics, 1997, pp. 10 y 11.

EL ENCARCELAMIENTO COMO COMBATE A LA DROGADICCIÓN

Las tendencias anteriores son considerables en los estados que encabezan el "Top 10" carcelario. Así, al inicio de la década de 1990, de 100 personas condenadas a prisión en Texas, 77 habían cometido sólo cuatro categorías de infracciones menores: posesión y transporte de droga (22% y 15%), robo y allanamiento de morada (cerca del 20% cada uno). Y más de la mitad de los condenados, según la legislación sobre estupefacientes, habían sido detenidos por posesión de menos de un gramo de droga.³ California, "rival" de Texas en la carrera por el encarcelamiento, multiplicó por cuatro su población carcelaria entre 1980 y 1993. Este crecimiento se debe, en el 75% de los casos, al enclaustramiento de delincuentes no violentos y en particular de toxicómanos.

En 1981 los prisioneros condenados por infracción a la legislación sobre estupefacientes (ILE) representaban apenas el 6% de la población penitenciaria de California; en 1997 ese porcentaje se cuadruplicó y se acercó al 27%. El aumento de casos de encarcelamiento por tenencia o comercio de drogas es espectacular en las mujeres, ya que pasó del 12 al 43%. Mejor que la medida en masa (la cual da una importancia desproporcionada a las condenas anteriores y a las largas condenas por crímenes violentos), la estadística de flujos muestra con claridad el papel clave de la campaña de represión penal contra la toxicomanía callejera en la hiperinflación carcelaria estadounidense. En menos de 20 años el número de condenados admitidos en las penitenciarías de California por ILE saltó de menos de 1000 a comienzos de 1980 a más de 15.000 en 1997 (de un total de 47.000), cuando todas las encuestas de consumo llegan a la conclusión de que el uso de estupefacientes se mantuvo estable durante este período. Cada año desde 1988, el contingente de condenados por ILE es superior al de los que entran por delitos contra el patrimonio, así como al

grupo de los nuevos condenados por violencia. El porcentaje de encarcelamiento por posesión o venta de droga (sin tomar en cuenta el número de reclusiones preventivas) se multiplicó por 10 en 15 años, y pasó de 4 presos cada 100.000 habitantes en 1980 a 46 cada 100.000 en 1997; a lo largo del mismo período, la tasa de encarcelamiento por delitos cometidos contra el patrimonio se duplicaba: de 16 a 30 detenidos cada 100.000, y alcanzaba así la de los delitos cometidos contra las personas, que sólo aumentaba de 26 a 37 cada 100.000. Una vez más, la diferencia es más significativa en el caso de las mujeres, para las cuales la tasa de encarcelamiento por drogas se multiplicó por 15 en 15 años, y representa cuatro veces más que la tasa de encarcelamiento por delitos contra las personas (7,7 contra 2,0 cada 100.000).⁴

Es evidente que desde la mitad de la década de 1980, para los dos sexos, la ILE se volvió el primer motivo de encarcelamiento en California y en los demás estados que lideran el hiperencarcelamiento. Es importante recordar que el 80% de los arrestos con base en la legislación sobre estupefacientes se realizan por simple posesión de drogas, y que el 60 y el 36% de los detenidos por ILE en las mazmorras municipales y en las cárceles de Estado, respectivamente, eran consumidores de drogas en el momento de su última transgresión.⁵ Esto muestra que, en la práctica, la "guerra contra la droga" se reduce a una política de enclaustramiento de los adictos, cuya locomotora es el gobierno federal (véase cuadro 1). Después de haber disminuido durante los años setenta, el número de presidiarios de las penitenciarías federales condenados por ILE estalló del 25% del total de la población carcelaria en 1980 al 60% en 1995. Constituye el 71% del crecimiento apabullante de la población consignada en esos establecimientos.

4 California Department of Corrections (CDC), *Historical Trends: Institution and Parole Population, 1976-1996*, Sacramento, CDC, 1997, cuadro 4a.

5 Christopher J. Mumola y Thomas P. Bonczar, *Substance Abuse and Treatment of Adults on Probation, 1995*, Washington, Bureau of Justice Statistics, 1998, p. 3.

3 Tony Fabello, *Sentencing Dynamics Study*, Austin, Criminal Justice Policy Council, 1993.

Los adictos llenan las cárceles federales

Año	1975	1980	1985	1990	1995
Número total de detenidos	23.566	24.252	40.505	57.331	89.564
Condenados por ILE*	27%	25%	34%	52%	60%

*ILE: infracciones a la legislación sobre estupefacientes.
Fuente: Federal Bureau of Prisons (FBP), *Quick Facts 1998*, Washington, FBP, 1999.

Según la Comisión de Sentencias de los Estados Unidos, apenas el 11% de los condenados por ILE en los tribunales federales son peces gordos y el 55% está conformado por infractores menores cuyo único error tal vez haya sido encontrarse, como dice el dicho del gueto, "en el lugar equivocado en el momento equivocado".⁶ Padres, amigos y simples conocidos de un supuesto pequeño traficante pueden ser condenados por asociación a penas que llegan incluso hasta a cadena perpetua. Esto, en virtud de las disposiciones que autorizan a los fiscales federales a acusar por "conspiración con objetivo de distribuir estupefacientes" a cualquier persona asociada de lejos o de cerca a la más mínima transacción de droga, sólo con dar crédito a un testigo visual (no se exige ninguna prueba material, el fiscal ni siquiera tiene que presentar la droga implicada como cuerpo del delito, y los miembros del jurado no son informados sobre las penas obligatorias y sin derecho a fianza que se les pueden aplicar a los acusados). El tratamiento penal expeditivo y drástico sustituye así el tratamiento médico, al que los toxicómanos de las clases populares no tienen acceso debido al desamparo en el que se encuentran los servicios de salud pública.

6 United States Sentencing Commission, *Special Report to Congress: Cocaine and Federal Sentencing Policy*, Washington, Government Printing Office, febrero de 1995.

EL ENCARCELAMIENTO COMO SUSTITUTO DE LA ATENCIÓN MÉDICA

El destino de los enfermos mentales proporciona una verificación experimental trágica de la hipótesis del vínculo causal y funcional entre el deterioro del Estado social y la prosperidad del Estado penal. Junto con los toxicómanos y los *homeless* [los "sin techo"], los enfermos mentales han sido las primeras víctimas del retroceso de la protección médica y, al mismo tiempo, los principales "beneficiarios" de la expansión del sistema carcelario estadounidense. Se estima que más de 200.000 enfermos mentales graves (esquizofrénicos, maniaco-depresivos o depresivos clínicos) se pudren hoy tras los barrotes, la mayoría por no haber tenido acceso a los tratamientos necesarios. Un examen de una muestra representativa de 728 nuevos presos en el reclusorio preventivo de Chicago, en 1993, estableció que el 30% presentaba disturbios psiquiátricos agudos (que no eran alteración de la personalidad), y el 29%, una dependencia psicotrópica al momento de ser encerrados.⁷ Por lo menos una quinta parte de los menores encarcelados en los Estados Unidos, 20.000 jóvenes, sufren de afecciones psíquicas. En California, esta proporción se verifica en el 44% de los jóvenes y el 64% de las jóvenes; en Virginia, el 10% de los jóvenes detenidos requiere cuidados psiquiátricos intensivos y otro 40%, un tratamiento continuo. Y tal como en el caso de los adultos, la incidencia de la patología mental en los adolescentes está muy relacionada con el consumo de estupefacientes.⁸

7 Linda A. Teplin, "Psychiatric and Substance Abuse Disorders Among Male Urban Jail Detainees", en *American Journal of Public Health*, 84, 2, febrero de 1994, pp. 290-293. En un estudio anterior se encontró que los internos de reclusión preventiva de Chicago presentaban una tasa de morbilidad mental y de toxicomanía tres veces superior a la del promedio de los hombres de la ciudad (véase Daniel Evt Kagan, "Landmark Chicago Study Documents Rate of Mental Illness Among Jail Inmates", en *Corrections Today*, 52, 7, diciembre de 1990, pp. 164-169).
8 John F. Edens y Randy K. Otto, "Prevalence of Mental Disorders Among Youth in the Juvenile Justice System", en *Focal Point: A National Bulletin on Family Support and Children's Mental Health*, 11, primavera de 1997, p. 7. Las cifras sobre jóvenes californianos fueron

Un antiguo responsable del pabellón psiquiátrico del hospital de la Cárcel Central para Hombres en Los Ángeles, California, explica que "los pacientes que hoy examinamos en el reclusorio preventivo son los mismos que acostumbrábamos examinar en los hospitales psiquiátricos hace unos veinte años".⁹ Esto debido a la política de cierre de los grandes hospicios públicos de ese país, en donde el número de pacientes bajó de 559.000 en 1955 a 69.000 en 1995. En teoría, los "centros comunitarios" debían hacerse cargo de esos pacientes, pero las clínicas comunitarias que sustituían a los hospicios no se construyeron debido a la falta de financiamiento público, por lo que los centros existentes decayeron a medida que las empresas privadas de seguro médico se retiraban y que la cobertura médica del Estado federal disminuía; al mismo tiempo, el número de estadounidenses desprovistos de seguro médico batía todos los récords.

La "desinstitucionalización" de los enfermos mentales del sector médico se tradujo entonces en su "reinstitucionalización" en el sector penal, después de haber transitado durante cierto tiempo como *homeless*: se calcula que el 80% de ellos en los Estados Unidos pasaron por una institución carcelaria o psiquiátrica.¹⁰ La mayoría de las infracciones por las que estas personas son encarceladas consisten en "disturbios en la vía pública", que muchas veces no son más que la manifestación de sus disturbios mentales.

proporcionadas por la Oficina de Información de la California Youth Authority en abril de 1999.

9 Citado en "Asylums Behind Bars: Prisons Replace Hospitals for the Nation's Mentally Ill", en *The New York Times*, 5 de marzo de 1998. El traspaso de los enfermos mentales del sistema hospitalario al sistema carcelario se confirma por un análisis estadístico profundo de los datos nacionales realizado por George Palermo, Maurice Smith y Frank Liska, "Jails Versus Mental Hospitals: A Social Dilemma", en *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 35, 2, verano de 1991, pp. 97-106.

10 Martha Burt, *Over the Edge: The Growth of Homelessness in the 1980s*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1992, p. 57. Las cifras sobre la población de los hospitales públicos han sido extraídas de Beatrice A. Rouse, *Substance Abuse and Mental Health Statistics*, Washington, Department of Health and Human Services, 1998. Para una revisión general de esta política de salud mental, véase David Mechanic y

Consideremos una muestra de los motivos de arresto de enfermos mentales recién "desterrados" de un hospital, en el cual seguían un tratamiento médico, en virtud de la política llamada de desinstitucionalización:

- Un joven se apoderó de un vehículo 4x4 y chocó contra la virrina de una tienda porque había visto ahí un dinosaurio que estaba a punto de saltarle encima.
- Una joven comió innumerables veces en restaurantes de los que se fue sin pagar la cuenta porque, según ella, no necesitaba hacerlo, ya que era la reencarnación de Jesucristo.
- Un hombre siguió a dos individuos hasta el vestíbulo de un hotel de lujo de Nob Hill [el barrio rico de San Francisco, California]. Era un artista desvalido pero no desprovisto de talento, que estaba convencido de que esos individuos eran agentes del FBI responsables por el rapto de su protectora.
- Una mujer de cierta edad comenzó a gritar y hacer acusaciones en un restaurante repleto de comensales, cuando un cliente que había terminado su comida intentó pasar al lado de su mesa. En ese momento ella tomó el broche de su sombrero y, según lo que consta en el informe policial, lo clavó en la nalga derecha del cliente.
- Mientras andaba por la calle en medio de la muchedumbre, un joven se dio vuelta de repente para golpear a una mujer que caminaba detrás: estaba seguro de que ella tenía un rayo láser que estaba apuntando a sus testículos e intentando volverlo estéril.¹¹

David A. Rochefort, "Deinstitutionalization: An Appraisal of Reform", en *Annual Review of Sociology*, 16, 1990, pp. 301-327.

11 Todos estos casos están reseñados en Cary E. Whitmer, "From Hospitals to Jails: The Fate of California's Deinstitutionalized Mentally Ill", en *American Journal of Orthopsychiatry*, 50, 1, enero de 1980, pp. 65-75, cita de p. 66.

Se podrían multiplicar de forma indefinida ejemplos que muestran cómo la lógica punitiva y dicotómica de la "ley y el orden" gobierna ahora la gestión de los enfermos mentales de las clases populares asimilados a la fracción más visible de la vergonzosa categoría de "pobres malos", o de pobres inútiles, lo que viene a ser lo mismo en este caso.¹² Estos ejemplos describen una gama que abarca desde lo grotesco hasta lo trágico. Nos contentaremos con un solo caso, tomado del otro extremo del espectro de posibilidades y que ilustra, llevándolo a su paroxismo sobre el curso de una vida, el proceso de acumulación y fortalecimiento mutuo de las carencias del Estado providencial y de los rigores del Estado penal. El 5 de mayo de 1999, día en que cumplía 50 años, Manuel Pina Babbitt, condecorado con la estrella púrpura por su valor en los campos de batalla de Vietnam, fue ejecutado mediante una inyección de venenos químicos en la cárcel de San Quintín. Había sido condenado en 1980 a la pena de muerte en un juicio por haber atacado y agredido —durante una alucinación provocada por las perturbaciones post-traumáticas relacionadas con sus experiencias durante la guerra— a una anciana que murió de un paro cardíaco como consecuencia de las heridas.¹³

Había ido a la guerra a los 17 años, después de haber tenido una infancia miserable en un pequeño pueblo de Massachusetts (su padre, caboverdiano, era alcohólico y lo golpeaba; su madre era demente; él mismo era deficiente mental y había sido reprobado en todas sus clases, hasta que a los 16 años abandonó sus estudios, en segundo año de la secundaria, analfabeto). El ex cabo de los *marines*, héroe sobreviviente de los 77 días de horror del cerco de Khe Sanh (uno de los episodios más sangrientos del

conflicto de Vietnam), fue diagnosticado como esquizofrénico paranoico a su regreso de Asia. Por su inestabilidad mental fue echado del ejército y después, sin ningún organismo social y médico que se hiciera cargo de él, se encontró a la deriva entre delitos por droga y arrestos. Babbitt fue continuamente condenado por robo y allanamiento de morada; más tarde, en 1973, fue condenado a ocho años de prisión por robo a mano armada y cumplió una parte de su pena en el hospital para delincuentes dementes del Bridgewater State. Contra el dictamen de sus psiquiatras, fue dejado en libertad y regresó a las calles de la ciudad de Providence, donde su estado empeoró a lo largo de los años: oía voces, sufría alucinaciones y, vestido con ropa militar, comenzó a arrastrarse por el suelo como si todavía estuviera patrullando. Un día detuvo a unos transeúntes de origen asiático para preguntarles si había matado a alguno de sus familiares. Poco tiempo después de haber migrado a California, en una noche húmeda de mucha neblina que le hacía recordar aquellas de la selva de Khe Sanh durante la ofensiva del Têt, Babbitt, fuera de sí, cometió un asesinato; la noche siguiente realizó una segunda agresión, lo que le valdría la pena de muerte.

Su hermano lo entregó a las autoridades después de que la policía le hubiera asegurado que la vida de Manuel, el loquito del pueblo, el resucitado de Vietnam que todo el mundo reconocía que no era el mismo desde sus dos idas a la guerra, sería preservada y que recibiría un tratamiento psiquiátrico. No contaban con la determinación del fiscal de Sacramento, que se ensañó en pedir la pena de muerte y la consiguió sin mucha dificultad (la mayoría de los medios de comunicación presentó a Babbitt como un asesino con todas las letras que también había violado a su víctima, aunque los peritos del proceso nunca se pronunciaron afirmativamente al respecto), ya que el abogado defensor omitió en su defensa el estado médico del ex cabo (se olvidó hasta de pedir su expediente militar). Empleados del tribunal, en varias declaraciones bajo juramento, afirmarían después que este abogado —el cual renunciaría a su cargo en 1998 por haber desviado fondos de asistencia de sus clientes— bebió hasta emborracharse durante el proceso del juicio y que, pese a que tenía fama de racista, defen-

12 Terry Allen Kupers, *Prison Madness: the Mental Health Crisis Behind Bars and What We Must Do About It*, San Francisco, Jossey Bass, 1999, pp. 257-265.

13 "Hundreds take up the Cause of a Killer" y "Vietnam Veteran Executed for 1980 Murder", en *The New York Times*, 26 de abril y 5 de mayo de 1999. El relato que se presenta a continuación se apoya en una lectura comparada de artículos publicados sobre el tema, en cuatro grandes periódicos nacionales y dos diarios regionales.

día el caso, frente a un jurado ciento por ciento blanco, de un justiciable negro (Babbitt) acusado del asesinato (y de una violación que nunca fue probada, pero que tuvo mucho peso en el veredicto) de una mujer blanca.¹⁴

A lo largo de los meses que duraron los últimos trámites del proceso de apelación de la sentencia, miles de antiguos combatientes de Vietnam —entre los cuales había 600 sobrevivientes de Khe Sanh— y varias personalidades —por ejemplo, el Premio Nobel de Literatura Wole Soyinka— realizaron una campaña pública para pedir el indulto de Babbitt. Sólo consiguieron que recibiera la medalla de valentía militar —para la que él mismo nunca había hecho los trámites necesarios— durante una ceremonia solemne realizada en el corredor de la muerte de la penitenciaría de San Quintín. Posteriormente, dos miembros del jurado que lo condenaron apoyaron la revisión de su proceso y afirmaron que nunca habrían votado a favor de la pena de muerte si hubieran conocido los antecedentes médicos del acusado. El doctor Charles Marmar, uno de los más eminentes psiquiatras del país y especialista mundial en afecciones postraumáticas, atestiguó que todos los detalles del crimen indicaban que había sido cometido bajo la influencia de una “reacción disociativa” debida a los traumas psíquicos sufridos en la guerra. Por ejemplo, Babbitt cubrió el cuerpo de su víctima con un colchón después de haber puesto un hervidor sobre su pelvis y de haber atado el tobillo con una agujeta de piel, como lo hacían los soldados estadounidenses en la selva asiática a fin de proteger e identificar a sus muertos. El único botín que se llevó después de haber saqueado el departamento de la víctima fue un rollo de monedas de 50 centavos, un reloj y un encendedor.

Fue en vano. El gobernador demócrata Gray Davis, un veterano de Vietnam que sacó provecho a lo largo de su carrera política del tema del respeto que se debe tener a los antiguos combatientes, pero que también prometió, como todos los políticos del país, ser “duro contra el delito”, rehusó conmutar la pena de Babbitt a ca-

dena perpetua sin posibilidad de liberación, y mencionó que “un número incalculable de personas sufrieron los estragos de la guerra, persecuciones, hambre, desastres naturales y calamidades personales, entre otras, pero tales experiencias nunca podrán justificar o atenuar la agresión salvaje y la matanza de ciudadanos sin defensa que respetan la ley”.

Davis consideró que los remordimientos del condenado eran insuficientes, ya que éste sostenía que no recordaba nada de la noche del crimen (lo que concuerda a la perfección con la enfermedad que padecía). Cuando se anunció la decisión del gobernador, el hijo de la víctima declaró a la prensa: “El tipo va a morir y espero que sufra como sufrió mi madre. No creo que eso suceda. Pero espero que sea atormentado mentalmente cuando esté en la cámara de ejecución y que lo amarren a la litera [para inyectarle la mezcla de venenos mortales]”.¹⁵

Cinco días después de su ejecución, Manuel Babbitt fue enterrado al son de la trompeta, entre dos hileras de antiguos compañeros *marines*. Sin embargo, sus restos mortales descansan en el pequeño cementerio de la iglesia de Wareham, su ciudad natal, y no en el cementerio militar próximo a Bourne, debido a que los familiares de la víctima se habían escandalizado con el hecho de que el ex cabo hubiera recibido su estrella púrpura en la antecámara de la muerte e hicieron campaña para que nunca más se rindieran tales honores a un criminal. Tuvieron éxito: desde 1997 una ley federal, votada justo después del atentado con bomba de Oklahoma, impide que los antiguos combatientes condenados por crímenes violentos sean enterrados junto a sus compañeros de armas.¹⁶

Todo indica que se hubiera evitado esta doble tragedia si, por un lado, la protección del seguro médico público no abandonara

15 “Governor Won’t Block Execution of Vietnam Veteran”, en *Los Angeles Times*, 1° de mayo de 1999; “Manny Babbitt: A Tale of Justice gone both Blind and Wrong”, en *The Minneapolis Star Tribune*, 6 de mayo de 1999.

16 “Honorable Discharge: Executed as a Villain, Vietnam Veteran Gets Hero’s Burial”, en *The Boston Globe*, 11 de mayo de 1999.

14 “Babbitt’s Lawyers Raise Race Issue as Execution Nears”, en *San Francisco Chronicle*, 2 de mayo de 1999.

a su suerte a los enfermos mentales que no tienen los medios para los tratamientos que necesitan y que ofrece el mercado privado de la salud (esto vale también para los antiguos combatientes, ya que se puede pensar que adquirieron un "crédito" con la nación) y, por otro, si el sistema judicial no hubiera pasado a sustituir los programas de asistencia social a fin de "limpiar" la miseria de la calle que molesta y amenaza. Por tanto, se puede asegurar que si Babbitt hubiera tenido los recursos financieros y las influencias suficientes para contratar los servicios de un buen abogado, hoy estaría vivo y terminaría sus días en la cárcel, tal como Theodore Kaczynski, el "Unabomber", que también fue denunciado por su hermano, David (éste participó activamente en la campaña para salvar a Babbitt), pero que salvó su vida gracias al hecho de ser blanco y de clase alta. En dos décadas, Babbitt recorrió la gama completa de infracciones y penas, desde la libertad condicional pasando por el encarcelamiento hasta la muerte, sin nunca haber activado algún mecanismo o encontrado un tope capaz de detener su decadencia social y mental y de parar la escalada penal correspondiente. Con toda lógica: la forma extrema de la gestión punitiva de la miseria, ¿no consistiría en suprimirla por medio de la eliminación física de quien la padece?

Una tercera parte de las cárceles preventivas de los Estados Unidos mantiene en sus celdas, por no existir otro lugar donde almacenarlos, a desequilibrados mentales que no cometieron ningún crimen o delito. En 17 estados es legal encarcelar a un enfermo mental sin motivo judicial, práctica común incluso en los estados donde es explícitamente condenada por ley. El doctor Fuller Torrey, del Instituto Nacional de Salud Mental, no tiene pelos en la lengua para decir que "las cárceles preventivas y las penitenciarias se volvieron hospicios psiquiátricos para un gran número de personas que sufren patologías mentales graves" por causa del "fracaso del sistema público de salud mental".¹⁷

17 Citado en "California Mental Health Care: From the Snakepit to the Street?", en *California Journal*, 1º de octubre de 1997, pp. 37-45. A propósito de la detención arbitraria de psicópatas, véase E. Fuller

No es exagerado decir que el sistema carcelario se volvió de hecho una institución de "tratamiento" psiquiátrico de primera mano para los estadounidenses más desprovistos, así como el principal proveedor de "viviendas sociales". El estado de Nueva York trata más enfermos mentales en sus penitenciarias (6000, es decir, el 9% de sus reclusos) que en sus manicomios (5800). En las grandes ciudades, el presupuesto del pabellón psiquiátrico de reclusión preventiva rebasa por lo común el del servicio de psiquiatría del hospital público del condado. Esto es observable en particular en California, en donde se llevó adelante una ardua política de retirada del sector psiquiátrico por parte del Estado: el número de enfermos mentales en los establecimientos de salud pública cayó de 36.000 en 1961 a 4400 en 1997. De forma paralela, el número de enfermos psiquiátricos de las cárceles preventivas del *golden state* mostró un crecimiento explosivo: aumentó el 300% entre 1965

y 1975, y se decuplicó desde entonces para rebasar los 12.000.¹⁸ Un estudio realizado por la ciudad de Santa Clara, capital de Silicon Valley, revela que la población encerrada en la mazmorra del condado se cuadruplicó de repente durante los cuatro años que siguieron al cierre, en 1973, del Agnews State Hospital para desequilibrados mentales. En muchos estados, las reglas de admisión en los hospitales son tan restrictivas que la única manera de conseguir cuidados psiquiátricos para un paciente que no tiene los recursos suficientes para pagarlos es que lo detengan y encarcelen. En Texas, por ejemplo, es común que los trabajadores sociales recomienden a las familias desprovistas de un seguro médico priva-

Torrey et al., "Criminalizing the Seriously Mentally Ill: The Abuse of Jails as Mental Hospitals", en *Mental Illness and the Law*, Washington, National Alliance for the Mentally Ill, 1998, pp. 11-14, y Terry Allen Kupers, *Prison Madness*, *op. cit.*, *passim*.

18 Gary E. Whitmer, "From Hospitals to Jails", *op. cit.*, pp. 65-75. El número de 12.000 enfermos mentales reclusos en las cárceles preventivas de California es una estimación baja que corresponde sólo al 15% de los detenidos, a los cuales un estudio realizado por la administración penitenciaria determinó que era indispensable suministrarles cuidados psiquiátricos diarios.

do que manden encarcelar a su hijo(a) para que reciba la terapia que necesita.

Yo tenía una hija de 15 años que sufría de psicosis y alucinaciones [cuenta Cathy Brock, una responsable del Centro Letot en Dallas, Texas, para niños que se fugan]. Y una doctora del servicio de salud mental estaba de acuerdo en que ella necesitaba ser hospitalizada. Pero añadió de inmediato que ya habían excedido su presupuesto anual; entonces, me preguntó si yo podía ir a la policía para declarar una infracción, una agresión por ejemplo, que permitiera que la encarcelaran. [...] Cuando aparece un niño que sufre de perturbaciones mentales graves, que fue arrestado y cuya familia no tiene recursos, hago todo lo posible para que sea colocado bajo tutela penal.¹⁹

Estamos literalmente tapados de pacientes, corremos siempre hasta perder el aliento, intentamos, mal que bien, reparar las rajaduras de un dique que se rompe por todos lados, mientras que el estado psiquiátrico de centenas de detenidos se deteriora cada día más ante nuestros ojos hasta transformarse en psicosis [psiquiatra de la cárcel preventiva de Sacramento, capital de California].²⁰

La Palma de Oro para el condado con peor actuación en lo que se refiere al encarcelamiento de enfermos mentales graves corresponde a Flathead, Montana. Desde hace veinte años, la prisión preventiva es la única que admite personas por urgencias psiquiátricas: ni el psiquiátrico público ni el privado de la región las reciben. Los individuos que sufren patologías mentales son colocados en una celda especial de la prisión preventiva, un cuarto vacío con las paredes acolchonadas y equipado con una reja en el suelo a manera de baño.

19 Citado en "Asylums Behind Bars", en *The New York Times*, 5 de marzo de 1998.

20 Citado en *California Journal*, 1° de octubre de 1997.

La comida se entrega a los detenidos a través de una ranura de la puerta, como en las celdas para locos usadas en 1950, 1920 o 1820. La Palma de Oro para el peor estado corresponde a Kentucky. Lo más vergonzoso en la actuación de este estado es su sistema de dos clases: la mayor parte de los enfermos mentales que disponen de un seguro médico o ingresos suficientes va a un hospital psiquiátrico, pero el grueso de los que no tienen recursos va a la cárcel, hayan o no cometido una infracción. El 81% de las prisiones preventivas de Kentucky declaran que mantienen encerrados a enfermos mentales graves sobre los cuales no recae ninguna acusación o queja.²¹

LA ESCORIA DE LA CALLE

La criminalización del desamparo psíquico que opera el traspaso de enfermos mentales de la "mano izquierda a la derecha" del Estado, del sector hospitalario al carcelario, es un proceso que se mantiene a sí mismo, que se asegura el poder de mandar tras las rejas a un contingente de enfermos que crece año tras año. De hecho, es evidente que las cárceles no están concebidas ni equipadas para tratar patologías mentales, por lo que los enfermos encarcelados reciben tratamientos insuficientes o inadecuados; incluso, a veces no reciben ninguno, o porque no fueron correctamente diagnosticados, puesto que faltan recursos o los medicamentos requeridos son demasiado caros, o la institución que los recibe no está legalmente habilitada para atenderlos, como en el caso de los centros para jóvenes detenidos en Texas.²²

21 E. Fuller Torrey *et al.*, "Criminalizing the Seriously Mentally Ill: The Abuse of Jails as Mental Hospitals", *op. cit.*, p. 13.

22 Un centro de reclusión preventivo por cada cinco no posee ninguna estructura para encargarse de patologías mentales (E. Fuller Torrey *et al.*, *ibid.*, p. 12). En 1998, un informe de la División de Derechos Civiles del Ministerio Federal de Justicia acusaba al centro de reclusión preventiva del condado de Los Ángeles "de indiferencia deliberada para con las serias necesidades de tratamientos psiquiátricos de los detenidos", y concluía que "la única manera de

Los enfermos mentales y los retardados mentales son también el blanco predilecto de las novatadas y los malos tratos por parte de los demás detenidos, y su propensión al suicidio es mucho más elevada que la de los otros reclusos. Debido a la falta de estructuras habilitadas para encargarse de ellos fuera de la cárcel, los jueces son reticentes a liberar bajo fianza a los acusados que están fuera de quicio, lo que alarga de manera considerable la duración de su detención. La clínica de Rikers Island, por ejemplo, trata cada año a más de 15.000 detenidos que sufren de perturbaciones mentales graves, quienes permanecen en el famoso centro de reclusión preventiva de Nueva York en promedio cinco veces más tiempo que los demás (215 contra 42 días), aunque los cargos de acusación que pesan sobre ellos sean mucho menos serios. En California, los individuos afectados por deficiencia mental tienen más probabilidades que otros que cometieron la misma infracción de ser detenidos y condenados y tener penas de reclusión más largas. Por eso representan una fracción superior que la de los otros detenidos.²³

Al salir de la cárcel, las personas con antecedentes penales que sufren de perturbaciones psíquicas por lo general son dejadas a su propia suerte a pesar de que su patología se haya agravado.

Muchos responsables de los centros de detención preventiva no saben lo que acontece con los enfermos mentales después de su liberación; el 46% de los establecimientos ignora si los detenidos psicóticos reciben cuidados psiquiátricos cuando salen; entre los establecimientos que saben lo que acontece, apenas el 36% sabe que alguien se está haciendo cargo de sus detenidos fuera de la cárcel.²⁴

mejorar [su] salud mental" sería evacuarlos inmediatamente del pabellón psiquiátrico.

23 Joan Petersilia, "Justice for All? Offenders with Mental Retardation and the California Corrections System", en *Prison Journal*, 77, 4, diciembre de 1997, pp. 358-380.

24 E. Fuller Torrey et al., "Criminalizing the Seriously Mentally Ill: The Abuse of Jails as Mental Hospitals", *op. cit.*, p. 13. En 1996, el condado de Los Ángeles pagó 2.5 millones de dólares como indemnización a

Por falta de seguimiento médico no tardan en ser capturados de nuevo por la policía, que los manda de inmediato tras los barrotos para pasar una prolongada estadía, conforme lo demandan los dispositivos que reprimen la reincidencia.

Por otro lado, en respuesta a la disminución continua de los reintegros para los pacientes protegidos por la ayuda médica gratuita, los hospitales se liberan de los enfermos que ya no son "rentables", y los mandan a la calle, donde también rápidamente son arrestados por disturbios en la vía pública, vagabundeo o mendicidad, o porque son incoherentes y deben ser llevados a algún lugar donde reciban por lo menos cama y comida a falta de tratamientos. Los policías tienen incluso una expresión específica para referirse a este tipo de detenciones: *mercy booking* [detención por clemencia],²⁵ medida que aplican también a los *homeless* durante el invierno. En esa época todas las cárceles de las grandes ciudades del norte ven que su contingente aumenta de forma sensible por recibir personas de la calle que afuera morirían de frío. "Muchas vienen al centro de reclusión preventiva porque no tienen otro lugar adonde ir", explica con un gesto despectivo el responsable del centro de Chicago.

Cometen pequeños hurtos para que los arresten y encierren, allí tienen por lo menos una cama, tres comidas por día y pueden ser atendidos por un médico gra-

un detenido que sufría de esquizofrenia paranoide y que había sido detenido durante dos semanas en el centro de reclusión preventiva de ese condado sin recibir ningún cuidado ni medicación (era sospechoso de haber cometido vandalismo en una iglesia). Liberado cuando aún mostraba incoherencia, fue atropellado por un tren y gravemente mutilado al atravesar una vía.

25 En las grandes ciudades, los individuos que la policía percibe como enfermos mentales son detenidos y encarcelados con más frecuencia (el doble) que las personas consideradas sanas, ya que los policías juzgan que ésta es la única medida que puede tomarse con respecto a ellos (Linda A. Teplin y Nancy S. Pruett, "Police as Street Corner Psychiatrist: Managing the Mentally Ill", en *International Journal of Law and Psychiatry*, 15, 2, 1992, pp. 139-156).

tivamente. Cada invierno, nuestro contingente sube de repente, por lo menos del 5 al 10%, sólo contando a los *homeless* que "entran". Y ahora, con la supresión de la ayuda social (Ayuda a Familias con Hijos Dependientes, AFHD, el subsidio para madres sin recursos económicos), tendremos una gran afluencia de mujeres. Ya cuando Ronald Reagan había cortado las asistencias sociales, recuerdo que nuestro contingente había pasado el límite.²⁶

En julio de 1990, la policía de Baltimore colocó en la cárcel a un *homeless* llamado Martin Henn, sospechoso de haber prendido fuego un automóvil, pero el centro de reclusión preventiva se enredó con sus papeles. Mientras crecía su barba, Henn preguntó en varias ocasiones a los trabajadores sociales la fecha en que comería ante el tribunal. No obtuvo respuesta. Finalmente, un empleado del establecimiento notó durante una salida de datos en la computadora que Henn se pudría en la celda S-39 hacía más de un año sin haber sido procesado. Comenzaron entonces el proceso de acusación de Henn y lo llevaron ante el tribunal; sus cabellos ya le llegaban hasta los hombros. "Estaba perdido dentro del sistema", exclamó con horror la jueza Ellen Heller, mientras el procurador se apuraba para anular su procesamiento. "Ni siquiera sabían que yo existía", dijo Henn.²⁷

Los toxicómanos que caen en la red penal tienen un destino parecido. En 1995 las dos terceras partes de los 3,2 millones de estadounidenses bajo libertad condicional estaban registradas como personas que tenían un problema con el alcohol o las drogas. Como condición para su libertad vigilada, la mitad era sometida a un examen médico preventivo de detección de estupefacientes, pero

sólo el 17% seguía un tratamiento en vistas a curarse de su dependencia. El 52% de los condenados con la sentencia en suspenso, que había cometido una transgresión con el propósito de aprovisionarse de drogas, no fue favorecido con ningún seguimiento médico (el 38% eran adictos a drogas inyectables).²⁸

En 1997, el 57% de los reclusos de las penitenciarías de Estado declaraba haber usado drogas ilícitas durante el mes anterior a su arresto (el 20% por vía intravenosa); una tercera parte de los encarcelados había cometido la transgresión bajo la influencia de estupefacientes (el 20% bajo la influencia de cocaína o heroína). Pero menos del 15% de estos presos toxicómanos que pretendía curar su adicción a las drogas seguía o había seguido un tratamiento médico durante el tiempo que duró su detención, y esta proporción continúa disminuyendo bastante —era superior a la tercera parte en 1991—, mientras que el número de drogadictos tras los barrotos continúa aumentando. Durante ese año las penitenciarías de California disponían sólo de 400 camas para desintoxicación mientras que, según las cifras del Departamento Correccional de California, el número de detenidos que sufrían de dependencia psicotrópica rebasaba los 100.000.²⁹ Por otro lado, menos de una quinta parte de los reclusos de las cárceles del Estado, identificados como personas que sufrían de alcoholismo, fue favorecida debido a este motivo con un seguimiento médico.

No es nada sorprendente que, una vez liberadas, estas personas con antecedentes penales sean arrestadas de inmediato por haber cometido un nuevo delito relacionado con su adicción o por haber obtenido un resultado positivo en su examen semanal de orina, obligatorio para la mayoría de los liberados bajo tutela penal en California. En ese estado, la mitad de las revocaciones de libertad condicional es motivada por un examen médico preventivo de

28 Christopher J. Mumola y Thomas P. Bonczar, *Substance Abuse and Treatment of Adults on Probation, 1995*, *op. cit.*, p. 7.

29 Véanse Christopher J. Mumola, *Substance Abuse and Treatment, State and Federal Prisoners, 1997*, Washington, Bureau of Justice Statistics, 1998, p. 1, y Elliott Currie, *Crime and Punishment in America*, Nueva York, Henri Holt and Company, 1998, p. 166.

26 Entrevista realizada en septiembre de 1998 en el centro de reclusión preventiva del condado de Cook con el director de la administración penitenciaria del condado.

27 "Lost in cell S-39", en *US News & World Report*, 111, 26 de agosto de 1991, p. 16.

detección de droga. Además, una de las disposiciones de la reforma de ayuda social de 1996, adoptada en pocos minutos por medio de una enmienda constitucional votada por los dos partidos, prohíbe para siempre que cualquier persona condenada por ILE reciba la ayuda social para los necesitados (Asistencia Temporal para Familias Necesitadas, ATNF, que sustituye a la AFHD), así como la asistencia alimentaria a los indigentes (*food stamps*). Otra disposición excluye en forma definitiva del derecho a vivienda social a cualquier persona que haya sido detenida por posesión o cesión de droga; una ley de 1994 autoriza a la Administración Federal de Viviendas a impedir que las personas con antecedentes penales tengan acceso a viviendas públicas. Estas dos medidas tuvieron un efecto desproporcionado y devastador, por un lado sobre las mujeres del (sub)proletariado, que constituyen el grueso de la población beneficiaria de la asistencia social y cuya mayor causa de encarcelamiento es la ILE y, por otro, sobre las comunidades negra e hispanohablante, que abastecen las tres cuartas partes de los presos que "caen" por un asunto de estupefacientes. En cuanto a sus hijos, un número cada vez mayor tendrá que ser colocado bajo la tutela de los servicios sociales o confiado a familias de adopción, ya que sus madres no tendrán más acceso a los recursos mínimos necesarios para quedarse con la custodia, a pesar de las disfunciones nefastas de los servicios de protección de la niñez, donde también se ha institucionalizado el maltrato.³⁰ Por último, al negarles la ayuda social a los(las) condenados(as) por droga, al mismo tiempo la ley los excluye de la mayor parte de los programas públicos de desintoxicación, puesto que la admisión a éstos depende del otorgamiento de un subsidio social que costee los gastos de cama y comida de los pacientes.³¹

30 Véase la descripción en forma de acusación de estos servicios realizada por Susan Sheehan en *Life for Me Ain't Been no Crystal Stair*, Nueva York, Vintage, 1993.

31 Rukaiyah Adams y Alissa Riker, *Double Jeopardy: An Assessment of the Felony Drug Provision of the Welfare Reform Act*, Washington, Justice Policy Institute, 1999. La ley federal de 1996 daba a los miembros de la Unión Americana la opción de no aplicar esta cláusula de exclusión de la ayuda social: 32 estados escogieron adoptarla y sólo

MÁS VALE CASTIGAR QUE PREVENIR: LOS ENFERMOS MENTALES EN LA CALLE

Andrew Goldstein estuvo hospitalizado 13 veces en dos años en los servicios psiquiátricos de Nueva York; a veces era llevado por la policía, la mayoría de las veces de emergencia, pero siempre sin oponer resistencia. Esquizofrénico violento, el joven solitario, hijo de un radiólogo de Delaware y antiguo alumno de una preparatoria de elite de la ciudad, a lo largo de ese período atacó a igual número de personas, entre las cuales había dos psiquiatras, una enfermera, un trabajador social y un terapeuta. Lo invitaron a salir del hospital a pesar de sus súplicas reiteradas: incapaz de aguantar sus crisis alucinatorias 13 veces, deseaba estar internado en un establecimiento de tratamientos a largo plazo. En noviembre de 1998 Goldstein procuró ser internado en la sala de urgencias del Jamaica Hospital en Queens: "Se queja de escuchar voces, de que lo siguen personas y de que viven dentro de él. 'Me quitaron el cerebro, no sé por qué. Escucho esas voces que me dicen que algo va a suceder... No puedo arreglármelas'".³² Pero los hospitales reciben órdenes del Estado de "disminuir el detalle de su cuenta", es decir, de deshacerse de los pacientes lo más pronto posible (en 21 días como máximo) para poder alcanzar el objetivo de reducir su presupuesto, y las residencias psiquiátricas de barrio están todas saturadísimas, con listas de espera interminables, y allí se supone que se da prioridad

cinco la modificaron. California votó su propia ley en 1997, que excluye también a los condenados por ILE de la Asistencia General, último programa de ayuda a los indigentes de los condados a los cuales éstos podían haber tenido acceso.

32 Citado por Michael Wintrip, "Bedlam on the Streets: Increasingly, the Mentally Ill Have Nowhere to go", en *New York Times Magazine*, 23 de mayo de 1999, pp. 42-44. Durante las hospitalizaciones anteriores, Goldstein se había quejado de haberse vuelto de color violeta, de haber empequeñecido hasta llegar a medir sólo quince centímetros, de haber perdido su cuello y de tener un pene superdotado, ya que había consumido comida contaminada de un "vecino homosexual" que le robaba sus excrementos para devorarlos, etc.

a los enfermos mentales que salen de la cárcel, que son cada vez más numerosos. El 15 de diciembre de 1998 Goldstein fue desterrado una última vez del North General Hospital, en el día número 22 de su estadía, con una provisión de medicamentos que correspondía a una semana de tratamiento y prescripción para otro centro de tratamiento.

El 3 de enero de 1999, mientras esperaba el metro en la estación de la calle 23 y Broadway, tuvo un ataque psicótico y empujó repentinamente sobre la vía a una desconocida que, para su desgracia, se encontraba a su lado: "Experimenté una sensación, como si algo entrara en mí, un fantasma o espíritu o algo parecido. Sentí la urgente necesidad de empujar, zarandear, golpear. Cuando el tren llegó, el sentimiento desapareció y luego volvió [...]. Empujé a la mujer que tenía el cabello rubio". Kendra Webdale, de 32 años, fue atropellada por el tren y murió enseguida. A pesar de su cargado pasado psiquiátrico (su archivo médico contiene 3.500 páginas), Goldstein fue considerado imputable, con el argumento de que cuando toma sus medicamentos "no es tan deficiente como para no poder ayudar a su propia defensa o aguantar el estrés de un proceso".³³ A falta de un sector sanitario y social en el estado de Nueva York que se haga cargo de él de otra manera que no sea sólo de vez en cuando y en situaciones de emergencia, el joven psicótico puede tener la seguridad de que, de ahora en adelante, el sector penitenciario se hará cargo de él definitivamente: corre el riesgo de ser condenado a cadena perpetua.

Durante las semanas que siguieron al drama, la familia de la víctima presentó seis denuncias contra igual número de hospitales que expulsaron a Goldstein en 1998, además de una demanda por daños civiles por 20 millones de dólares por maltrato médico del sistema hospitalario de la ciudad. Un sagaz observador de la esce-

³³ "Man claims 'Ghost' Drove him to Push Woman to her Death" y "Subway Killing Suspect Is Ruled Fit For Trial", en *The New York Times*, 4 de marzo y 6 de abril de 1999.

na psiquiátrica neoyorquina les dio la razón: "En quince años de reportajes sobre la política pública de salud mental, nunca vi el sistema en tal estado de desorganización. Recortes del presupuesto sin precedentes minaron los dispositivos de seguridad que funcionaban hasta entonces". Y citó seis factores que presagian, para los próximos años, un aumento del tratamiento penal de los enfermos mentales en el estado de Nueva York: los 6000 últimos enfermos que los hospitales psiquiátricos están empeñados en dejar ir (en particular, al enviarlos a los refugios para *homeless*, maquillando sus archivos cuando es necesario, y aun cuando ya se estima que 3000 de los 7200 internos de los refugios municipales de Nueva York ya sufren de enfermedades mentales graves) tienen dos veces más antecedentes criminales que las cohortes precedentes; las residencias de ayuda que ofrecen un seguimiento médico continuo ya están hasta el tope; ahora, la política de los hospitales consiste en mandar a los enfermos a la calle, como máximo después de tres semanas (luego de este período la tarifa de reembolso de los tratamientos por parte del Estado cae de 775 a 175 dólares por día, cantidad con la cual el hospital pierde dinero); la ola de detenidos que sufre de perturbaciones psíquicas no para de aumentar y el número de los que son liberados por las mazmorras y cárceles está en su nivel más bajo; la retracción de los programas federales de asistencia a pobres y discapacitados deja un número creciente de enfermos sin una red de auxilio y, por último, los organismos encargados del control de la medicina psiquiátrica experimentaron la amputación de sus presupuestos y personal.³⁴

De forma paralela, los padres de Kendra Webdale empezaron una campaña, con el apoyo inmediato de los dos partidos políticos de siempre, no con el objetivo de reformar el sistema de salud pública para terminar con las indudables carencias médicas que tuvieron como resultado la muerte de su hija, sino para instaurar medidas coercitivas que obliguen a los enfermos mentales a tomar su medicación, so pena de ser encarcelados e internados contra su voluntad. En vez de restaurar los financiamientos necesarios

³⁴ Michael Winierip, "Beddam on The Streets", *op. cit.*, pp. 48-49.

para prevenir la escasez crónica de lugares en las clínicas, de personal y medicamentos, que dejan a su propia suerte a miles de enfermos mentales, la "Ley de Kendra", debatida por la asamblea parlamentaria de Nueva York durante la primavera de 1999 y avalada con una magnífica unanimidad por el gobernador republicano George Pataki y el presidente de la asamblea, el demócrata Sheldon Silver, autorizará a poner bajo control judicial y posteriormente a encarcelar a los enfermos que se nieguen a —o sean incapaces de— seguir su tratamiento.³⁵ Ésta es una ley que, en vez de tratar el desamparo mental de quienes están desprovistos desde su origen de medios sociales y médicos, intentará frenar sus consecuencias con una gestión punitiva y segregativa.

Para los estadounidenses que forman parte del escalón más bajo de la estructura étnica y de clase, el movimiento simultáneo de estrechamiento de la red de auxilio social y ensanchamiento de la red de captura penal deja una alternativa: resignarse a los empleos de miseria de la nueva economía de servicios o probar fortuna en la economía ilegal de la calle y enfrentarse un día u otro con la realidad del encarcelamiento. Los individuos desprovistos de valores en el mercado de trabajo ni siquiera tienen esa "elección". Toxicómanos, enfermos mentales y *homeless*: la apatía de los servicios sociales y médicos garantiza que estas tres categorías —que se entrelazan ampliamente y en las cuales la escoria de los Estados Unidos circula como en un juego macabro de postas— sean cada año las más numerosas tras las rejas. La cárcel sirve también como vertedero de la escoria y los desechos humanos de una sociedad cada vez más sometida a la imposición del mercado.

Traducción de Bertrand Borgo Sallabardenne

35 "Medication Law Illegal, Advocates for Mentally Ill say" y "Kendra's Law' Makes Progress: Pataki, Silver Back Mandatory Treatment for Mental Patients", en *The Buffalo News*, 23 de febrero y 20 de mayo de 1999.

VIII. Cuatro estrategias para limitar los gastos penitenciarios

Tras el abandono del pacto social fordista-keynesiano a mediados de los setenta y el derrumbamiento del gueto negro como instrumento de control de castas, los Estados Unidos se embarcaron en un experimento sociohistórico único: la incipiente sustitución de la gestión asistencial de la pobreza y los desórdenes urbanos, generados por la creciente inseguridad social y los enfrentamientos raciales, por su gestión punitiva vía policía, juzgados y sistema correccional. El extraordinario crecimiento del Estado penal estadounidense durante las tres décadas posteriores, que es la contrapartida y el complemento necesario del retroceso del Estado social, se podría caracterizar brevemente mediante cinco dimensiones:¹

1 Para una información más detallada de las causas, funciones y modalidades de la penalización de la pobreza en los Estados Unidos, véase Loïc Wacquant, *Les prisons de la misère*, París, Raisons d'agir Éditions, 1999 [ed. cast.: *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000; Madrid, Alianza Editorial, 2001] y *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Barcelona, México, Santiago, Buenos Aires, Gedisa, 2010; para un amplio panorama de las principales facetas legales, sociales y criminológicas de la escalada de encarcelamientos en los Estados Unidos, véanse David Garland (comp.), *Mass Imprisonment: Social Causes and Consequences*, Londres, Sage, 2001, y Michael Tonry y Joan Petersilia (comps.), *Prisons*, Chicago, The University of Chicago Press, 1999; para conocer un trasfondo histórico más extenso, véanse Thomas L. Dumm, *Democracy and Punishment: Disciplinary Origins of the United States*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987, y Scott Christianson, *With Liberty for Some: Five Hundred Years of Imprisonment in America*, Boston, Northeastern University Press, 1998.

(i) *expansión vertical*, debida a la hiperinflación penitenciaria: la cuadruplicación de la población reclusa en 25 años, alimentada principalmente por el aumento de internamientos, ha convertido a los Estados Unidos en el indiscutible campeón mundial del encarcelamiento, con dos millones de personas entre rejas y 740 reclusos cada 100.000 habitantes (entre 6 y 12 veces más que en otras sociedades avanzadas), y eso a pesar de que la delincuencia permaneció estancada y luego se redujo durante ese período;

(ii) *expansión horizontal*, mediante la ampliación de la libertad condicional, la reestructuración de la vigilancia y el crecimiento de bases de datos electrónicas y genéticas que permiten un mejor control a distancia: el resultado de esta "ampliación" de la red penal es que hoy un total de 6,5 millones de norteamericanos están bajo la custodia de la justicia penal, lo que representa un adulto de cada 20, un adulto negro de cada 9, y un joven negro (entre los 18 y los 35) de cada 3; las autoridades han acumulado aproximadamente 55 millones de "informes de acusación" delictiva, que abarcan más o menos a un tercio de los hombres de clase trabajadora y que se difunden mediante la sistematización de las comprobaciones de antecedentes penales (para contratos laborales o de alquiler de viviendas, por ejemplo);

(iii) la llegada del "*Gran gobierno*" penal al mismo tiempo que se hundían las partidas de educación, salud y bienestar social: el crecimiento desproporcionado de los presupuestos y del personal de las cárceles en las administraciones públicas ha convertido a las cárceles en el tercer mayor empleador de la nación, con un personal de 650.000 personas y gastos operativos que exceden los 40.000 millones de dólares. Como ejemplo, California, que alberga el mayor sistema penitenciario del planeta, ha aumentado su presupuesto para cárceles del Estado de 200 millones de dólares en 1975 hasta 4800 millones en el año 2000, y los funcionarios de las cárceles han pasado de 6.000 a 41.000 durante las últimas dos décadas; desde 1994, los fondos del Departamento de Correccionales de California superan los destinados a las facultades de la Universidad de California;

(iv) el resurgimiento y frenético desarrollo de una *industria privada* del encarcelamiento: en poco menos de una década, operadores con ánimo de lucro liderados por media docena de firmas pródigamente apoyadas por Wall Street se han hecho con el 7% del "mercado", o sea, 140.000 reclusos (tres veces el volumen de toda la población penitenciaria de Francia o Italia), lo que ayudó al Estado a expandir aún más su capacidad de castigar y almacenar a los segmentos precarios del nuevo proletariado; estas firmas ofrecen ahora toda la gama de actividades carcelarias, a todos los niveles de seguridad, e intentan expandirse con métodos agresivos allende los mares (ya están presentes en el Reino Unido, Australia, Marruecos, Sudáfrica, Corea y Tailandia);

(v) una política de *acción penitenciaria afirmativa*, mediante la clara elección como blanco penal y espacial de los barrios marginales y los residentes urbanos con pocos ingresos, en particular mediante la "guerra contra la droga", cuyo resultado ha sido un predominio demográfico sin precedentes de afroamericanos (que han conformado la mayoría de nuevos ingresos en la cárcel desde 1989) y el ahondamiento de las disparidades y hostilidades raciales entre las poblaciones confinadas: los hombres negros son el 6% de la población de los Estados Unidos y el 7% de los drogadependientes del país, pero representan el 35% de las personas arrestadas por delitos de narcotráfico y el 75% de los presos entre rejas por condenas en relación con las drogas.²

2 Sobre la controvertida coincidencia de la división racial y la expansión penal en los Estados Unidos posfordistas, véanse Michael Tonry, *Malign Neglect: Race, Crime, and Punishment in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; Jerome G. Miller, *Search and Destroy: African-American Males in the Criminal Justice System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, y Loic Wacquant, "From Slavery to Mass Incarceration: Rethinking the 'Race Question' in the United States", en *New Left Review*, 2ª época, 13 de febrero de 2002, pp. 40-61. [Ed. cast.: "De la esclavitud al encarcelamiento masivo", en *New Left Review* (edición en español), Madrid, 13, marzo-abril de 2002, pp. 38-58.]

Pero la carga financiera de la encarcelación masiva como forma singular de política antipobreza y control racial camuflado está empezando a resultar exorbitante, debido al continuo aumento y el rápido envejecimiento de la población reclusa y también al precio francamente prohibitivo del confinamiento penal individual. En California, por ejemplo, además del costo de financiar y construir las penitenciarias, cada preso le cuesta al Estado 21.400 dólares al año, o sea, el triple de la ayuda familiar máxima que recibía una familia de *cuatro* miembros antes de la eliminación de aquel programa (7229 dólares, incluidos los costos administrativos).³ Por supuesto, en la mayoría de los demás estados, especialmente en los del sur, el gasto por encarcelamiento es considerablemente inferior, pero también lo son el nivel de vida, los presupuestos del Estado y los niveles de ayuda pública: en Mississippi, por ejemplo, el gasto anual por preso es de 13.640 dólares, pero esta suma representa casi 10 veces la ayuda anual para las familias necesitadas, que en promedio representa la ridícula cantidad de 1400 dólares. El crecimiento incontrolado de la factura penitenciaria amenaza ahora directa y visiblemente a otras funciones gubernamentales básicas, desde la educación y los servicios sociales hasta la salud, cuyos próximos recortes probablemente provoquen el descontento de los electores de clase media. Para frenarlo, las diversas autoridades han puesto en práctica cuatro estrategias (además del fraude ideológico habitual que consiste en presentar los gastos penales como "inversiones" en la "guerra contra el crimen"):

3 Con referencia a la AFHD, la Ayuda a Familias con Hijos Dependientes, el principal programa de ayuda social dirigido a las madres pobres y a sus hijos. Creada en 1935, fue abolida por la ley de "reforma de la ayuda social", promulgada por Clinton y por el Congreso republicano en 1996 y reemplazada por la llamada ATFN, Asistencia Temporal para Familias Necesitadas, pensada básicamente para recortar los presupuestos de ayuda y enviar a sus beneficiarios al último nivel del desregulado mercado laboral (Loïc Wacquant, "Les pauvres en pâture: la nouvelle politique de la misère en Amérique", en *Hérodote*, 85, primavera de 1997, pp. 21-33).

1. La primera consiste en *recortar el nivel de servicios y la calidad de vida* en los centros penitenciarios, que implica limitar o eliminar los diversos "privilegios" y pasatiempos concedidos a sus residentes: programas educativos, deportes, entretenimiento y actividades destinadas a la rehabilitación, como la formación y el asesoramiento profesional. Por consiguiente, los programas de educación superior han desaparecido virtualmente por la exclusión de los reclusos del programa federal de Becas Pell de 1994 —a pesar de que la educación superior había demostrado ser muy eficaz para reducir la reincidencia y ayudar a mantener el orden en las prisiones—, con el razonamiento de que los presos estaban aprovechándose ilegítimamente de las finanzas públicas.⁴ Un método similar de ahorro ha sido recortar diversos objetos de distracción y consumo: al tiempo que reintroducía el uso de "grupos de encadenados" en 1996, el Departamento de Correccionales de Alabama también suprimió los televisores y las radios, y prohibió la distribución de tabaco, caramelos, refrescos y galletas. Cuando el Departamento de Correccionales de Arizona tomó medidas para prohibir la recepción de paquetes especiales de Navidad para sus más de 23.000 reclusos ese mismo año, lo justificó invocando un supuesto peligro para la seguridad, y también riesgos sanitarios y de salud, aunque el argumento irrefutable fue el ahorro de 254.000 dólares en pagos extra para examinar los 35.000 paquetes que llegaban a sus centros a fin de año: "Nuestro objetivo es dirigir instituciones penales seguras y eficaces con la vista puesta constantemente en los mínimos aceptables", explicó su portavoz. "Sólo se trata de eso."⁵

4 Joshua Page, *Eliminating the Enemy: A Cultural Analysis of the Exclusion of Prisoners from Higher Education*, Berkeley, MA, tesis, Departamento de Sociología, Universidad de California-Berkeley, 2001.

5 "Arizona Inmates May See Last Special Deliveries", en *The Dallas Morning News*, 22 de diciembre de 1996.

EL COSTO DE UN PRESO ESTATAL EN CALIFORNIA

Según el presupuesto oficial del Departamento de Correccionales de California, el gasto directo por el confinamiento de un delincuente en una cárcel estatal (sin contar la construcción) es de 21.470 dólares al año (cifra obtenida al dividir el presupuesto operativo anual de la Administración Penitenciaria del Estado por la población reclusa media diaria). De esta suma, la mitad sirve para remunerar al personal (los guardias de California son, por mucho, los mejor pagados de la nación, gracias a su poderoso sindicato y sus apropiadas conexiones políticas) y una cuarta parte para el mantenimiento básico de los reclusos (comida, ropa, salud). Las actividades destinadas a la rehabilitación y la reinserción en la sociedad, como la educación, el trabajo y la formación vocacional, llegan sólo al 5% de los gastos penitenciarios anuales.

Personal del correccional, seguridad	\$10.585	49,3%
Recepción, alojamiento, administración	\$3736	17,4%
Salud	\$3499	16,3%
Comida, ropa	\$2125	9,9%
Educación	\$558	2,6%
Formación vocacional	\$494	2,3%
Actividades laborales	\$344	1,6%
Ocio y servicios religiosos	\$129	0,6%
Total	\$21.470	100%

Fuente: Cálculo del Departamento de Correccionales de California, *El costo de mantener a un recluso 1997-98*, Sacramento, CDC, 1998.

Sin embargo, es improbable que este enfoque dé beneficios considerables, puesto que esos gastos ya se han comprimido a la mínima expresión (menos del 5% del presupuesto del Departamento de Correccionales de California se destina a formación académica y vocacional) con la generalización de regímenes de

“austeridad penal”.⁶ Además, tras décadas de total indiferencia, los tribunales ahora prestan mayor atención a las cárceles de condado y no dudan en sancionar a los condados y en poner a las administraciones penitenciarias estatales bajo control judicial para comprobar la degradación de las condiciones de detención, cuando éstas infringen descaradamente los derechos constitucionales básicos.⁷ De hecho, la mayoría de las cárceles de las grandes ciudades y docenas de sistemas penitenciarios han tenido que enfrentarse durante décadas con decretos para reducir la superpoblación y mejorar los servicios médicos o afrontar graves sanciones.

2. La segunda estrategia consiste en *aprovechar la innovación tecnológica* en los campos de la electrónica, la informática, la biometría y la medicina, entre otros, para aumentar la productividad global de los carceleros y poder así confinar y asegurar a más convictos con menos personal. Las mejoras tecnológicas pueden implicar cosas tan variadas como que los detenidos puedan comparecer ante el juez mediante un sistema de video interactivo, para evitar tener que transportarlos a y desde los juzgados y hasta ellos; utilizar placas y pulseras con códigos de barras, sensores de movimientos y otros aparatos de fibra óptica para seguir los movimientos y actividades de los presos y carceleros por todo el centro penitenciario y establecer “recuentos de presos” instantáneos y automáticos; electrificar las vallas del perímetro (con voltajes mortales) pa-

6 La filosofía penal dominante hoy en los Estados Unidos se puede resumir con esta expresión, muy de moda entre los funcionarios de prisiones: “Hacer que los presos huelan a presos” (Wesley Johnson *et al.*, “Getting Tough on Prisoners: Results from the National Corrections Executive Survey, 1995”, en *Crime and Delinquency*, 43-1, enero de 1997, pp. 25-26). De ahí la reintroducción de los castigos corporales y todo tipo de medidas pensadas para humillar: picar piedra y limpiar cunetas en grupos encadenados con grilletes en los tobillos, los uniformes a rayas, los cortes de pelo de “marine”, la supresión del café y del tabaco, y la prohibición de revistas pornográficas, del levantamiento de pesas, de la ropa propia, etc.

7 Susan Sturm, “The Legacy and Future of Corrections Litigation”, en *University of Pennsylvania Law Review*, 142, 1993, pp. 639-738.

ra ahorrar en guardias que controlen desde las torretas; desplegar "máquinas registradoras" con rayos X para detectar el contrabando en lugar de los cacheos y registros desnudos que requieren tiempo y personal; integrar los sistemas de gestión de identificación, comunicación y datos con software procesador de imágenes y de reconocimiento de voces y rostros; y el uso de controles por satélite y seguimiento a distancia para localizar a los presos en libertad condicional en toda la comunidad, por no citar las armas no mortales para el control del comportamiento y las multitudes, como los látigos aturdidores, recintos antirración ("todo pegajoso") y "munición óptica" (que desorienta al agresor dirigiéndole un rayo láser a los ojos).

El componente más prometedor de esta estrategia, sin embargo, es el uso de los servicios médicos a distancia mediante las telecomunicaciones, dado que la atención médica absorbe entre el 10 y el 20% del presupuesto de las cárceles del Estado. En el período 1996-97, la Oficina Federal de Prisiones llevó a cabo un estudio evaluatorio del uso de la telemedicina en psiquiatría, dermatología y ortopedia en tres centros de Pensilvania, estudio que concluyó que las consultas a distancia reducen el costo del servicio el 30% y terminaba recomendando que se probara esta tecnología en las cárceles.⁸ El Departamento Nacional de Justicia ha firmado un acuerdo con el Departamento de Defensa para fomentar el desarrollo conjunto de nuevas tecnologías que puedan tener usos tanto militares como penitenciarios, y su Oficina de Tecnología y Ciencia ofrece colaboración activa a los estados y condados para animarlos a adoptar esas tecnologías y lograr que "las cárceles entren en el siglo XXI".

8 Douglas McDonald, Andrea Hassol y Kenneth Carlson, "Can Telemedicine Reduce Spending and Improve Prisoner Health Care?", en *National Institute of Justice Journal*, abril de 1999, pp. 20-28. El paso siguiente será probablemente extender la telemedicina de las prisiones a los seguros médicos generales de la población libre.

3. Una tercera estrategia para aliviar el peso financiero de la política de penalización de la pobreza tiene como objetivo *transferir parte del gasto de encarcelamiento a los presos y a sus familias*. Desde mediados de los años noventa, unos 20 estados y docenas de condados urbanos han procedido a facturar a sus presos la habitación y la comida, haciéndoles abonar "cuotas de procesamiento" por la reclusión, cobrándoles las comidas e imponiendo un "copago" por el acceso a la enfermería, así como cuotas suplementarias por diversos servicios (uniformes, sábanas, lavandería, electricidad, etc.).⁹ Algunos llegan incluso a arrastrar a sus antiguos "clientes" hasta los tribunales para recuperar la deuda que éstos contrajeron contra su voluntad al permanecer entre rejas.

Tal es el caso del condado de Macomb, cuya capital, Detroit, Michigan, se jacta de tener el "primer y más logrado" programa de reembolso carcelario de la nación, según el teniente Nyovich, empleado en la Unidad de Reembolsos de la cárcel. El condado cobra a los reclusos en una escala móvil, de 10 a 56 dólares por día, según un formulario sobre su historial financiero que completan al ingresar; también cobra 15 dólares por visita médica y dental, y 5 dólares por receta de medicamentos. Si los reclusos tienen dinero en sus cuentas, se les deduce directamente esa suma; si gozan de un permiso de trabajo, reciben una factura cada cinco semanas. Si no pagan su factura, la Unidad de Reembolsos los lleva ante los tribunales (inicia más de 600 pleitos al año) o pasa el archivo a una agencia de cobro, todo por una preocupación profesada por la igualdad: "Los demandamos o los mandamos a una agencia de cobros. No podemos decir: 'como eres pobre, no te cobramos'. Hay que tratar a todo el mundo por igual".¹⁰ Aunque 3 de cada 4 reclusos terminan sin pagar nada, el condado sigue cobrando un millón de

9 Michelle Gaseau y Carissa B. Caramanis, "Success of Inmates Fees Increases Their Popularity Among Prisons and Jails", en *The Corrections Network*, periódico *on-line*, octubre de 1998.

10 Entrevista con el teniente Nyovich, portavoz de la cárcel del condado de Macomb, realizada en abril de 1998, de mi parte, por Shelly Malhotra (a quien agradezco su diligente colaboración en este proyecto).

dólares cada año, que vuelven al Fondo General del Condado (en años anteriores, ese dinero se destinaba a comprar nuevas armas para los agentes y a construir una nueva unidad con 200 camas para presos con permisos de trabajo). No hace falta decir que "los reclusos no están demasiado contentos con esto", aunque "la comunidad está encantada". Todos llevan pegatinas con el lema de *she-riff* Hackell: '*Hackell hace que los presos paguen*'. Basó su campaña en esto y ganó". Como vínculo principal con el mundo exterior, el teléfono es el cable salvavidas de los reclusos, aunque también ha demostrado ser la gallina de los huevos de oro para los departamentos correccionales: muchos de ellos contratan el derecho a instalar y operar las líneas a empresas a las que se pide que, en vez de licitar a la baja para ganar el mercado, *suban* el costo de las comunicaciones y devuelvan el recargo a la prisión. En 1997, el estado de Nueva York amasó más de 20 millones de dólares por su contrato exclusivo con MCI, que cobraba un recargo del 40% sobre las tarifas telefónicas normales; a Florida le fue casi igual de bien con un recargo del 50% y un botín de 13 millones de dólares.¹¹

En 1997, Illinois votó una ley que permitía a su Departamento de Correccionales cobrar —y si era necesario demandar— a los reclusos por el costo total de su encarcelamiento: hasta 16.700 dólares al año. El Departamento emprendió entonces acciones legales contra una treintena larga de condenados en un esfuerzo por reunir unos 4,6 millones de dólares, pero descubrió que la mayoría de los reclusos eran pobres o indigentes, con bienes inferiores a los 4.000 dólares, que no podían ser confiscados según la Constitución del Estado. Los costos legales de exigir el pago a los presos acabaron superando los beneficios esperados de la opera-

11 Publicado en la revista *Corrections Digest*, 16 de octubre de 1998. Las llamadas "con cobro revertido" desde varias prisiones del estado de Illinois que recibí de un buen amigo e informador que cumplía condena en el centro South Side de Chicago las cobraba la compañía EZ-Com 17 veces más caras de lo que pagaba yo por llamadas comparables de larga distancia con compañías normales.

12 "Paying Debt To Society May Add Up For Inmates: State Lawuits Seek Cash From Prisoners", en *Chicago Tribune*, 16 de marzo de 1998.

ción.¹² Esto es algo típico de los programas de "reembolso" de correccionales y explica por qué, en la mayoría de los casos, su aplicación es mínima. Esto por no mencionar que tales medidas son penalmente contraproducentes, puesto que minan la motivación laboral de los presos al confiscarles sus escasas ganancias en la cárcel (cuando están empleados) o reducirles sus sueldos una vez libres, lo que crea incentivos añadidos para que se dediquen al mercado negro y a otras actividades ilegales.

4. El cuarto método para reducir la factura carcelaria del país sigue siendo muy prometedor: consiste en *reintroducir en masa el trabajo no calificado* en los centros penales. Ahora ya existe trabajo asalariado en algunas penitenciarías y grandes corporaciones como Microsoft, TWA, Boeing, Toys R Us y Konica recurren ocasionalmente a él de modo extraoficial: a menudo a través de subcontratistas para evitar la publicidad negativa.¹³ Pero mientras que tal uso del sector privado de la mano de obra reclusa ha sido ampliamente denunciado por los activistas de las prisiones y repetidamente destacado por los medios de comunicación, sigue teniendo poca importancia para estas compañías y, lo que es peor, para la población reclusa en general. A pesar del crecimiento continuo del Programa de Mejora de la Industria Privada (PIE, por su sigla en inglés), una argucia política federal lanzada en 1989 para fomentar el empleo de reclusos por parte de firmas comerciales y aparte de las tareas propias de las cárceles (lavandería, comida, trabajo administrativo, mantenimiento y reparaciones), en 1998 el trabajo pagado afectaba sólo a uno de cada 13 reclusos y menos de 2000 presos estatales y federales estaban en la nómina de compañías nacionales externas, debido a las severas restricciones legales y prácticas que continúa teniendo el empleo penitenciario.

Durante fines de los años noventa, sin embargo, han surgido argumentos, por parte de juristas, economistas, expertos en correc-

13 Daniel Burton-Rose, Dan Pens y Paul Wright (comps.), *The Ceiling of America: An Inside Look at the US Prison Industry*, Monroe, ME, Common Courage Press, 1998, pp. 102-131.

cionales y políticos, en favor de eliminar estas barreras y terminar con el sistema de "uso estatal", que reserva el empleo de la mano de obra reclusa para la fabricación de productos (como placas de matrícula, muebles de oficina, uniformes y comestibles) limitados a un mercado público cerrado, para volver al sistema de "contratos", que permitiría a las empresas privadas emplear a reclusos con el nivel de salarios vigente para vender todo tipo de productos en el mercado abierto.¹⁴ El dinero generado por los presos empleados serviría para cubrir el costo de su encierro, para compensar a las víctimas de sus delitos y para generar ingresos públicos adicionales mediante deducciones e impuestos.

Un informe ampliamente anunciado y comentado del año 1998, publicado por el Centro Nacional de Análisis Político, un *think tank*—gabinete de formadores de opinión— "pro libre empresa", titulado *Fábricas entre rejas*, exaltaba el valor económico y las virtudes morales de hacer trabajar a los convictos, y proponía como objetivo nacional poner a trabajar a uno de cada 4 presos en el lapso de una década y destinar el 60% de su paga a compensar a los contribuyentes. A 5 dólares la hora durante 40 horas a la semana y 50 semanas al año, el dinero anual generado se estimaba en 2400 millones de dólares, lo que representa el 10% de los costos operativos de los correccionales del país.¹⁵ Exaltando las con-

14 Véanse, entre una plétora de trabajos diseminados en publicaciones especializadas, T. J. Flanagan y K. Maguire, "A Full-Employment Policy for Prisons in the United States: Some Arguments, Estimates, and Implications", en *Journal of Criminal Justice*, 21-2, 1993, pp. 117-130; Gwen Smith Ingle, "Inmate Labor: Yesterday, Today and Tomorrow", en *Corrections Today*, febrero de 1996, pp. 25-32, y S. P. Carvey, "Freeing Prisoners' Labor", en *Stanford Law Review*, 50-2, enero de 1998, pp. 339-398.

15 Véanse Morgan Reynolds, *Factories Behind Bars*, Dallas, Centro Nacional de Análisis Político, 1998, mimeo, y Matt Grayson, "Inmates, Inc.: In Favor of Prison Labor: Benefits of Prison Work Programs", en *Spectrum: The Journal of State Government*, 70-2, primavera de 1997, pp. 2-5. Con sede en Dallas, Texas, el Centro Nacional de Análisis Político (NCPA, por su sigla en inglés) es una institución de carácter neoconservador, "financiada exclusivamente con contribuciones privadas", que defiende soluciones basadas en el libre mercado para todos los problemas sociales posibles. Morgan Reynolds es catedrático

diciones de "libre mercado" del siglo XIX, cuando tres cuartas partes de los presos trabajaban, 2 de cada 3 para empresarios privados, el informe urgía a las autoridades a dejar de "desperdiciar" el "enorme activo" de la mano de obra convicta y a pasar a "hacer que las cárceles bulleran de actividad productiva" mediante la revocación de las leyes federales y estatales que limitaban el uso de trabajadores y productos de las cárceles, la restricción de las posibilidades de demandas judiciales de los reclusos contra el empleo en prisión y la recompensa financiera a los directivos que convirtieran sus centros en económicamente autosuficientes y establecieran una producción flexible y programas de marketing; en resumen, animaba a "gestionar las prisiones como un negocio".¹⁶ Las cárceles de condado parecerían constituir una reserva aún más abundante y fácilmente utilizable de mano de obra industrial barata: al contrario de las prisiones estatales, están implantadas en condados urbanos y, por lo tanto, bien relacionadas con la comunidad empresarial local; procesan 20 veces más personal que las prisiones estatales (más de 10 millones anualmente); sólo el 18% de los detenidos participa en actividades laborales, e implementar políticas de empleo innovadoras es más fácil localmente allí donde los gastos correccionales absorben hasta el 15% de los presupuestos públicos. La combinación de "localización + acceso + visibilidad" seguramente hará que recurrir a la mano de obra reclusa sea una "actividad esencial de control de gastos" para los condados.¹⁷ Además de mitigar la ociosidad, fomentar el cambio institucional y reducir los problemas disciplinarios, el empleo en las cárceles comportará una "solución a largo plazo de la crisis de superpoblación" perenne que castiga al sistema peniten-

de Economía en la Universidad A&M de Texas, miembro honorario de NCPA y autor de un libro cuyo título se explica por sí mismo:

Making America Poorer: The Cost of Labor Law, además de "asesor experto" del Cato Institute.

16 Morgan Reynolds, *Factories Behind Bars*, op. cit., pp. 4, 24-25.

17 Rod Miller, "Jails and Inmate Labor: Location, Location, Location", en *Corrections Today*, 61-6, octubre de 1999, p. 107.

ciario en los Estados Unidos, al aumentar el éxito de los recusos cuando recuperan su libertad y reducir así la reincidencia.¹⁸

No sorprende, pues, que se hayan presentado numerosos proyectos de ley en el Congreso y también en las legislaturas estatales para abolir las barreras al empleo recluso, teniendo en cuenta también que, una vez impuesta la obligación de trabajar a los pobres "de afuera" por el *workfare* —régimen de asistencia social a cambio de trabajo—, es lógico imponérsela también a los pobres "de adentro", o sea, a los reclusos. Queda aún por ver si estas propuestas serán votadas y llevadas a cabo a gran escala para hacer efectivo el vínculo entre prisiones y sueldos bajos que prometen establecer. Para una resolución ideológica renovada no resulta suficiente con superar los potentes factores que representan la absoluta intratabilidad de la mano de obra reclusa (en su mayoría analfabeta, no preparada e inestable, y que la continua interferencia de variables e imperativos penales, como la seguridad, hacen notablemente inflexible), el estado global del mercado de trabajo y la elasticidad del principio de "menor elegibilidad", el cual determina que los trabajadores en peores condiciones estén siempre un mínimo por encima de los reclusos en mejores condiciones.¹⁹

Al final, ninguna de estas cuatro estrategias, solas o combinadas, puede contener eficazmente los crecientes costos financieros del encarcelamiento masivo como política social punitiva, y aún menos aliviar la carga social y económica a largo plazo impuesta a la sociedad, con su impacto profundamente perjudicial sobre los individuos, las familias y las comunidades pobres. Igual que la pri-

vatización, cuya ideología consumista comparten y extienden a la esfera pública de los correccionales, estas estrategias pueden crear "espacio para respirar" en el ámbito local, al desplazar temporalmente las contradicciones activadas por la transición del Estado de bienestar social a la gestión penal de la desigualdad social y la inseguridad a la clase más baja de la estructura de castas, pero no pueden resolverlas. Y así, el implacable esfuerzo por hacer realidad, por vía del Estado, la *fantasía de la clase dominante de hacer que los pobres paguen por las atenciones (penales) a los de su propia clase* demuestra que es sólo eso, una fantasía, aunque una fantasía con consecuencias reales que tiene todos los rasgos de uno de los experimentos más crueles de ingeniería social jamás llevado a cabo en una sociedad democrática.

18 Kerry L. Pyle, "Prison Employment: A Long-term Solution to the Overcrowding Crisis", en *Boston University Law Review*, 77-1, febrero de 1997, pp. 151-180.

19 Ya en 1985, el fallecido presidente del Tribunal Supremo, Warren Burger, defendió la revocación de todas las restricciones legales sobre el uso privado del trabajo en las prisiones para alcanzar el objetivo de poner a trabajar a la mitad de la población reclusa del país en una década. Aunque fueron ampliamente debatidas en su momento, sus propuestas no prosperaron (Warren E. Burger, "Prison Industries: Turning Warehouses into Factories with Fences", en *Public Administration Review*, noviembre de 1985, pp. 754-757).

IX. Castigar a los parias urbanos

En primer término, quiero pedir disculpas por hablarles en inglés. Puedo hablarles en francés o en portugués, pero lamentablemente no en español; mis disculpas. En segundo lugar, quiero agradecer a la Defensoría de Casación, al Instituto Penal, por haberme traído aquí para poder tener este debate. Desearía tener debates similares con profesionales del sistema legal, con periodistas, con ciudadanos interesados en los Estados Unidos, pero esta clase de debate es inimaginable allí. Paradójicamente, el país que ha institucionalizado la penalización del pobre no tiene tiempo ni interés en discutir el problema. Y en parte esto es muy revelador de lo que esa política está tratando de hacer. Esa política es una estrategia para tornar invisibles los problemas sociales.

Había un dicho, en los Estados Unidos, en el siglo XIX, con respecto a la cuestión de los indios, que decía que el único indio bueno es el indio muerto. Y en los Estados Unidos de hoy, podemos decir que un buen pobre es un pobre invisible. Es decir, un pobre que acepta el más bajo de los empleos para poder sobrevivir, o bien que no hace ningún reclamo a la comunidad, por ejemplo al Estado de bienestar, y desaparece de la escena pública. Uno de los objetivos de la llamada política de "tolerancia cero" (sería más apropiado llamarla "intolerancia selectiva" o criminalización de las clases bajas) es hacer desaparecer a los pobres del espacio público; es tarea del policía limpiar las calles, para que no se vea a los desposeídos, a los que no tienen hogar, a quienes piden limosna. No quiere decir que haya desaparecido la pobreza ni que hayan desaparecido la alienación o la desesperación social; significa, más bien, que los pobres ya no interfieren en la escena pública, de manera que el resto de la sociedad puede fingir que los pobres no están más ahí.

Y podríamos tomar este ejemplo como paradigma de lo que intenta realizar la política de criminalización de la pobreza: *transformar un problema político, signado por la desigualdad económica y la inseguridad social, en un problema de criminalidad*. Y para hacerlo utiliza el sistema policial, carcelario, judicial, a fin de no tener que tratar la realidad política y económica que está detrás de él. Desgraciadamente —como lo demuestro en el libro *Cárceles de la miseria*—, esta política, inventada en los Estados Unidos en las décadas de 1980 y 1990, ha sido exportada rápidamente a todo el mundo.

Quisiera retroceder respecto de lo que plantea *Cárceles de la miseria* —que es un análisis de la internacionalización de esta política— y enfocar la realidad social y económica que esta política se empeña en contener y hacer invisible. Es lo que trato de analizar en *Parias urbanos*: el surgimiento de nuevas formas de pobreza, profundamente arraigadas en la sociedad, semipermanentes o permanentes, muy concentradas, estigmatizadas ya, y que se han ido identificando con vecindarios especialmente malos —como si el problema fuera de territorio—. Quiero caracterizar brevemente el surgimiento de esta nueva forma de pobreza que ha aparecido en los países más avanzados, como los Estados Unidos y Europa occidental, pero también en países del “segundo mundo”, como Brasil, la Argentina y otros países latinoamericanos, a medida que van aceptando políticas de desregulación económica del primer mundo y de reducción del Estado de bienestar.

En el libro, llamo a este fenómeno “marginalidad urbana avanzada”, porque no es el resultado de un atraso económico, como sí lo fue en el período fordista de 1945 a 1975. No es producto de la falta de crecimiento económico, sino que, por el contrario, es el resultado del crecimiento, del progreso económico, pero de un crecimiento que es irregular, un progreso que es desigual y que provoca una regresión tremenda en los sectores más vulnerables de la clase trabajadora. A este fenómeno lo producen los sectores más avanzados de la economía, no los más atrasados. Y por lo tanto, tenemos formas de marginalidad que están por delante de nosotros, no por detrás, y que, seguramente, crecerán a medida que las economías se modernicen en lugar de disminuir y desaparecer con el tiempo.

La primera característica de este nuevo régimen de pobreza es lo que podemos denominar “desocialización del trabajo”, que es la destrucción del contrato de trabajo clásico, que era característico del período fordista de industrialización y expansión, típico en los Estados Unidos y Europa en los cuarenta años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial —y de lo cual la Argentina disfrutó un poco a fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970—, y que podemos resumir como “40-50-60”. Con “40-50-60” me refiero a que uno trabaja 40 horas a la semana, durante aproximadamente 50 semanas en el año, hasta alcanzar los 60 años de edad. Se obtiene así un salario más o menos decente, suficiente para mantenerse y mantener a la familia al menos, suficiente para transmitir el estatus social que se tiene a los hijos... ésa es la base para el contrato social. Junto con esta forma de trabajo fordista —representada por los obreros de las fábricas, con sindicatos, en un sector industrial floreciente— tenemos un Estado keynesiano, que va a contribuir al crecimiento económico y que, además, ayudará a disminuir las consecuencias negativas de la economía cíclica, que compensa durante los períodos de recesión, por medio de la redistribución del ingreso, y estabiliza, de esa manera, la sociedad. En ese modelo, pobreza es falta de trabajo y de crecimiento económico. La solución es expandir la esfera de trabajo y tener más crecimiento industrial.

Después de 1975, aproximadamente, a distintas velocidades en diferentes países, ese modelo “40-50-60” y la forma estandarizada de trabajo asalariado se ha desgastado y ha sido desmantelada. En la actualidad, si se cuenta con un empleo, se puede trabajar 10, 15, 40, o 70 horas... No existen ya normas para la cantidad de horas de trabajo, ni para la programación del trabajo. No se dispone de normas que aseguren que el empleo que uno tiene vaya a durar por muchos años y que le vaya a permitir proyectarse hacia el futuro y mantener su hogar. Por eso se ha incrementado el trabajo y mantener el hogar. Por eso se ha incrementado el trabajo de medio tiempo, el trabajo ocasional, el trabajo que no tiene ningún beneficio social, como seguro, cobertura de salud o jubilación/pensión, etc. En ese régimen nuevo, el trabajo es tanto un remedio para la pobreza —sigue siendo mejor tener algo de trabajo que no tenerlo— como parte del problema de la pobreza. Por-

que aun cuando se cuente con un trabajo, no se tiene ninguna garantía de que se pueda sobrevivir con ese trabajo, ni de que ese trabajo vaya a durar, ni que se vaya a poder transmitir el estatus social a los hijos.

En sociedades como las de la Argentina y Brasil, estimo que este fenómeno se produce no sólo en la clase trabajadora —para la cual, en cierto sentido, siempre fue así—, sino que se va produciendo en sectores cada vez más grandes de la clase media. Por lo tanto, el trabajo se ha convertido en una fuente de inseguridad social, más que de seguridad social. Y ya no podemos utilizar la antigua solución de “más trabajo” para estabilizar la sociedad. Creo que estamos viendo exactamente eso en la Argentina hoy [el autor se refiere a los años noventa], con la “ley de competitividad”. Ley que en realidad debería tener el nombre de “ley de superexplotación”, porque es lo que implica: acelerar aún más la desocialización del trabajo. De esta manera, a pesar de que la gente trabaje, no puede estabilizar su vida y, en lugar de ser una fuente de solidaridad social, el trabajo se convierte en fuente de fragmentación social.

La segunda característica de esta nueva pobreza que se está instalando es la desconexión que existe entre barrios pobres, los segmentos más pobres de la clase trabajadora, y las tendencias nacionales de la economía. Por lo tanto, la economía nacional puede andar perfectamente —hay crecimiento, incluso puede bajar un poco el índice de desempleo nacional—, pero no tiene ningún efecto en las villas miseria, en el gueto, en la periferia del país. Porque la abundancia de la economía nacional fomenta una estructura de ocupación dualizada o polarizada. Y cuando la economía mejora, quienes están arriba se benefician, pero los que están abajo, en realidad, no obtienen ningún beneficio. Grandes segmentos de la clase trabajadora están, entonces, permanentemente desproletarizados, siempre excluidos de la tarea remunerada, mientras que a otros se los incorpora al trabajo asalariado de manera esporádica y marginal, lo que solamente les permite sobrevivir, pero no estabilizar o mejorar su posición.

Entonces, nos encontramos frente a un proceso por el cual cuando la economía baja o cae, cuando sufrimos recesión —como

durante el año pasado en la Argentina—, la situación de los pobres y de los barrios pobres sufre un deterioro, baja, cae, y en el próximo ciclo de expansión, la situación para mucha otra gente mejora, pero en esos barrios no mejora. O sea que no regresan al estado del que gozaban antes: se quedan en ese estado más bajo. Cuando se produce otro revés en la economía, siguen descendiendo un escalón y, aunque haya una mejora significativa (puede ser que su situación mejore algo), no se logra compensar la caída sufrida en el ciclo anterior. De este modo, entran en un ciclo de caída, una involución económica y un deterioro social. Y, por supuesto, cada vez están más alejados del resto de la sociedad. A esa sociedad se la alienta para que los perciba como diferentes, marginales, criminales.

Además, una tercera característica de esta nueva pobreza es que cada vez se concentra más en áreas estigmatizadas, identificadas con barrios a los que en general se considera pozos de infierno urbano. Barrios donde existe concentración de pobres, de violencia, de delito, de degradación de la vivienda, de la infraestructura, de la moral. Esto es lo que realmente ocurre: en algunas áreas es solamente una percepción, pero se trate de una realidad o de una percepción, a estos barrios se los estigmatiza mucho. Entonces, además de pobreza y deterioro económico, los parias urbanos de hoy en día sufren una estigmatización territorial adicional.

Ustedes quizá se pregunten por qué esto puede marcar una diferencia, qué otra cosa puede suceder: ya son pobres, renegados, desposeídos... Sin embargo, existe una gran diferencia, porque cuando un área ha sido muy estigmatizada, la gente no se identifica con ella, no se siente ligada a los demás, quieren evitar el estigma, y se lo pasan unos a otros. Este fenómeno genera distancia social entre los residentes, crea desconfianza social y socava cualquier forma de solidaridad, así como la posibilidad de acción colectiva, e incluso la capacidad de protestar políticamente. Si uno les pregunta a los residentes del gueto en los Estados Unidos hoy, o a los residentes de la periferia urbana de París hoy, “¿Cómo es la gente de este vecindario?”, por lo general responderán: “No sé. Vivo acá pero no conozco a nadie”. Y esto revela mucho. Es muy diferente de una comunidad trabajadora típica, donde existe la pobreza, pero está

distribuida ampliamente en todas las áreas de la clase trabajadora. En ellas, existe una sensación de dignidad colectiva y hay redes solidarias y de ayuda mutua —además de asociaciones, sindicatos, partidos políticos, etc.— que dan expresión política a la situación de los residentes. Entonces, la estigmatización de clases y la pérdida de la identificación con el lugar incrementan la atomización social y hacen disminuir la capacidad colectiva de los pobres de operar sobre las fuerzas que actúan sobre ellos.

La cuarta característica es la pérdida de un idioma que unifique simbólicamente las distintas categorías que sufren desproletarización, precarización del trabajo o movilidad hacia abajo. Debido a que no existe una lengua que les dé una identidad común y un marco de interpretación, o una suerte común, es más sencillo tratarlos como una población de delinquentes. Esto hace más fácil a las elites del Estado proponer la utilización de la policía y del sistema de justicia penal, para que traten el problema que representa esta población cuando se fragmenta, tanto en la realidad como en la representación que hace de sí misma, cuando se la define negativamente, con imágenes de desintegración, vicio y amenaza.

Si se define a esa población como “trabajadores desempleados”, la respuesta —obviamente— tiene que ser una política económica: creación de empleos, beneficios de desempleo, educación, capacitación. Pero si uno puede definir a esa población como una población de “marginales”, de “desposeídos”, de “inmigrantes ilegales”, entonces, la respuesta lógica es usar el sistema de justicia penal. El problema esencial, por lo tanto, es el de la transformación del trabajo y la reducción del Estado de bienestar que, a su vez, es redefinido como un problema de “mantener el orden”: entonces se puede decir que será tratado con la policía, con el sistema judicial y el sistema carcelario.

En un país como la Argentina —situado, podríamos decir, en un punto de intersección entre el primer y el tercer mundo—, que cuenta ya con una especie de sociedad dual, se acumulan las dos formas de pobreza: la antigua, de la época industrial fordista —o sea, no hay suficiente trabajo, no hay suficiente crecimiento económico en el sector industrial—, y la segunda forma de pobreza, generada cuando se produce crecimiento económico que, si crea

trabajo, se traduce en empleos muy ocasionales e inseguros. Entonces, se produce una acumulación de la pobreza antigua del estilo fordista con la del nuevo estilo posfordista.

Luego, existe un segundo factor en una sociedad como la de la Argentina o Brasil, o la mayoría de los países latinoamericanos: cuando copia a un país (como los Estados Unidos) y adopta, por ejemplo, la política de “tolerancia cero”, e intenta manejar a los pobres con el sistema de justicia penal, no parte de la misma estructura que la de la sociedad estadounidense, ya que no se trata de un problema que tenga la misma magnitud.

En primer lugar, la Argentina (o Brasil) es un país en el que existe una alta iniquidad, y una pobreza masiva, en donde la pobreza extrema no representa solamente al 15 o 20% —como en los Estados Unidos—, sino al 40 o 60% de la población. Y la pobreza es mucho más profunda y mucho más intensa: no se trata sólo de la gran cantidad de gente pobre, sino de gente cada vez más pobre. En segundo lugar, comienza a partir de un Estado de bienestar muy limitado, con poca capacidad para proteger y que no es universal. De esta manera, cuando se reduce el ya pequeño y débil Estado de bienestar, se producen efectos mucho más negativos que si se redujera un Estado de bienestar mucho mayor y más arraigado en la sociedad (como ocurre en Francia e Italia, por ejemplo). Entonces, en un país como la Argentina, una desregulación aun mayor de la economía trae aparejados efectos mucho más negativos que en los Estados Unidos o en Europa, porque ya quizás un tercio de la economía es de hecho una economía de por sí informal. Por lo tanto, reducir ese pequeño Estado de bienestar es casi eliminarlo.

Reducir el Estado de bienestar representa una cosa para Noruega y otra muy distinta para los Estados Unidos, o bien para la Argentina. Por ello, cuando hay que referirse al Estado penal para manejar la pobreza, se cuenta con un Estado penal bastante diferente: no se dispone de una organización racional burocrática, profesional y competente, que posea recursos, presupuesto y personal adecuados, y tenga además una larga tradición de respeto por la ley y de hacer las cosas según la ley. Por ejemplo, el sistema policial está muy mal controlado y en sí mismo no es una protec-

ción contra la violencia, sino un productor de violencia. Por lo tanto, se trabaja con un sistema tribalístico que no cuenta con recursos materiales, ni cultura o tradición legal de hacer valer derechos constitucionales básicos sobre una base de igualdad para todos los ciudadanos. Y una vez que hemos tratado a las personas con la policía (que ya ha causado más violencia), y después de haberlos hecho atravesar un etapa tribalística (que no es muy legal de por sí), los enviamos a un sistema carcelario que es muy brutal, inhumano, incapaz—incluso—de poder manejar la cuestión física de los presos.

Se puede decir que este sistema carcelario no sirve a ninguna función penal: no disuade a las personas, ni siquiera las neutraliza, porque uno se enfrenta con tanta violencia y delitos dentro de la cárcel como fuera de ella, y, por cierto, no las rehabilita ni las reforma; todo lo que hace es agravar el problema que, supuestamente, debería remediar. Y vuelve a dejar a la gente en la sociedad, en una situación en la cual todo lo que ha hecho el sistema penal ha sido intensificar la marginalidad de esa población, además de hacerle sentir de manera mucho más profunda la alienación, su falta de respeto por la autoridad. Es casi una especie de planta de retratamiento de "basura social", sólo que, al final de ese retratamiento, el producto es aun peor de lo que era al principio.

En países que no han desarrollado un sistema penal judicial racional y que parten de una gran desigualdad en la pobreza, el hecho de adoptar el estilo estadounidense de penalizar la pobreza, de criminalizar a los pobres, de tratar problemas sociales con la policía, los tribunales y las cárceles equivale a establecer una dictadura entre los pobres: usar la prisión como mero depósito para eliminar a una pequeña fracción de pobres—lo cual no resuelve para nada el problema—y que sirve solamente como una especie de teatro moral que los políticos utilizan para ocultar el hecho de que no están haciendo nada a fin de solucionar el problema de raíz, es decir, para salvaguardar la responsabilidad política que les cabe por el problema y para simular que están haciendo algo.

Pienso que, en cualquier sociedad, es una muy mala política utilizar el sistema judicial penal como instrumento para solucionar problemas sociales, porque no los resuelve, no los elimina. Aun

cundo se encarcelara a todos los pobres, la mayoría —el 98%— en algún momento saldrá; por lo tanto, solamente se los esconde durante un tiempo: no se los elimina.

En una sociedad del "segundo mundo", como la Argentina, que, además, tiene una tradición de Estado autoritario (ligado con la historia agraria, la historia de la formación de las clases trabajadoras en las ciudades y con el período de dictadura militar), esta política es una invitación al desastre social, una invitación a crear un orden social en fundamental contradicción con la idea de una sociedad democrática. Porque la sociedad democrática, por definición, tiene sólo un Estado que se comporta del mismo modo con ricos y pobres; que hace valer la ley igualmente para todos; que no ejerce una vigilancia especial, ni una diligencia punitiva especial, sobre un sector particular de la sociedad, y en especial, no lo hace en contra de los desposeídos.

La penalización de la pobreza es, en definitiva, un abandono del proyecto de sociedad democrática. Y la pregunta que deberían hacerse los argentinos es si ése es el tipo de sociedad que quieren construir. Si —después de haber luchado para eliminar la dictadura militar de la sociedad— se quiere instituir una dictadura sobre los pobres para respetar otra dictadura, la del mercado.

X. Pensamiento crítico como disolución de la *doxa*

Pregunta: ¿Qué es para usted el pensamiento crítico?

Loïc Wacquant: Se pueden atribuir dos acepciones al término "crítica". En primer lugar, una acepción que podría denominarse "kantiana", que designa, en la línea del pensamiento del filósofo de Königsberg, el examen evaluativo de las categorías y formas de conocimiento con el fin de determinar su validez y su valor cognitivos; en segundo lugar, una acepción marxiana, que se dirige con las armas de la razón hacia la realidad sociohistórica para sacar a la luz las formas ocultas de dominación y de explotación existentes, con el fin de hacer aparecer, en negativo, las alternativas que esas formas obstruyen y excluyen (Max Horkheimer definía como "teoría crítica" aquella teoría que es a la vez explicativa, normativa, práctica y reflexiva). A mi juicio, el pensamiento crítico más fructífero es el que se sitúa en la confluencia de estas dos tradiciones y que, por tanto, une la crítica epistemológica y la crítica social, y cuestiona de forma constante, activa y radical las formas establecidas de pensamiento y las formas establecidas de vida colectiva, el "sentido común" o la *doxa* (incluida la *doxa* de la tradición crítica) y las relaciones sociales y políticas tal como se establecen en un determinado momento en una sociedad dada.

Puede y debe existir una sinergia entre estas dos formas de crítica, de tal modo que el cuestionamiento de la crítica intelectual, la historia de los conceptos, el examen lógico de los términos, las tesis y las problemáticas, la genealogía social de los discursos, la arqueología de sus presupuestos culturales (todo aquello que el primer Foucault denominaba "*épistémè*") nutran y acrecienten la fuerza de la crítica institucional. El conocimiento de los determinantes sociales del pensamiento es indispensable para liberarlo, en la medida

de lo posible, de los determinismos que pesan sobre él (al igual que sobre cualquier otra práctica social) y, por tanto, para hacerlo capaz de proyectarnos mentalmente más allá del mundo tal como nos ha sido dado, para poder inventar otros futuros distintos del que está inscripto en el orden de cosas dado. Para decirlo brevemente, el pensamiento crítico es aquel que nos proporciona, a la vez, los medios para pensar el mundo tal como es, y tal como podría ser.

P.: ¿Qué influencia tiene el pensamiento crítico en la actualidad?

L. Wacquant: Arriesgándome a contradecirme, me atrevería a decir que es a la vez extremadamente fuerte y terriblemente débil. Fuerte, en el sentido de que nunca las capacidades teóricas y empíricas de comprensión del mundo han sido tan grandes como ahora, como pone muy bien de relieve la extraordinaria acumulación de saberes y de técnicas de observación en los campos más variados, desde la geografía hasta la historia, pasando por la antropología y las ciencias cognitivas, sin hablar del florecimiento de los estudios llamados humanistas, la filosofía, el derecho, la literatura, etc. En todos los campos, si se exceptúan desgraciadamente los casos de la economía y de la ciencia política, que siguen ampliamente encerradas en el triste papel de técnicas de legitimación del poder, se observa que la voluntad de cuestionamiento crítico está presente y es fecunda. No es casualidad que Foucault y Bourdieu sean los dos autores más citados y más utilizados en el mundo de las ciencias sociales en la actualidad: ambos son pensadores críticos y pensadores de las relaciones de poder. Y si el feminismo, movimiento intelectual y político crítico en su fundamento mismo, ha conseguido renovar la investigación en los ámbitos más variados, desde la estética hasta la arqueología, pasando por la criminología, es porque la ha vinculado a un proyecto concreto de transformación social y cultural.

Basta con leer los análisis de las derivas mortíferas de la racionalidad producidas por Zygmunt Bauman en *Modernidad y holocausto*,¹ o los experimentos literarios (empleo este oxímoron delibera-

damente) a través de los cuales José Saramago deconstruye el orden social en *Ensayo sobre la ceguera*,² o las teorías de la equidad y del desarrollo económico en las que se unen el rigor científico y el compromiso moral del reciente Premio Nobel Amartya Sen en *Desarrollo y libertad*,³ así como la reseña que Nancy Scheper-Hughes hace de las contradicciones del amor maternal en las *favelas* de Brasil en *La muerte sin llanto*,⁴ o el retrato penetrante que hace Eric Hobsbawm del siglo XX en *Historia del siglo XX*,⁵ o la epopeya de la noción de libertad, surgida a la sombra de la esclavitud, que traza Orlando Patterson en *Slavery and Social Death* y *La libertad en la construcción de la cultura occidental*,⁶ o también la anatomía de los mecanismos del poder tecnocrático que realiza Pierre Bourdieu en *La nobleza de Estado*.⁷ De este modo, uno puede comprobar que el pensamiento crítico está vivo, es productivo, está en pleno desarrollo y progresa. Por otra parte, el pensamiento crítico no se limita únicamente a los intelectuales que desfilan bajo su bandera, sino que existen muchos investigadores, artistas y escritores que contribuyen a alimentarlo independientemente, e incluso a veces a pesar de sus compromisos políticos y cívicos, cuando ponen de manifiesto posibles hechos sociales colaterales que son ocultados, reprimidos o rechazados, pero que están bien presentes, en esbozo o en gestación, en la actualidad.

Si a esto se añade que nunca ha habido tantos investigadores en ciencias sociales, ni tantos intelectuales en un sentido amplio, como en nuestros días, que el nivel general de educación de la población aumenta sin cesar, que los sociólogos, por referirme únicamente a ellos, nunca como ahora han sido tan influyentes en la

2 José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*, Madrid, Alfaguara-Santillana, 1998.

3 Kumar Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.

4 Nancy Scheper-Hughes, *La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel, 1997.

5 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Madrid, Crítica, 2007.

6 Orlando Patterson, *La libertad en la construcción de la cultura occidental*, Chile, Andrés Bello, 1993.

7 Pierre Bourdieu, *La nobleza de Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, en prensa.

1 Zygmunt Bauman, *Modernidad y holocausto*, Madrid, Sequitur, 1997.

esfera pública (si se tiene en cuenta el número de libros que venden, su presencia en los medios de comunicación, su participación directa o indirecta en el debate político), surge la tentación de concluir que nunca la razón ha tenido tantas posibilidades de triunfar sobre la arbitrariedad histórica de los asuntos humanos. El éxito creciente que está teniendo en Francia la colección *Raisons d'agir*, que publica libros rigurosos y al mismo tiempo breves y escritos en un lenguaje accesible, sobre temas de interés cívico vital, es una buena prueba de que existe una amplia demanda social de un pensamiento crítico y que la ciencia social está preparada para responder a ella.

Y, sin embargo, este mismo pensamiento crítico es terriblemente débil, por una parte, porque con demasiada frecuencia se deja encerrar y ahogar en el microcosmos universitario (algo particularmente evidente en los Estados Unidos, donde la crítica social funciona en el vacío y da vueltas sobre sí misma, para terminar mordiéndose la cola, como un perro que se vuelve rabioso tras ser encerrado en un vestíbulo) y, por otra, porque en la actualidad se encuentra frente a una verdadera muralla china simbólica formada por el discurso neoliberal y sus derivados, que han invadido todas las esferas de la vida cultural y social, y porque debe hacer frente, además, a la concurrencia de un falso pensamiento crítico que, bajo la apariencia de un lenguaje supuestamente progresista que se refiere al "sujeto", la "identidad", el "multiculturalismo", la "diversidad" y la "mundialización", invita a la sumisión frente a las fuerzas del mundo, y concretamente a las fuerzas del mercado. En un momento en el que la estructura de clases se endurece y se polariza, cuando la hipermovilidad del capital proporciona a la burguesía transnacional una capacidad de dominación sin precedentes, cuando las elites dirigentes de todos los grandes países desmantelan de común acuerdo los dispositivos de protección social puestos en marcha tras más de un siglo de luchas salariales, y cuando formas de pobreza que recuerdan las existentes en el siglo XIX surgen de nuevo y se extienden, los representantes de ese falso pensamiento crítico hablan de "sociedad fragmentada", de "etnicidad", de "convivialidad", de "diferencia". Cuando más falta nos hace un análisis histórico y materialista sin concesiones, nos proponen un culturalismo *soft* absorbido entera-

mente por las preocupaciones narcisistas del momento. En realidad, nunca el falso pensamiento ni la falsa ciencia han sido tan prolíficos y omnipresentes.

P.: ¿Cuáles son las principales formas que adopta ese falso pensamiento?

L. Waquant: En los Estados Unidos adopta la forma de la investigación orientada a la formulación de políticas que desempeña un papel principalmente de parachoques y de escudo contra el pensamiento crítico, y sirve al mismo tiempo de imagen de marca para aislar el campo político de cualquier investigación independiente y radical sobre las políticas públicas tanto en su concepción como en sus implicaciones. Cualquier investigador que quiera dirigirse a los responsables del Estado deberá pasar obligatoriamente por este campo bastardo, superar ese "filtro anticontaminante" y aceptar someterse a una censura severa que lo obligará a reformular de su trabajo y a recurrir a categorías tecnocráticas que garanticen que su investigación no se anclará ni tendrá efectos sobre lo real. De hecho, los políticos norteamericanos únicamente invocan la investigación social cuando va en el sentido que a ellos les conviene; de otro modo la dejan de lado, como hizo el presidente Clinton cuando propuso su "reforma" de la ayuda social (es decir, cuando abolió el derecho a la ayuda social y lo reemplazó por la asistencia social a cambio de trabajo precario a través del *workfare*), pese a que una ingente cantidad de estudios mostraba que esta medida suponía una regresión social que afectaba negativamente a los más desfavorecidos.

En Europa, se da el caso del periodismo sociológico, un género híbrido practicado generalmente por gente que se dice universitaria, pero que, en realidad, pasa su tiempo escribiendo blocs de notas, editoriales y reportajes apresurados, que va a la radio y a la televisión, y está en todas partes para hablar de cualquier asunto de actualidad, incluso de aquello sobre lo que no tiene la menor competencia científica. Sus representantes saltan de un "problema social" a otro en función de la demanda de los medios de comunicación, y de la demanda política, sin plantearse nunca cómo ese problema se ha consuetudizado en fenómeno de preocupación y de intervención, por qué y para qué. Ocupan ampliamente el poco espacio concedido por

los periodistas a los investigadores, ya que cultivan la vanidad de los periodistas al borrar la distinción que existe entre visión mediática y visión científica: sus análisis, que se basan en el mejor de los casos en trabajos superficiales (no tienen tiempo para realizar trabajos serios, ya que se la pasan en los medios de comunicación, en las comisiones oficiales y en las proximidades del poder), se parecen mucho a los que hacen los propios periodistas; ¡se comprende así que estos últimos los aprecien y agasajen!

Pero el principal obstáculo para el pensamiento crítico en la actualidad está en otra parte: en la formación de una verdadera internacional neoliberal, que tiene su base en una red de *think tanks* [comités de expertos en políticas públicas] cuyo centro es la costa este de los Estados Unidos, y que cuenta con el refuerzo de los grandes organismos internacionales, tales como el Banco Mundial, la Comisión Europea, la OCDE, la Organización Mundial del Comercio, etc. Esta internacional difunde a una velocidad exponencial los productos de la falsa ciencia con el fin de legitimar mejor las políticas socialmente reaccionarias puestas en marcha en todas partes en la era del mercado triunfante. Intenté mostrar algo de esto en mi libro *Las cárceles de la miseria*⁸ al hacer referencia a la política de "tolerancia cero" que se ha mundializado en menos de una década con el impulso del Instituto Manhattan de Nueva York y de sus epígonos y "colaboradores" activos o pasivos en el extranjero, y en *Parias urbanos*⁹ a propósito del pseudoconcepto de *underclass* que sirve en todos los países en los que es utilizado para condenar a la víctima, al poner en relación las nuevas formas de pobreza urbana con la supuesta emergencia de un nuevo grupo de pobres disolutos y desorganizados. Con Pierre Bourdieu hemos intentado, en *Las argucias de la razón imperialista*,¹⁰ esbozar los lineamientos de un análisis crítico del desarrollo y de los

efectos reales y simbólicos de esta nueva vulgata planetaria que nos presenta un mundo fabricado por las grandes multinacionales como el resultado último de la historia, y la mercantilización de todas las cosas como la conquista más elevada de la humanidad. Esta vulgata resuena en todas las bocas, incluidas las de los gobernantes e intelectuales que se proclaman de izquierda y se creen progresistas (a veces sinceramente).

P.: ¿Cuál podría ser el papel del pensamiento crítico frente a la obscuridad de las insólitas desigualdades producidas por el nuevo capitalismo global?

L. Wacquant: Crear un *rompeolas de resistencia* frente a la destrucción que lleva a cabo el Moloch del mercado, comenzando por la destrucción del pensamiento y de todas las formas de expresión cultural amenazadas en la actualidad de muerte violenta por el imperativo del beneficio y la búsqueda desenfrenada del éxito basado en el marketing: hay que pensar que Hillary Clinton cobró 7 millones de dólares como adelanto por su libro, y que Jack Welsh, presidente y director general de la General Electric, cobró a su vez 9 millones por el suyo. Son dos libros insustanciales, escritos por *ghost writers*, en los cuales cada uno contará su vida: una, su vida como primera dama, y el otro, su experiencia como director general de alto voltaje, dos libros que Amazon.com venderá por toneladas, mientras que escritores, poetas y jóvenes investigadores con talento no encuentran editoriales que los publiquen, pues todos los editores deben comparar sus porcentajes de beneficios anuales con los de los sectores de la televisión y del cine asimilados por los grandes conglomerados culturales.

El pensamiento crítico debe desmontar con celo y fuerza las falsas evidencias, revelar los subterfugios, desenmascarar las mentiras, señalar las contradicciones lógicas y prácticas del discurso del rey mercado y del capitalismo triunfante que se extiende por todas partes con la fuerza del destino, tras el brutal derrumbe de la estructura bipolar del mundo que tuvo lugar en 1989, y tras el agotamiento del proyecto socialista (y de su desarrollo por gobiernos pretendidamente de izquierda, pero reconvertidos de hecho a la ideología liberal). El pensamiento crítico debe plantearse sin

8 Loïc Wacquant, *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000; Madrid, Alianza Editorial, 2001.

9 Loïc Wacquant, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

10 Loïc Wacquant y Pierre Bourdieu, *Las argucias de la razón imperialista*, Barcelona, Paidós, 2001.

cesar la cuestión de los costos y los beneficios sociales de las políticas de desregulación económica y de desmantelamiento social que se nos presentan en la actualidad como la vía segura hacia la prosperidad eterna y la felicidad suprema bajo la égida de la "responsabilidad individual" —otro de los términos para nombrar la irresponsabilidad colectiva y el egoísmo del mercado—. Karl Marx se pronunciaba en su famosa "Carta a Arnold Ruge" —publicada en la *Rheinische Zeitung* en 1844— a favor de una crítica despiadada de todas las cosas existentes, y a mí me parece que éste es un programa que tiene plena actualidad. Nos encontramos así con la primera función histórica del pensamiento crítico, que consiste en servir de disolvente de la *doxa*, en poner continuamente en tela de juicio las evidencias y los marcos mismos del debate cívico, de tal suerte que se nos abra la posibilidad de pensar el mundo en vez de ser pensados por él, de desmontar y de comprender sus engranajes y, por tanto, la posibilidad de reapropiarnos de él tanto intelectual como materialmente.

Traducción de Julia Varela